

POLITICA EXTERIOR

ESPECIAL, SEPTIEMBRE 2017

A close-up, profile photograph of Angela Merkel, looking towards the left. She has short, light brown hair and is wearing a dark red garment. The background is a soft-focus green, suggesting foliage.

Tiempo de Alemania

Tiempo de Alemania



**POLITICA
EXTERIOR**

Edición a cargo de Pablo Colomer, Julia García y Áurea Moltó.

© Estudios de Política Exterior, a los efectos previstos en el artículo 32.1 párrafo segundo del vigente TRLPI, se opone expresamente a que cualquiera de las páginas o partes de ellas de los artículos publicados en POLÍTICA EXTERIOR sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos: www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Fotografía de portada: Getty Images

Estudios de Política Exterior, SA. Núñez de Balboa, 49 - 28001 Madrid. Tel. 34 91 431 26 28 // revista@politicaexterior.com

INTRODUCCIÓN

En septiembre de 2005 Angela Merkel se convirtió en la primera mujer canciller de Alemania. Doce años después, está a punto de conseguir su cuarto mandato. Forjadora de coaliciones complejísimas y en un equilibrio a veces imposible entre las demandas de los alemanes y las de los europeos, que han terminado por depositar en Merkel la responsabilidad del liderazgo de la Unión Europea, la canciller de 2017 es muy distinta a la de 12 años atrás.

Merkel no ha entusiasmado ni a alemanes ni al resto de europeos en su gestión de la crisis del euro, pero hay una aprobación general a su manera de representar a la UE ante dirigentes como Vladimir Putin, Donald Trump o Xi Jinping. Los años que se avecinan pondrán a prueba aún más su figura como líder mundial.

La más que probable victoria del Partido Cristiano Demócrata en las elecciones del 24 de septiembre no será adjudicable a Merkel, sino a la posición que Alemania ha consolidado en Europa y en el mundo desde la reunificación del país, las reformas de la Agenda 2000 y la resistencia a la crisis financiera y del euro.

Las siguientes páginas recogen los años de la Alemania de Merkel a través de una selección de artículos publicados en Política Exterior desde 2005. Todos ellos componen una buena radiografía del tiempo de Alemania en el siglo XXI.

ÍNDICE

Visión europea de Alemania, Almut Möller	5
Política Exterior 176 (marzo-abril 2017)	
¿Existe un modelo alemán para toda la UE?, Sebastian Dullien,	10
Política Exterior 155 (septiembre-octubre 2013)	
Retrato de Alemania con señora, Diego Íñiguez	16
Política Exterior 155 (septiembre-octubre 2013)	
Alemania, desde la integración a la austeridad, Thomas Hanke	28
Política Exterior 155 (septiembre-octubre 2013)	
Alemania en la crisis Rafael Dezcallar	37
Política Exterior 155 (septiembre-octubre 2013)	
Llega la ‘invasión’. Alemania y los refugiados, Jochen Thies	47
Política Exterior 168 (noviembre-diciembre 2015)	
Conseguir la Alemania que Europa necesita,	59
<i>Ulrike Guérot y Mark Leonard</i>	
Política Exterior 142 (julio-agosto 2011)	
Alemania, un país al verde vivo, Diego Íñiguez	70
Política Exterior 142 (julio-agosto 2011)	
La crisis del euro y las reticencias de Alemania, José Enrique de Ayala	83
Política Exterior 139 (enero-febrero 2011)	
De nuevo, Angela Merkel, Jochen Thies	90
Política Exterior 132 (noviembre-diciembre 2009)	
La sociedad y la muerte del soldado, Jochen Thies	102
Política Exterior 124 (julio-agosto 2008)	
Alemania como líder de la UE, Jochen Thies	106
Economía Exterior 42 (septiembre 2007)	
El barco ha desencallado, Alemania con Merkel, Jochen Thies	113
Política Exterior 110 (marzo-abril 2006)	
Libros: Los retos de la nueva Alemania, Diego Íñiguez	125
Política Exterior 177 (mayo-junio 2017)	

Visión europea de Alemania y el papel para sus socios

Los alemanes han mostrado su determinación para proteger a la Unión Europea. Sin embargo, Berlín es consciente de que no es el momento de los ideales, sino del pragmatismo y la flexibilidad.

Almut Möller

Ante la perspectiva de salida de Reino Unido de la Unión Europea y la incertidumbre sobre el compromiso de Estados Unidos con Europa y en Europa, la prioridad de Berlín en los últimos meses ha sido mantener la unión de los 27. Para el gobierno federal de Alemania, la UE sigue siendo el principal marco de cooperación europea en términos económicos y políticos, y un área importante para abordar de forma colectiva los desafíos de seguridad. La determinación entre la clase política alemana de proteger a la Unión frente a un número creciente de amenazas, tanto dentro como fuera, ha demostrado solidez durante la última década, e incluso se ha fortalecido ante el riesgo real de desintegración.

La canciller Angela Merkel y su gobierno han invertido gran cantidad de energía para mantener unida a la UE durante las crisis de los últimos años, pero Berlín no alberga ilusiones con el estado de la cohesión europea. La debilidad de la Unión frente a un número cada vez mayor de desafíos es una verdadera preocupación para el gobierno alemán. Por ahora, Berlín ha decidido no abandonar sus ambiciones europeas. ¿Cuál es la visión de Alemania para reforzar la vitalidad de la Unión?

Pocas semanas antes del 60 aniversario de la firma del Tratado de Roma, la visión de Berlín es más bien pragmática, lo que representa un cierto cambio de trayectoria. En las últimas cuatro décadas, Alemania ha estado entre los miembros de la UE

Almut Möller es politóloga alemana y directora de la oficina en Berlín del European Council on Foreign Relations (ecfr.eu).



Jean-Claude Juncker, Angela Merkel y Martin Schulz en el Europa Forum en el ministerio alemán de Asuntos Exteriores (Berlín, 12 de mayo de 2016). COMISIÓN EUROPEA

que han participado activamente en los debates constitucionales de la Unión, incluyendo la Constitución Europea. Los alemanes han tenido un fuerte vínculo mental con la construcción de la Comunidad Europea y la UE. Ahora la actitud general se ha hecho más transaccional, y la cuestión clave del debate en Berlín se ha vuelto bastante simple: ¿Cómo podemos, nosotros, europeos, demostrar de nuevo a los ciudadanos que vale la pena cooperar y que, de hecho, logramos mejores resultados trabajando juntos?

El gobierno alemán cree que este no es el momento para una visión ideal o para más lírica sobre el concepto de una “unión cada vez más estrecha”, sino más bien el tiempo para hacer cosas. Volver a defender una

cooperación europea que dé resultados se ha convertido en el lema diario en Berlín. Esto puede sonar banal, pero los observadores de la UE saben muy bien lo difícil que se ha convertido en muchos Estados miembros defender Europa ante la oleada de nacionalismo y proteccionismo.

La razón por la cual Alemania sigue participando en la cohesión europea es que la UE continúa siendo un marco favorable para el interés alemán. Su modelo económico y político se beneficia enormemente de la Unión, y Berlín sigue creyendo que con ella puede contribuir mejor a dar forma a un orden mundial que sirva al interés alemán y europeo en general. Solo que este orden mundial tampoco está en buena forma, y el nuevo presidente de Estados Unidos,

Donald Trump, ha generado razones para la preocupación en Alemania, al anunciar una agenda proteccionista e introspectiva. Parece que Berlín está dispuesto a coger el guante.

Cuando estos días se dirige a la opinión pública alemana, Merkel elige mirar al exterior. La pregunta central de la canciller en varias ocasiones ha sido cómo los alemanes y los europeos pueden seguir apoyando y dando un rostro humano a la globalización, en un momento en que existe un creciente reflejo de retirada entre los ciudadanos, de introspección y de anhelo de la estabilidad más que el cambio. La respuesta de Merkel es clara: no hay que cerrarse al mundo, sino abrazar la oportunidad de darle forma. Con la confianza de un líder que sabe que es importante que Alemania tenga un asiento en la mesa, Merkel quiere preparar a los alemanes para estar ahí fuera y no temer lo desconocido. En lugar de prometer protección, Merkel aboga por la amplitud de miras. Este ha sido el patrón en sus discursos desde hace bastante tiempo, y es un mensaje cuidadosamente elaborado por sus asesores, y probado por su impacto en el público, en particular por los votantes de Merkel.

En año electoral, la canciller es consciente de que tal enfoque conlleva riesgos. Ha habido una creciente sensación entre el público de que el gobierno federal ha estado

haciendo muchas cosas por “otros” (“los griegos”, “los refugiados”) pero ¿qué pasa con “nosotros”, los alemanes? “Poner Alemania primero” no es algo desconocido para los alemanes. Merkel se encarga de aliviar los temores de quienes siguen esta línea de pensamiento, explicando que ya no hay una demarcación clara entre “dentro” y “fuera”, y que comprometerse con Europa y el mundo significa, de hecho, estar trabajando por el interés del pueblo alemán. Para equilibrar su mensaje de apertura, a menudo argumenta que los intereses y la seguridad de los alemanes han sido de suma importancia para el gobierno. Por ahora, el discurso sobre la apertura para el interés alemán goza de amplio atractivo para los ciudadanos y permite al gobierno invertir en soluciones europeas. Ante la elección más difícil a que se va a enfrentar durante su mandato, Merkel siente que necesita luchar más por los alemanes para abrazar la cooperación europea y el mundo en general. Después de la elección de Trump y la imprevisibilidad que conlleva, este será un trabajo aún más exigente para Alemania y para la propia canciller.

En este contexto, la opción de invertir en la UE es natural. Pero Berlín debe asumir su parte de culpa por la actual falta de influencia de la Unión. A pesar de sus importantes elementos de poder, Alemania no ha

logrado crear la suficiente tracción entre sus socios de la UE en políticas fundamentales como la futura gobernanza de la zona euro o la gestión de la crisis de refugiados desde 2015. Berlín a veces se ha alejado de otros miembros de la Unión, tanto en términos de política como de estilo. Sin embargo, ante la amenaza existencial de desintegración, los miembros de la Unión son ahora capaces de reconocer lo que perderían si la UE fracasara. El escenario más probable no sería un gran estallido, sino una pérdida progresiva de relevancia, hasta el punto de que la UE y sus instituciones se convertirían en una sombra de su existencia.

En Alemania, hay una nueva reflexión sobre la premisa de que invertir en la UE significa invertir en coaliciones rejuvenecedoras. En esta búsqueda de socios, los políticos alemanes tienen claro que cualquier cálculo de coaliciones y colaboración en la Unión tendrá inevitablemente que involucrar a Francia. El eje franco-alemán ha gozado de poco ímpetu en esta etapa, pero ha recuperado energía en los últimos meses. Si bien la colaboración franco-alemana era vista hasta hace poco como demasiado débil para impulsar la política de toda la UE, lo urgente ahora no es toda la UE sino “salvar lo que se pueda salvar”. Francia, en este contexto, es un socio indispensable para Alemania, compartiendo la misma reflexión

europea. Por tanto, la atención y la devoción de Berlín se han vuelto cada vez más hacia París, con la esperanza de encontrar ideas afines en el Eliseo.

Berlín está preocupado por el futuro de Francia ante las elecciones presidenciales de esta primavera. Para Alemania, Marine Le Pen como presidenta sería una grave amenaza existencial para la UE, de un modo que el Brexit nunca podrá ser. De hecho, el enorme interés de la clase política alemana por las elecciones francesas ejemplifica su deseo de retener a Francia como socio y mantener su longeva relación. Tanto Emmanuel Macron como François Fillon visitaron Berlín en enero, buscando reafirmar su fe en el potencial creativo del eje franco-alemán. Ambos, a su manera, tranquilizaron a la clase política de Berlín asegurando que Francia encontrará nueva fuerza y compromiso para dar forma al futuro de Europa.

Mientras que el gobierno alemán ha encontrado una nueva confianza en su papel e influencia en Europa, Berlín necesita que otros miembros de la UE cooperen y den un nuevo empuje. No hay ninguna razón por la que Alemania no pueda encontrar socios fuera de París.

En cuestión de modos de cooperación, la flexibilidad ha vuelto últimamente a la agenda alemana. Sin embargo, es importante comprender que la última ronda de discusión sobre la cooperación flexible y las

diferentes velocidades difiere de los debates más académicos de los años noventa y principios de 2000 (el ensayo de Wolfgang Schäuble y Karl Lamers de 1994 o el discurso en 2000 en la Universidad Humboldt de Joschka Fischer, entonces ministro de Relaciones Exteriores).

Hasta hace poco, los sucesivos gobiernos alemanes se habían mostrado reticentes a adoptar modos flexibles de cooperación. Se consideraba que el peligro de desintegración de un entorno jurídico y político cada vez más complejo superaba cualquier beneficio derivado de la flexibilidad. Dicho esto, Alemania ha sido uno de los países que de hecho más han contribuido a crear una mayor flexibilidad, por ejemplo, con la creación del euro y el espacio Schengen. La visión general, sin embargo, siempre ha sido la de un *Rechtsgemeinschaft* o espacio de derecho homogéneo.

En el entorno actual, en Berlín hay pues un replanteamiento del valor añadido de modos flexibles de cooperación. El argumento parece en cierta forma invertido: la flexibilidad que muestra resultados tangibles de los beneficios de la cooperación es una forma de evitar que la Unión se desintegre.

Entre funcionarios y expertos alemanes existe, no obstante, un amplio espectro de puntos de vista

sobre los tipos y modos de cooperación flexible. Sin embargo, el actual debate sobre flexibilidad está impulsado por la necesidad pragmática de lograr mejores resultados políticos y de hacer frente a desafíos urgentes. En general, refleja un cambio en el pensamiento alemán sobre la integración: durante mucho tiempo, las cuestiones de la UE han sido consideradas en gran medida institucionales y jurídicas, como se refleja en las conferencias intergubernamentales desde el Acta Única Europea de 1986. En la última década, sin embargo, el carácter eminentemente político de estas cuestiones vuelve a estar sobre la mesa.

La próxima ronda de cooperación para una reforma europea y, posiblemente, para una mayor integración será impulsada por una lógica política. Dar forma a las mayorías en Europa se ha convertido en un asunto complicado, pues ya no se requiere solo la construcción de coaliciones entre gobiernos y sus funcionarios. Los gobiernos representan a ciudadanos cada vez más decididos a que su opinión cuente. Es una oportunidad para construir una forma más sostenible de cooperación europea, que Alemania y otros deberían adoptar más que temer ante el 60 aniversario del Tratado de Roma.

¿Existe un modelo alemán válido para el resto de la UE?

El éxito económico de Alemania, con un bajo desempleo, cuentas equilibradas y proyección exportadora, debe estudiarse en detalle. Los europeos no pueden intentar replicarlo de manera acrítica.

Sebastian Dullien

Desde el comienzo de la crisis del euro muchos en Europa comenzaron a ver la economía alemana como el modelo a seguir. Mientras su crecimiento económico no ha sido tan impresionante, el desempleo del país es el más bajo desde la reunificación y menor que en cualquier otro Estado europeo o en Estados Unidos. El presupuesto público está controlado y el nivel de la deuda pública en relación al PIB es también menor que en cualquier otro país de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Más aún, la economía alemana continúa expandiendo sus exportaciones y aumentando su superávit por cuenta corriente. Estas condiciones

macroeconómicas estables han convertido Berlín en la voz decisiva de los debates relacionados con las medidas de rescate. Alemania parece ser el único país que posee los recursos necesarios para pagar rescates financieros.

En noviembre de 2011 el presidente del grupo parlamentario de la Unión Cristiano Demócrata y la Unión Social Cristiana (CDU/CSU), Volker Kauder, declaró enfáticamente que “en toda Europa, ahora se habla alemán”. Esa declaración ponía en evidencia que Europa seguía el enfoque político alemán y en particular su *Sparpolitik* o política de austeridad. La reforma constitucional promovida por Alemania en 2009, popularmente conocida como

Sebastian Dullien es *senior fellow* del European Council on Foreign Relations en la oficina de Berlín (www.ecfr.eu).

Schuldenbremse, o freno a la deuda, fue la hoja de ruta para el Pacto Fiscal acordado en 2011, que obliga a los países de la zona euro a limitar sus déficit estructurales al 0,5 por cien de su PIB. Muchos fuera de Alemania apoyaron este intento de copiar a los alemanes. En abril de 2012, *The Economist* publicaba una larga nota titulada “Modell Deutschland über alles”, que llamaba a copiar la Agenda 2010, el paquete de reformas implementado por el canciller Gerhard Schröder a partir de 2003.

Aunque exista poca literatura académica que lo respalde, sí hay una narrativa simplista sobre el modelo alemán, citada por políticos y periodistas, que describe la siguiente situación: acorralada entre un Estado de bienestar excesivo y un mercado laboral esclerótico, la economía alemana experimentó a principios de 2000 una profunda crisis. Tras conseguir la reelección en 2002 por un estrecho margen, Schröder promovió un programa de reformas integrales para ajustar el mercado de trabajo alemán, el sistema de Seguridad Social y un sector público sobredimensionado.

Resulta llamativo ver lo rápido que la percepción del modelo alemán y el destino de la economía del país han cambiado. Hasta la mitad de la década pasada había en Alemania y fuera de ella un tono de

discusión completamente diferente. En 2003, Katinka Barysch, del Centre for European Reform, calificó a Alemania como “el hombre enfermo de Europa”. Ese mismo año, el economista alemán Hans-Werner Sinn publicó un libro titulado *Ist Deutschland noch zu retten?* (¿Puede Alemania salvarse?). El libro fue muy comentado y muchos predecían incluso la caída de la economía alemana.

Resulta igual de sorprendente comprobar que las reformas de Schröder no se vieron, en su momento, como un punto de inflexión. En 2007, Sinn afirmó que no eran “un gran avance”. Sin embargo, esas mismas reformas son ahora calificadas de cruciales para entender el desarrollo reciente de la economía alemana. Este rápido cambio de percepción lleva a preguntarse qué hay de verdad tras la narrativa de que la economía alemana se ha recuperado a través de reformas decisivas. Si esta narrativa fuese cierta, ¿por qué la mejora reciente de las condiciones económicas no se previó cuando se aprobó el paquete de reformas contemplado en la Agenda 2010?

Resultados de la Agenda 2010

Para evaluar el impacto de las reformas alemanas hay que tener

claro qué hizo y qué dejó de hacer la Agenda 2010. En primer lugar, hay que tener en cuenta que algunas de las reformas económicas atribuidas a los socialdemócratas no fueron incluidas en los paquetes de reformas legislativas aprobadas por el gobierno de Schröder. Asimismo, la importancia de otros elementos del paquete de reformas ha sido exagerada, debido posiblemente a la falta de entendimiento de las particularidades del mercado laboral alemán. En las últimas dos décadas, las instituciones que gestionan el mercado laboral han promovido algunos cambios endógenos de gran relevancia, como la negociación de los márgenes de ganancias en los contratos colectivos, acordados entre las partes interesadas, más que a través de la intervención gubernamental. Esto ha sido consecuencia de un proceso gradual y no debe confundirse con los cambios promovidos por el gobierno de Schröder.

El paquete de reformas 2003-05 contiene seis elementos claves: se une el antiguo beneficio de desempleo con el sistema general de la Seguridad Social; reforma el papel de la oficina de empleo y las políticas activas del mercado laboral; liberaliza tanto el acceso al mercado de ciertas profesiones como el mercado para las agencias de trabajo temporal; reforma marginalmente las cláusulas para el

despido, y reduce las contribuciones a la Seguridad Social para trabajos marginales. Asimismo, aunque no formaron parte de las reformas de la Agenda 2010, el gobierno de Schröder aprobó recortes presupuestarios para reducir el déficit público, en línea con los requerimientos del Pacto de Crecimiento y Estabilidad, y así poder limitar el déficit gubernamental al tres por cien del PIB.

No obstante, también es preciso conocer qué aspectos no fueron cambiados con las reformas de Schröder: no se modificó el sistema alemán de negociación colectiva de salarios; ni las leyes sobre la jornada laboral; no se simplificó la contratación y el despido, ni se introdujo el famoso sistema de control de la jornada laboral y las compensaciones para jornadas cortas de trabajo, que tanto ayudó a la recuperación de Alemania durante la crisis de 2008-09. Todas estas medidas quedaron fuera de la legislación de Schröder.

Claves de la recuperación

El éxito estuvo en el aumento de las exportaciones de las empresas alemanas. Mientras muchos países han perdido cuota de mercado para sus exportaciones, Alemania ha mantenido e incluso incrementado su cuota. En Alemania existe un

debate recurrente sobre las causas de este desarrollo. Dos son los elementos que lo explican: primero, la alta especialización del sector manufacturero, muy bien posicionado para beneficiarse del crecimiento de los grandes mercados emergentes como Brasil, China y Rusia; segundo, el incremento de la competitividad de las empresas alemanas, sobre todo comparadas con otros países de la zona euro como Francia. Si se miden los costes laborales unitarios, Alemania ha mejorado la competitividad respecto al resto de la zona euro en más de un 10 por cien. Si se compara con otros países de la periferia europea como España o Italia, la mejora ha sido del 25 por cien. Este aumento de la competitividad no es resultado de incrementos de la productividad,

sino de las reducciones nominales de salarios.

Existen también otras razones plausibles que, sumadas a la mejora de la competitividad, desempeñaron un papel importante en el crecimiento de las exportaciones alemanas. Primero, Alemania se ha beneficiado de una posición geográfica única, con altos ingresos, un mercado europeo muy integrado (con los primeros Estados miembros) y unos nuevos socios de la UE que se unieron al mercado único en 2004 y que, como consecuencia, experimentaron un fuerte incremento de su demanda de importaciones. Segundo, existen indicios de que el superávit por cuenta corriente es el resultado de una débil demanda interna, lo que ha motivado altos niveles de ahorro para la economía. Junto a la debilidad del consumo, la persistente debilidad de la inversión pública es otro indicador muy revelador. Por tanto, no es descabellado concluir que el superávit fiscal actual es consecuencia de la implementación de duras políticas fiscales.

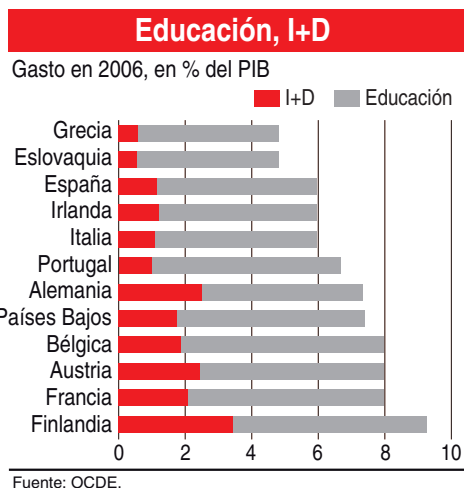
Sin embargo, otros analistas denuncian que la combinación de austeridad y caída de salarios no ha ayudado a mejorar la proyección de las exportaciones y la situación actual de la cuenta corriente. Afirman que se han producido



efectos sociales y económicos negativos. El más llamativo es el bajo crecimiento de la productividad, que ha crecido entre 1999 y 2010 a menores niveles que en el pasado, con un muy bajo aprovechamiento en relación a otros países de la zona euro y EE UU. Finalmente, y sobre todo en la última década, Alemania ha desarrollado uno de los sectores de bajos salarios más extendidos en Europa. En 2008, casi siete millones de alemanes, el 20 por cien de la fuerza laboral, trabajaban con bajos salarios.

Riesgos del modelo alemán

Si partimos de un modelo con baja inversión en investigación y desarrollo, así como en educación, la respuesta es reveladora. En contra del antecedente de la Agenda de Lisboa, el enfoque alemán se aleja de la idea de hacer de Europa la región del mundo más avanzada tecnológicamente. El segundo elemento importante de este modelo ha sido la moderación nominal (y por consiguiente real) de los salarios, que según determinadas escuelas económicas conduce a una caída general de los precios. Sin embargo, en situaciones con sistemas bancarios frágiles, como sucede en la actualidad en Europa, la caída de precios lleva a la



deflación de la deuda, lo que crea problemas con el sistema financiero, menos crédito y, por tanto, menos demanda agregada.

En una unión monetaria, si un único país sigue esta política deflacionaria, la demanda agregada para los productos de ese país puede aumentar, ganando así cuota de mercado a sus socios comerciales y compensando la caída de la demanda interna. Sin embargo, si esta política deflacionaria fuese adoptada por todos los países de la zona euro, el efecto negativo en la demanda podría ser el predominante.

El éxito alemán, con su gran superávit por cuenta corriente, bajas tasas de desempleo y un crecimiento económico aceptable, es el resultado de una combinación de caídas nominales de salarios,

apoyadas por unas reformas del mercado laboral y reducciones drásticas en el gasto en inversión pública, así como en I+D y en educación. Algunos de estos elementos del modelo alemán tienen externalidades negativas en sus socios europeos, que ven cómo se debilita su crecimiento económico.

La caída nominal de los salarios lleva implícito el desarrollo de una política de pauperización, con efectos negativos si fuese seguida por todos los países europeos. La reducción del gasto en I+D y educación reduce las tasas de crecimiento potencial no solo en Alemania, sino en otros países

debido a efectos multiplicadores a medida que cae el progreso tecnológico. Este efecto se amplificaría si todos los miembros de la zona euro actuaran de la misma manera. La reducción del gasto en infraestructura pública reduce el potencial del incremento de la productividad a escala nacional.

En resumen, en vez de copiar el modelo alemán, los líderes europeos deberían examinar con cuidado qué elementos de las reformas alemanas pueden incrementar la productividad y el empleo, sin promover efectos negativos en el camino hacia el crecimiento a largo plazo.

Retrato de Alemania con señora

Diego Íñiguez

Las elecciones alemanas del primer día del otoño no parecen decididas cuando empieza el verano de 2013. Una semana antes se vota en Baviera, un entremés crucial. Los carteles de la campaña son ingeniosos: “Baviera está madura, su nuevo color es el Verde”; “El candidato que mantiene su palabra”, sonríe el del Partido Socialdemócrata (SPD), sosteniendo unas letras que dicen “palabra”; “Los pensionistas, ¿por la borda?”, pregunta el Partido Pirata; “¡A todo gas por el callejón sin salida!”, sentencian los de La Izquierda. Sus adversarios retratan a Ángela Merkel en blanco y negro, con expresión severa; los democristianos, tan maquillada y angelical que parece a punto de trascender. Es la campaña de una sociedad tranquila, que puede permitirse el humor y quizá un cambio político.

Si gana la Unión Demócrata Cristiana (CDU), será la tercera legislatura de la canciller. Pero, ¿es posible hablar de una “Alemania de Merkel”, como se habla de la Alemania de Kohl, la de Schmidt y Brandt o la de Adenauer? Los grandes cancilleres de la República Federal dejaron su impronta en la Alemania democrática, que se fundó y consolidó con Konrad Adenauer, alcanzó su madurez moral con Willy Brandt y su mejor momento con Helmut Schmidt. Los años de Helmut Kohl fueron de estancamiento, pero su instinto político fue decisivo para la reunificación. La coalición socialde-

Diego Íñiguez es magistrado.

El hegemon tímido, más complejo socialmente, más desigual, con un sistema de partidos más complicado, celebra unas elecciones en las que la crisis europea será un asunto secundario. Merkel parece imbatible, aunque no es descartable otra gran coalición.

mócrata y verde que le sucedió impulsó cambios legales y sociales, pero Gerhard Schröder, menos interesante que su vicecanciller, Joschka Fischer, no tiene la grandeza de sus antecesores socialdemócratas.

Merkel merece una reticencia semejante. Gobernó su primera legislatura en coalición con los socialdemócratas y fueron ministros del SPD los más eficaces gestores de la crisis: entre ellos, quien hoy es su rival electoral, Peer Steinbrück. En la segunda, la República Federal ha alcanzado su máxima influencia política, gracias a la situación económica de unos socios que se ahogan en la recesión o se encaminan a ella. Podrá hablarse de la Europa de Merkel, o de lo que quede de ella tras la canciller, cuya política europea es *la* política europea, aunque a veces quepa preguntarse si su objetivo no es el muy nacional de lograr que los bancos alemanes cobren hasta el último euro (posible) de las deudas del sur. Pero es dudoso que la primera canciller de la República Federal merezca dar nombre a estos años de una Alemania más compleja socialmente, más desigual, y con un sistema de partidos que se hace más complicado, o más rico.

Mito y realidad de la Agenda 2010

Frente a las melancolías presupuestarias del sur y este de Europa, Alemania reduce su déficit en 2013, tendrá un presupuesto equilibrado en 2015 y

espera reducir su deuda pública del 80 al 69 por cien en 2017. El déficit de 6.200 millones de euros previsto para 2014 –dos tercios del cual constituyen la aportación alemana al Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE)– es el más bajo de los últimos 40 años. La “alianza de banqueros y políticos” que gobierna Alemania, en opinión del nada radical *Der Spiegel*, tiene razones para estar contenta. “Es gracias a que Alemania hizo hace años las dolorosas reformas que hoy tienen que hacer sus socios”, repiten discursos políticos y editoriales. “Hay que reconocer el mérito de Schröder, que con su Agenda 2010 y los programas Hartz I a IV sacó del estancamiento al país”.

Mientras la economía se contrae en toda Europa y se acerca a 30 millones el número de parados, la canciller sostiene con gesto enérgicamente compungido que “no hay alternativas a la política de austeridad y las reformas estructurales, aunque sean dolorosas”, con el respaldo de una economía en crecimiento, con bajo nivel de paro y una industria muy competitiva. Pero es dudoso que la Agenda 2010 y los programas Hartz hayan producido un milagro del empleo: lo que se ha producido es una redistribución del trabajo existente en condiciones de precariedad, advierte Dierk Hirschel, del sindicato ver.di. Uno de cada cuatro empleados trabaja por menos de nueve euros a la hora y casi un millón y medio por menos de cinco. Se han perdido 1,6 millones de empleos a tiempo completo, reemplazados por tres millones a tiempo parcial. El *dumping* salarial frena la demanda interna, dispara las exportaciones y acentúa el desequilibrio comercial en favor de Alemania.

Con bajos costes salariales y de financiación, Alemania es un imán para capitales de toda Europa, que financian su déficit y a sus empresas. Estas compran a precio de saldo a competidoras y proveedoras del sur de Europa. Los años de ventaja competitiva incrementarán el desnivel entre la Europa del Norte –cada vez más industrial e inventiva– y la del Sur, empobrecida.

La riqueza también está desigualmente repartida. La bolsa sube, como los precios de las viviendas y los alquileres. El abandono de las políticas de estímulo fiscal y monetario, advierte Paul Krugman, supone dar prioridad a los acreedores sobre los trabajadores: bajan el empleo y la renta de la clase media, suben los beneficios y la bolsa. Los incrementos salariales de 2013 no compensan la contención salarial de los años anteriores. La clase media siente en la nuca el aliento de la globalización y trabajará más años hasta poderse jubilar. Los habitantes de los *Länder* ricos del Sur tienen una renta por habitante muy superior a los de la Alemania del Este o Berlín. Un informe de la Fundación Bertelsmann publicado en junio confirma las

tendencias observadas por los estudios PISA de la OCDE a principios de siglo: el sistema educativo alemán es uno de los menos integradores de Europa, porque clasifica a los niños a una edad muy temprana, cuando aún son decisivas las diferencias de renta y de educación familiares, con lo que ayuda a perpetuar la estructura de clases existente.

La población crece, llegan más emigrantes: más de un millón en 2012, la cifra más elevada en los últimos 17 años. Pero dejaron el país tres cuartos de millón, algunos muy cualificados, descontentos con los topes salariales.

El hegemon tímido

Alemania debate desde hace años si es el “hegemon benévolo” de la UE. Su diplomacia subraya el adjetivo. La revista *Gegenstandpunkt* ve más bien “un proyecto hegemónico del interés imperialista alemán por administrar las consecuencias de la crisis financiera”. “La empatía debe jugar un papel esencial”, escribe Thomas Schmid, editor del grupo *Die Welt*: “Alemania tiene que usar su fortaleza para consolidar la estabilidad y para ayudar a los Estados del Sur. Sí, Alemania tiene que convertirse en un hegemon. Pero un hegemon amistoso. Tiene el potencial para serlo, pero ¿tiene la voluntad?”.

El empeño espartano del *establishment* alemán, que beneficia obviamente a sus intereses, no es cínico: la virtud del ahorro está enraizada en la mentalidad de sus ciudadanos y la práctica de sus empresas. Claro que en el éxito del modelo alemán hay otros factores: el consenso social y político, una inteligente política fiscal, la coestión, el estímulo de la invención. No siempre se recuerda la parte que tuvo en el éxito económico alemán la condonación de sus deudas por los aliados, en los años cincuenta, o los beneficios para sus empresas de la reconstrucción de la antigua República Democrática Alemana. La empatía que aconseja Schmid brilla por su ausencia con recurrente torpeza: en la misma semana en que el presidente del Bundesbank, Jens Weidmann, se permitió recordar a los Estados miembros sus obligaciones de austeridad, el comisario alemán Günther Oettinger instó a Francia a acometer reformas en su mercado laboral y su sistema de pensiones como requisito para un aplazamiento de la reducción de su déficit.

El nuevo hegemon interesa mucho a China, cultiva una relación especial con Rusia, cuida los mercados emergentes. Pero tiene poco peso específico por sí solo: necesita los mercados y a la población de la UE. Los sectores más europeístas de la CDU lo saben. La crisis europea se percibe con preocupación en Alemania. Pero también con cierto orgullo y un punto de victimismo,

con los que ha sabido conectar Merkel en su peculiar sistema de gobierno: esperando a pronunciarse hasta que se conoce o se ha precipitado ya la posición mayoritaria, evitando el desgaste de las decisiones o las confrontaciones, con la característica mezcla de sensatez, rotundidad y no querer ver con que convirtió la thatcheriana expresión “alternativlos” (sin alternativas) en la antipalabra de 2010. Pero Alemania se prepara para una elección nacional en la que la crisis europea tendrá, si acaso, un papel secundario.

Una sociedad y un sistema de partidos más complejos

El sistema político alemán ha sabido combinar una estabilidad proverbial (gracias a la barrera electoral del cinco por cien, el consenso fundamental entre la socialdemocracia y el cristianismo social, la prohibición de los partidos contrarios al sistema liberal-democrático y el uso político que obliga a formar siempre gobiernos con mayoría) con la representación de una creciente diversidad social.

El sistema de partidos ha sido muy estable desde el origen de la República Federal. En los primeros decenios se basó en dos mayoritarios, la CDU, siempre aliada con la CSU bávara, y el SPD, con el pequeño Partido Liberal (FDP), que gobernó en coalición con cada uno, como bisagra. Los dos grandes formaron una gran coalición en 1966, que abrió el camino a la victoria electoral de Willy Brandt tres años más tarde. En los años ochenta, el sistema se enriqueció con Los Verdes, inicialmente una suma de movimientos pacifistas, antinucleares y feministas radicalmente críticos de la sociedad burguesa desde un fundamento moral que retrató Heinrich Böll en *Asedio preventivo*. La unificación añadió un quinto partido, el PDS, sucesor del partido comunista de la RDA, que ha constituido luego La Izquierda con grupos menores de la Alemania Occidental y socialdemócratas desengañados. Además de una extrema derecha dispersa, dos grupos más intentan superar la barrera electoral: Los Piratas y la Alternativa por Alemania.

La CDU/CSU y el SPD son *Volksparteien*: partidos de militancia numerosa, con un anclaje social elevado gracias a su red territorial, su capacidad para integrar intereses y grupos muy diversos en un programa común, un porcentaje del voto por encima del 30 por cien y una vocación de gobierno que les hace presentar a un candidato a canciller con posibilidades efectivas de serlo. Pero el sistema está en crisis, se dice. Los partidos mayores han perdido la representación de bloques sociales antes firmemente integrados en ellos y la mitad de sus militantes, que son ahora mayores, menos activos

y concentrados en el nivel local. No consiguen nuevos votos entre los jóvenes, los inmigrantes, los nuevos sectores de intereses. Pierden votos desde los años ochenta: entre los dos, llegaron a superar el 90 por cien; en 2009 recogieron menos del 57 por cien. El SPD se quedó en un 23 y corre el riesgo de convertirse en un partido intermedio. Otro mito que flaquea es el de que los partidos pequeños no superan el 10 por cien: el FDP lo hizo en 2009 y Los Verdes prometen hacerlo en 2013.

Los Verdes han evolucionado desde los movimientos alternativos hasta representar los valores de la sociedad posconsumista: la ecología, la defensa de los derechos civiles, un cierto internacionalismo. Les vota la clase media urbana, de empleo público y renta media o alta. La experiencia del poder ha hecho realistas a estos hijos del 68, que tienen por primera vez un ministro-presidente en el riquísimo Estado de Baden-Württemberg. Merkel sueña con tenerlos como socios de gobierno: sería la culminación del viaje hacia el centro de la CDU y multiplicaría sus posibilidades de hacer coaliciones, hasta ahora limitadas a los liberales y los socialdemócratas. Los dos partidos ya no son radicalmente opuestos, sostienen los entusiastas de la idea: Los Verdes se han aburguesado; los democristianos se han impregnado de conciencia ecológica y no creen ya que el papel de la mujer sea ocuparse de la cocina, los niños y la iglesia. La CDU ha decidido abandonar la energía nuclear, eliminado el servicio militar, considera establecer cuotas femeninas en los consejos de administración. Los Verdes han votado a favor de intervenciones militares exteriores y los rescates. Pero los números no salen: la transferencia de votos entre los partidos democristiano y verde es muy escasa. Los votantes de Los Verdes han superado su sarcástico desdén hacia la hipocresía burguesa de los democristianos, pero se sitúan de modo absolutamente mayoritario a la izquierda del SPD y prefieren coaligarse con él.

La gran pregunta es si Los Verdes pueden convertirse en un nuevo *Volkspartei*, si conseguirán ganar votos de democristianos y socialdemócratas y encontrar nuevos yacimientos. No es fácil, sigue sin atraer a un espectro social tan amplio como la CDU o el SPD. Pero las nuevas formas de movilización mediante las redes sociales o iniciativas ciudadanas como Stuttgart 21 le benefician. No parece ya imposible que superen un día al SPD y se hagan con la primacía de la coalición de centro-izquierda.

El SPD pierde desde hace dos decenios los votantes que ganan Los Verdes. Su resultado en 2009 fue el peor de su historia, casi la mitad de los votos que recibía en los años setenta. En la celebración de su 150 aniversario, en junio de 2013, el presidente alemán, Joachim Gauck, le felicitó como “garante de

la democracia” y representante de la resistencia contra las dictaduras: en 1933, los socialdemócratas rechazaron en bloque la ley que otorgó plenos poderes a Adolf Hitler y fueron a parar, también en bloque, a los campos de concentración nazis. “Su lucha ha aportado mejoras en las condiciones de vida de millones de trabajadores”, añade Gauck.

Pero la decencia y la dignidad pasadas no aseguran el éxito electoral. El SPD no ha resuelto una cuestión de identidad –a quién representa y cómo propone conservar qué parte del Estado social–, acentuada por la crisis y las rupturas ideológicas y personales que produjo en el partido la Agenda 2010. Socialdemocratizada la sociedad, su función parece agotada.

Pero ¿es así en la Europa de los 30 millones de parados, de la globalización, del retroceso de las conquistas sociales y la nueva desigualdad? Los socialdemócratas han ganado, en diversas coaliciones o con mayoría absoluta, las últimas 12 elecciones regionales, gobiernan en la gran mayoría de los *Länder* y tienen la llave del Bundesrat, la cámara federal, lo que les asegura un poder colegislativo. Tienen coaliciones de gobierno con cada partido representado en el Bundestag. Conectan mejor con la población de origen inmigrante, que recuerda la reforma de la ley de nacionalidad de los años de Schröder. Tiene un buen candidato, Steinbrück. Pero si no logra movilizar a sus votantes, la elección de 2013 puede obligarle a elegir entre el fuego de una nueva gran coalición como socio menor de los democristianos y el infierno helado de otros cuatro años en la oposición.

Bajo la dirección de Merkel, la CDU ha refinado su capacidad de representar posiciones ideológicas diferentes, a riesgo de desconcertar a una parte de los suyos: ha pasado de ser la unión de tres sectores reconocibles –conservadores, liberales y socialcristianos– a un partido pragmáticamente dedicado a la pesca de todo voto posible, con la figura vaporosa de la canciller como activo principal. La CSU es más conservadora que su hermana mayor. Juntas, cubren un espectro lo bastante amplio para evitar la aparición de partidos populistas o extremistas de derecha. Su ideología social cristiana les ha mantenido a salvo del resistible encanto del thatcherismo: pese a sus simpatías hacia el liberalismo anglosajón, Merkel conserva su instinto y ha librado la campaña de 2013 en el terreno social en el que esperaban batirla los socialdemócratas. Los análisis de la fundación democristiana, la Konrad Adenauer Stiftung, muestran una inteligencia y una moderación que ya quisieran para sus oponentes –y a menudo para sí mismos– los partidos de la izquierda de muchos países europeos.

La hermana socialcristiana bávara, la CSU, se la juega en su *Land* una semana antes de las generales. No vive sus mejores tiempos, cuando gobernaba

Baviera con mayoría absoluta y sus dirigentes Franz-Josef Strauss y Edmund Stoiber llegaron a ser los candidatos democristianos a la cancillería. Ha tenido que gobernar en los últimos cuatro años en una incómoda coalición con los liberales y llega a las elecciones sacudida por escándalos de corrupción y nepotismo. Mantener la coalición con los liberales pudiera ser el mal menor: si estos se quedan fuera del Parlamento regional, pudiera abrirse la puerta a una coalición socialdemócrata, verde y rosa como la que gobierna Múnich.

La estrategia de Merkel consiste en mantenerse en el poder, se quejan sus oponentes, olvidando que ese es precisamente el oficio de un político y un *Volkspartei*. La CDU se enfrenta a un problema demográfico: sus votantes son cada vez más mayores. Ha perdido (sobre todo segundos) votos por motivos tácticos en favor de los liberales y mucho poder regional y local. La batalla se libra en el centro. Merkel acierta en su estrategia electoral y en su política de centrar y modernizar a la Unión. Es un proceso complicado: el partido tiene que ampliar su espectro ideológico sin perder a los conservadores; hacerse más social sin que los liberales se vayan al FDP; ser más moderno sin que los cristianos dejen de sentirse representados en una Unión que, recuerdan, lleva la “c” de “cristiano”. Sus militantes se sitúan mayoritariamente (un 51 por cien) en el centro y a la izquierda del centro (un 25), con solo el 22 por cien a la derecha.

Como en casi cada elección desde la aparición de Los Verdes, el partido liberal (FDP) compite por no quedar fuera del Parlamento. En 2009 tuvo el mejor resultado de su historia, pero se derrumbó pronto y hace años que cada encuesta le sitúa por debajo de la barrera electoral. Cambió a sus dirigentes sin éxito: es más apreciado el defenestrado, Guido Westerwelle, todavía ministro de Asuntos Exteriores, que el nuevo vicecanciller, Philip Rössler. El FDP, durante decenios el fiel de la balanza en la política de la vieja RFA, ha perdido votantes en favor de Los Verdes. Como partido del liberalismo económico, su base social es muy reducida.

El partido de La Izquierda mantiene rasgos muy diferentes en el Este y el Oeste del país. En la antigua RDA, el sucesor del SED (Partido Socialista Unificado de Alemania) es un partido regional fuertemente arraigado, una

**Los dos grandes
partidos pierden votos
desde los años ochenta:
entre ambos llegaron a
sumar el 90 por cien; en
2009 no llegaron al 57**

izquierda poscomunista con un programa de defensa de los derechos de los trabajadores. Gobierna en varios Estados en coalición con el SPD. En el Oeste, se sitúa más a la izquierda y no ha logrado superar la barrera invisible que le impide acceder a los gobiernos, aunque estuvo a punto de hacerlo en Hesse, sede del Banco Central Europeo, en 2008. No ha superado aún la marcha de sus primeros dirigentes, los carismáticos Óscar Lafontaine, expresidente del SPD, y Gregor Gysi, antiguo colaborador de la Stasi.

Hace un año, el éxito de Los Piratas en el Parlamento de Berlín hacía pensar que llegarían al federal. Pero el grupo, de una vaga izquierda libertaria, cuyos votantes jóvenes e inmersos en las tecnologías digitales no se sienten representados por los partidos tradicionales, parece desinflarse.

No hay en Alemania un partido fuerte de extrema derecha: Los Republicanos, el NPD o la DVU han entrado en algún Parlamento regional, pero nunca han superado la barrera electoral nacional. Se vuelve a hablar de un proceso de prohibición contra el NPD, pese al fracaso del intentado en 2002.

Si gana un tres o un cuatro por cien de los votos, la Alternativa por Alemania, una escisión por la derecha de la CDU, podría hacer perder el gobierno a la coalición democristiana-liberal. Propone echar del euro a Grecia, Portugal, España y quizá Francia, reintroducir las monedas nacionales en paralelo durante cinco años, recuperar luego el marco alemán y establecer al fin una zona monetaria con el núcleo sano de Europa. Los democristianos no se deciden a ignorarla e insisten en que el 70 por cien de los alemanes apoya el euro y que a Alemania no le conviene el regreso al marco, que no era más estable que el euro, se sobrepreciaría, dificultaría las exportaciones y requeriría una constante intervención del Bundesbank.

El sistema alemán se ha hecho más volátil. Crecen las transferencias de votos entre los grandes partidos, que llegan peor a los nichos de votantes situados fuera de las tendencias generales, pagan caros sus errores en la estimación del humor de los electores y cuya vida se ha hecho más complicada por las iniciativas ciudadanas con ayuda de Internet. Pero los *Volksparteien* seguirán siendo dominantes en la política alemana durante los próximos decenios, escribe Gerhard Hirscher.

Tras las elecciones del 22 de septiembre

Hasta hace medio año, las encuestas situaban al SPD y Los Verdes por delante de la CDU/CSU y a los liberales fuera del Bundestag. Desde la primavera anuncian lo contrario. El SPD cae hacia su pésimo resultado de hace

cuatro años. Los Verdes suben, pero no lo bastante para compensarlo. La Izquierda se mantiene en torno al 10 por cien. Los demás partidos se llevarán el ocho o el nueve por cien de los votos, sin conseguir representantes.

La CDU no las tiene todas consigo y se presenta con un programa de 30.000 millones de euros para gasto social y apoyo a las familias. Los ciudadanos no comparten los recelos de los *lobbies* económicos y estarían encantados de disponer de más renta e inversiones escolares. Un incremento del gasto del uno o el dos por cien del PIB sería el maná para las empresas cuando empiezan a enfriarse los mercados exteriores. En la lucha por el centro, la canciller se apropia de propuestas de Los Verdes (el fin a medio plazo de la energía nuclear) y los socialdemócratas (el freno a los alquileres en las grandes ciudades, el salario mínimo). Ha suprimido el copago médico. Incluyó a accionistas y depositantes bancarios en la factura del rescate a Chipre.

Promueve la equiparación fiscal de las uniones civiles entre personas del mismo sexo, un tabú para los conservadores de su partido. Su manifiesto electoral no recoge declaraciones de amor hacia los liberales, ni deseos de continuar la coalición con ellos. Decidirá el resultado.

El sector más europeísta de la CDU echa de menos entusiasmo por Europa: el peso alemán y el momento histórico aconsejan aprovechar la ocasión para dar un paso decisivo hacia la unidad de Europa, sugiere Wolfgang Schäuble. Pero Merkel torpedea sus propuestas para reforzar la Comisión Europea, llega a acuerdos bilaterales, bloquea la unión bancaria, margina a las instituciones comunitarias. Los entresijos europeos son un problema oscuro y los partidos quieren animar a los electores. ¿Cabe esperar, después de las elecciones, un alivio de las condiciones impuestas a los países del Sur, avances más rápidos hacia la unión bancaria, comunitarización de deudas? Es muy dudoso: incluso si cambiara la coalición de gobierno, verdes y socialdemócratas han apoyado las posiciones europeas de la coalición y decidido en favor de los rescates en votaciones que podrían haber derribado a la canciller. Una gran coalición tendría, al menos, la estabilidad y la mayoría precisas para algún paso europeo relevante.

La batalla se libra en el centro: Merkel acierta en su estrategia electoral y en su política de centrar y modernizar la CDU

Las elecciones se juegan en el terreno interior. La popularidad de Merkel parece imbatible: el 46 por cien de los alemanes confía en ella para resolver la crisis del euro y solo el 10 en Steinbrück. La única alternativa a la coalición actual parece ser otra gran coalición, que los socialdemócratas temen como el diablo un baño de agua bendita. La de 1966 fue un paso decisivo para los gobiernos de Brandt y Schmidt, pero la de 2005 les costó su peor resultado electoral, pese al buen trabajo de sus ministros. Dirigentes históricos del SPD, como Egon Bahr, advierten un riesgo de escisión antes de verse en otra que les arrastre definitivamente al nivel electoral de los liberales, Los Verdes o La Izquierda.

Retrato de grupo con señoras

En los meses anteriores a la campaña brotan como setas libros sobre los candidatos. Hace un año se publicó un mano a mano entre Schmidt y Steinbrück, la alternativa del viejo patriarca al candidato socialdemócrata. *La canciller y su mundo*, de Stefan Kornelius, explora la biografía política exterior de Merkel, nacida en un pueblo de la RDA con guarnición soviética, admiradora de California y Rusia, y en cuyas manos se encuentra el destino de Europa. *La primera vida de Ángela M.* revisa sus primeros 35 años, hasta la caída del muro de Berlín, y le atribuye un compromiso muy superior al que había reconocido con el régimen comunista: Merkel no era, como dijo en 2004, responsable de asuntos culturales en la Academia de Ciencias, sino la secretaria de agitación y propaganda de las Juventudes Comunistas. La prensa lo ha debatido durante semanas, el SPD pidió explicaciones, Merkel no recuerda muy bien qué dijo.

Le ha defendido un dirigente verde también procedente de la RDA, Werner Schulz: la de Merkel, escribe, es una biografía típica de la RDA, difícil de entender desde las preconcepciones occidentales. Para sobrevivir en la RDA era preciso dominar el doble lenguaje y guardar una prudencia extrema. Solo mostrando lealtad podía la hija de un pastor protestante, un enemigo natural del Estado de campesinos y trabajadores, vencer la desconfianza del régimen comunista y llegar a la universidad. Merkel no dio el paso decisivo de militar en el SED.

Es fácil reconocer en el carácter político de la canciller —la cautela extrema, la opacidad, la falta de espontaneidad, el pragmatismo— rasgos de la socialización en el declive de un régimen dictatorial. Pero su pasado importa poco a los electores: les importa su voz, su carácter poco agresivo, su habilidad para

esperar y sumarse a la posición mayoritaria. La consideran una de los suyos, por la sencillez de sus trajes *Maomerkel* y su peinado, sus vacaciones con su marido en Italia, como tantos alemanes de clase media, exponiéndose a ser fotografiada por *The Sun*, que la retrató en portada cambiándose en la playa.

Un cine de la Bleibtreustraße, en Charlottenburg, organiza sesiones con películas elegidas por personajes públicos: Merkel escogió *La leyenda de Paula y Paul*, un éxito en la RDA en 1973; Steinbrück, la mucho más inquietante *La noche del cazador*. El candidato socialdemócrata empezó su campaña escribiendo (él mismo) un libro interesante. No cuenta con grandes simpatías en la prensa, duda de la lealtad de los dirigentes de su partido. Que sea o no canciller dependerá de los liberales y de los conservadores enfurruñados con la CDU.

Las personalidades políticas con más futuro en Alemania parecen ser todas mujeres. En la democracia cristiana, Merkel ha dificultado la aparición de sucesores: solo sobrevive –a duras penas– Ursula von der Leyen, la ministra de Trabajo. Si pierde Steinbrück, la esperanza socialdemócrata será Hannelore Kraft, elegida en 2010 ministra-presidenta de Renania-Westfalia. Entre Los Verdes cobra peso Katrin Göring-Eckardt, una teóloga del Este de llamativa vacuidad que –dicen– se entendería bien con Merkel. En La Izquierda, la más interesante es Sarah Wagenknecht, que acaba de publicar un libro titulado *Libertad o capitalismo*.

Verdaderamente, Alemania ha cambiado. Pero su sistema electoral y político sigue siendo un instrumento envidiablemente eficaz para representar la creciente complejidad social y política del país.

Alemania, desde la integración a la austeridad

Thomas Hanke

La crisis de la moneda única y su superación suponen una dura prueba para la disposición de los alemanes a integrarse y cooperar en la zona euro. Por eso en la República Federal se han intensificado los debates sobre política europea, que desde 2010 giran, en versiones siempre nuevas, en torno a dos cuestiones esenciales: cómo hay que mejorar la estructura y el funcionamiento de la zona euro para que no se repitan crisis como la actual o, por lo menos, para que no pongan de nuevo a la unión monetaria al borde del colapso; y cuál debe ser el equilibrio adecuado entre solidaridad y responsabilidad. Esta pregunta enlaza directamente con otra: ¿qué debe ser responsabilidad de la UE o de las instituciones de la unión monetaria, y qué hay que dejar en manos de los Estados miembros?

Sea cual sea el concepto clave que uno extraiga de los debates de los últimos años –eurobonos o unión política, presupuesto para la zona euro o posibilidad de insolvencia de los Estados, unión bancaria o Mecanismo de Estabilidad Europeo–, todas las controversias se pueden retrotraer a las cuestiones básicas mencionadas. La mayoría de los alemanes es consciente de que no se trata de decisiones de política cotidiana ni de adaptaciones

Thomas Hanke es corresponsal en París del diario alemán *Handelsblatt*. Traducción de News Clips.

Angela Merkel no ha entusiasmado a los alemanes con su gestión de la crisis del euro, pero aprueban su equilibrio político. Por un lado protege y mantiene la zona euro; por otro, evita una excesiva carga financiera a su país. La integración plena queda aún lejos.

técnicas de la unión monetaria, sino de una nueva fase de la integración europea que, si no se supera con éxito, provocará la desintegración de la unión monetaria como núcleo de la UE.

En este contexto, en Alemania también surgen corrientes que dicen “hasta aquí hemos llegado, ni un paso más” o “la integración ha ido demasiado lejos, tenemos que volver atrás”, aunque es cierto que no es la primera vez que se escuchan frases parecidas. Hace años ya se adoptaron estos mismos posicionamientos y también hubo intentos de fortalecerlos con la creación de partidos. Así, a comienzos de la década de los noventa se fundó un partido anti-euro que nunca tuvo éxito electoral. Pero si hacemos caso a las encuestas, hoy las corrientes euroescépticas son más relevantes que hace 10 o 20 años. Cristalizan sobre todo en un reproche: con la política de rescate del euro se está exigiendo demasiado a la República Federal en el aspecto financiero y económico y, al mismo tiempo, en el terreno político se la está obligando a seguir un camino que desemboca en una democracia limitada con derechos parlamentarios reducidos. Uno de los reproches fundamentales viene a decir que se han roto los tratados en vigor ratificados por el Parlamento alemán.

Al aprobar el Tratado de Maastricht en 1992, el gobierno alemán prometió a sus ciudadanos que no se asumirían deudas de otros Estados y no se colectivizarían las obligaciones; es decir, que no habría rescates. Debía haber una

unión monetaria, pero no una unión de responsabilidades. Sin embargo, tras la crisis económica y financiera de 2007 y 2009, en 2010 la zona euro amenazaba con despedazarse, ya que primero Grecia y después otros Estados miembros dejaron de tener acceso –o lo tenían muy reducido– a los mercados financieros. La inmensa mayoría de los políticos y diputados alemanes argumentaron que el sentido de la cláusula de “no rescate” del artículo 125 del Tratado de Lisboa no podía permitir la destrucción de la unión monetaria, sino más bien la prestación de apoyo financiero mutuo.

Apuesta por una mayor integración

Curiosamente, las actitudes euroescépticas no han sido las únicas que han cobrado fuerza en Alemania como consecuencia de la crisis. Nunca antes ha habido tantos ciudadanos convencidos de la conveniencia del euro y opuestos, de manera tajante, al retorno del marco alemán. A pesar de las muchas preocupaciones que plantea el alcance de las ayudas y garantías que Alemania concede a los Estados debilitados financieramente, cada vez es más fuerte la conciencia de que los alemanes también dependen del resto de los europeos. En este sentido, no se trata tanto de una preocupación simplista por las exportaciones alemanas y los superávits del comercio exterior alemán, sino de la comprensión de que la República Federal, por sí sola, es demasiado pequeña para hacer frente a gigantes como China.

Esto remite a un factor que desde hace décadas desempeña un papel importante en la actitud de los alemanes frente a la unificación europea. Después del nazismo, el Holocausto y la derrota en la Segunda Guerra mundial, la mayoría de los alemanes era consciente de lo devastador que había sido el intento de los nacionalistas extremistas alemanes de convertir el país en una gran potencia que organizara Europa conforme a su modo de ver las cosas y a sus propios intereses. Al mismo tiempo, los políticos eran conscientes de que Alemania siempre sería demasiado grande para una Europa que no estuviese integrada, sino marcada por la competencia entre las naciones y las alianzas temporales. Como coloso económico emplazado en el centro del continente, Alemania generaría desconfianza y conflictos de manera constante.

Por eso, no fue solo el miedo a la Unión Soviética, sino la comprensión realista de la peculiar posición propia, lo que hizo que en la posguerra Alemania no solo optase por la vinculación occidental (*Westbindung* es una expresión alemana que designa el firme anclaje de la República Federal en

Occidente) en el marco de la OTAN, sino también por una integración europea mucho más amplia. En el preámbulo de la Constitución de 1949 ya se habla de la voluntad de los alemanes de “servir a la paz del mundo como miembro en igualdad de derechos de una Europa unida”. Muchas sentencias del Tribunal Constitucional alemán han confirmado que la unión europea tiene rango constitucional. Por tanto, una integración europea lo más amplia posible no constituye un objetivo político que pueda plantearse de forma diferente por parte de mayorías ocasionales, sino que forma parte de la razón de Estado de la República Federal.

No se trata de una realidad abstracta, de la que solo tengan pleno conocimiento los juristas, sino que es un asunto que la opinión pública debate ampliamente una y otra vez. Por ejemplo, tras la caída del muro de Berlín y la reunificación alemana se avivó el debate sobre si no estaría superada ya la unión europea. La discusión terminó con la corroboración de la integración y con un nuevo y potente impulso para la Unión: la fundación de la unión monetaria.

Esta iniciativa ya había sido propuesta en 1987 por el gobierno alemán y su ministro de Asuntos Exteriores, Hans-Dietrich Genscher, es decir, bastante antes de la caída del muro. Genscher estaba convencido de que Europa necesitaba una integración política más amplia porque, a la larga, el mercado único no bastaría por sí solo. A esto hay que añadir la comprensión de que un mercado financiero liberalizado y el consiguiente crecimiento acelerado de las transacciones transfronterizas de capital crearían, una y otra vez, graves tensiones entre las diversas monedas que provocarían un desgaste político y podrían resultar destructivas en el plano económico, debido a las revalorizaciones y devaluaciones.

Por tanto, la unión monetaria no era un sacrificio ofrecido por los alemanes para lograr la aprobación de la reunificación por parte de sus socios de la UE, aunque se materializó como compromiso, sobre todo como compromiso franco-alemán: Alemania accedía a renunciar a su moneda, el marco, verdadera conmoción para muchos alemanes. Sin embargo, la unión monetaria se rige por un modelo de estabilidad con un banco central independiente y una

La unión monetaria no fue un sacrificio alemán para lograr apoyo para su reunificación, aunque la renuncia al marco causó gran conmoción

política financiera obligada a mantener unos presupuestos equilibrados, con el objetivo de evitar que el banco emisor no tenga más remedio que imprimir billetes para financiar déficit presupuestarios desbordados, como ocurre en la actualidad en Reino Unido y Estados Unidos. En la práctica, la única tarea que se asignó al Banco Central Europeo (BCE) fue asegurar el valor monetario.

Ya entonces estaba claro que una moneda sin unión política, es decir, sin un gobierno común –al menos sus cimientos–, apenas podría funcionar a largo plazo. Pero en aquel momento ningún Estado miembro estaba dispuesto a unificar también las políticas económica y financiera, a ponerlas bajo la custodia de la UE. De forma consecuente, quedaba establecido que no debía haber ninguna responsabilidad común por las deudas resultantes de las políticas económicas y financieras nacionales.

Los demonios del euro

La renuncia a una política económica y financiera común resulta comprensible, pero tiene consecuencias fatales. El economista francés Jean Pisani-Ferry ha descrito en su libro *El despertar de los demonios* (Antoni Bosch, 2012) que “cada Estado siguió actuando como hasta entonces; como si no existiese una moneda común”. La crisis del euro ha evidenciado que el sistema no puede funcionar así: la competitividad de los Estados puede seguir una trayectoria en exceso divergente durante demasiado tiempo sin que intervenga una instancia europea, con el añadido de que hay países que se endeudan sin miramiento alguno, haciendo caso omiso de las reglas acordadas contractualmente.

Grecia demuestra lo que ocurre cuando coinciden una economía que no funciona y un endeudamiento desbocado: el país implosiona económica y políticamente y depende por completo de sus acreedores. Estos se encuentran en una posición que ambas partes jamás pensaron que fuese posible. Los Estados económicamente más potentes de la Unión –Alemania, Francia, Austria, Finlandia y Holanda– se convierten a su pesar en acreedores que garantizan con su solvencia el Fondo Europeo de Estabilidad Financiera (FEEF) y el Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE). A sus ciudadanos no les gusta nada esta posición de garantes, pero la alternativa sería la bancarrota de algunos Estados y con ella, probablemente, el fin de la UE tal como se la conoce ahora. Sin olvidar que al adoptar el papel de financieros, estos países pasaron a establecer también las condiciones bajo las cuales estaban dispuestos a conceder garantías financieras.

No es exagerado decir que las desacreditadas élites políticas de los países en crisis han aprovechado esta nueva arquitectura para desviar la atención de su propio fracaso. Alrededor de 2011 se dejó de debatir sobre las negligencias en los países cuyos bancos habían concedido créditos a compradores de bienes inmobiliarios insolventes sin tener en cuenta los riesgos. Tampoco se volvió a hablar sobre los gobiernos incapaces y corruptos de países cuyas clases acomodadas guardan su patrimonio en Londres, Suiza o en paraísos fiscales, impidiendo recaudar impuestos a sus Estados. Las críticas, por el contrario, se han centrado en la troika (Comisión Europea, BCE y Fondo Monetario Internacional) y Alemania, vista cada vez más como la responsable de los duros programas de ahorro. En la UE vuelve a ser casi normal algo superado hace décadas: la asignación de culturas y caracteres nacionales a países concretos (el Sur no trabaja suficientemente duro, el Norte solo piensa en el ahorro y la austeridad). Se vuelve a responsabilizar de la crisis a caracteres nacionales supuestamente egoístas. El chovinismo vive un auténtico renacimiento en Europa.

Es cierto que Alemania y Francia reaccionaron de manera rápida a la crisis del euro, impidiendo la bancarrota de los países en crisis. Pero al mismo tiempo, se empeñaron en establecer unos calendarios nada realistas para el saneamiento, sobre todo en el caso de Grecia, como señala el estudio de Bruegel, "EU-IMF Assistance to Euro Area Countries: An Early Assessment". En paralelo, el gobierno alemán trató de sanar los defectos congénitos de la zona euro ya descritos. Berlín presentó en repetidas ocasiones propuestas para una integración más profunda con más cesión de soberanía. Casi todos los partidos alemanes y la gran mayoría de los economistas están convencidos de que la unión monetaria solo funcionará y sobrevivirá si existe una especie de gobierno europeo controlado democráticamente. A esto hay que añadir la comprensión de que sin una mayor integración, es decir, sin el ejercicio común del poder, siempre se reprochará a Alemania que lo que quiere es dominar la UE u obligarla a seguir su propio modelo.

El eje franco-alemán y la canciller Merkel

En este punto se separan los caminos de Berlín y París: Francia no ha estado dispuesta a ceder más soberanía ni con Nicolas Sarkozy ni con su sucesor socialista al frente de la presidencia, François Hollande. El ala izquierda de los socialistas preferiría adoptar una dinámica inversa y recuperar compe-

tencias para la política nacional. Transcurrido un año sin que se haya puesto en marcha ninguna iniciativa conjunta franco-alemana, en mayo de 2013 Hollande y la canciller alemana, Ángela Merkel, llegaron sorprendentemente a un acuerdo sobre un gran paquete de propuestas para un gobierno económico con un fondo común –embrión de un presupuesto común– y un control parlamentario a través de una eurocámara especial del Parlamento Europeo. Además, deberá haber también un presidente permanente del Eurogrupo.

Esta propuesta dinamiza el estancado debate sobre el desarrollo de la

Merkel ha dejado de lado a Exteriores en los asuntos europeos, concentrando la toma de decisiones en la cancillería

zona euro. Pero en cierto modo desautoriza al presidente del Consejo Europeo, Herman van Rompuy, a quien se había encargado la presentación de medidas para el fortalecimiento institucional de la zona euro. Y contradice la política europea alemana clásica que no apuesta por el trabajo conjunto de los gobiernos, sino por instituciones

comunes europeas. Porque la colaboración intergubernamental está ligada a la unanimidad y, por tanto, a menudo resulta lenta, prolija y sujeta a las contingencias del debate nacional.

Pero esto molesta menos a Merkel que a anteriores cancilleres. No ha crecido con la unificación europea y tiene pocos vínculos con la tradición alemana en lo que a política europea se refiere. Además, para ella es importante tener el mayor margen de maniobra política posible. Ha dejado en fuera de juego al ministerio de Asuntos Exteriores como compañero de equipo en la política europea alemana y ha concentrado la toma de decisiones en la cancillería. El ministro de Asuntos Exteriores, Guido Westerwelle, prácticamente no desempeña ningún papel en la gestión de la crisis de la zona euro. El ministro de Economía y presidente del Partido Liberal (FDP), Philipp Rösler, tampoco tiene ningún peso en política europea.

La política de personal de Merkel también revela hasta qué punto se ha familiarizado con la cooperación intergubernamental. Ha colocado en puestos importantes de la UE a personas como José Manuel Durão-Barroso, demasiado débiles para oponerse a los jefes de gobierno y en absoluto capaces de definir por sí mismos el camino a seguir. Merkel se ocupó de que

Barroso fuera reelegido a pesar de que ya estaba claro que no era el hombre adecuado para ese puesto.

Esta crítica deja indiferente a Merkel. Algo de razón tiene cuando advierte que ahora “no se debe perder el tiempo con reflexiones acerca de cómo deberá ser la zona euro dentro de 10 o 15 años”. Detrás de esta observación se esconde un hecho que no se atreve a mencionar abiertamente: en este momento Francia no aprobará ninguna reforma del Tratado de la Unión porque el ala izquierda del Partido Socialista está empeñada en mantener la soberanía nacional, y siempre será euroescéptica. Tampoco existe un contrapeso favorable a la integración en el que el gobierno alemán pueda apoyarse. En el debate sobre política europea no se tiene en cuenta a España desde los tiempos del gobierno de José María Aznar, lo cual probablemente se deba, en buena medida, a la pasividad de Aznar y sus sucesores. Atrás quedaron los tiempos en que Helmut Kohl, François Mitterrand, Felipe González y Jacques Delors impulsaban juntos Europa.

Por tanto, si realmente hay que llevar adelante la integración, en un primer momento habrá que impulsarla por vías que no requieran una reforma del Tratado de Lisboa. Así, ambos factores, la factibilidad ante la dependencia del bloqueo francés y el deseo de conservar el propio poder, desempeñan un papel importante en las propuestas de política europea de Merkel. Sin embargo, la canciller también está dispuesta a apartarse de sus puntos de vista en cuestiones importantes. Durante mucho tiempo se mostró muy dubitativa en lo que respecta a la unión bancaria europea, pero se ha dejado convencer por Francia de que debe eliminarse la conexión entre bancos y Estados, a fin de impedir que se contagien mutuamente. Incluso el hecho de que desde hace más de un año las relaciones franco-alemanas funcionen peor que en tiempos de Sarkozy, no impide que ambos socios se pongan de acuerdo para adoptar puntos de vista comunes en cuestiones relevantes.

Elecciones, equilibrio político y vacilación

El gobierno alemán se ha ocupado demasiado tarde de cómo fomentar de forma no burocrática el crecimiento en los Estados en crisis, antes de que surtan efecto las reformas estructurales y la reducción de los déficit. Las iniciativas bilaterales, como los créditos a tipos de interés reducidos del Instituto Estatal de Crédito para la Reconstrucción, destinados a pequeñas y medianas empresas en España, deberían haberse puesto en marcha mucho

antes y a mayor escala. Lo mismo cabe decir del plan de la UE para luchar contra el paro juvenil, que no termina de arrancar. Y del programa nacional alemán de inversión en infraestructuras con el que el gobierno federal responde ahora a la antigua petición de los socios de la UE de hacer más por la demanda interna alemana, para así apoyar también una mejora de la coyuntura en el sur de Europa.

Merkel aborda estos aspectos ahora porque le resultan útiles en la campaña electoral de las elecciones al Bundestag. A decir verdad, apenas se tienen dudas de que Merkel seguirá siendo canciller. Es cierto que no ha entusiasmado a los alemanes con su gestión de la crisis, pero muchos, entre ellos también votantes socialdemócratas, están convencidos de que mantiene hasta cierto punto un equilibrio político. Por un lado, protege y mantiene la zona euro y, por otro, evita una excesiva sobrecarga financiera a los alemanes. No es de prever que llegue a existir en Alemania una mayoría a favor de la plena unión de responsabilidades a través de eurobonos o instrumentos similares, ni siquiera entre los votantes del Partido Socialdemócrata. Solo se darán grandes pasos en esa dirección cuando exista un auténtico control europeo de la política financiera.

La impresión positiva que tienen muchos alemanes de la política europea de Merkel pasa algo por alto: la vacilación de la canciller en momentos importantes de la crisis del euro, por ejemplo en lo relativo a la unión bancaria, ha favorecido un agravamiento de los problemas. Además, ha frenado en repetidas ocasiones a su ministro de Hacienda, Wolfgang Schäuble, quien ha querido presentar ofertas concretas para una mayor integración.

Son ya muchos los europeos que se quejan de la supuesta supremacía de Alemania y de la canciller Merkel. Pero tienen que tener claro algo: todo el que quiera conseguir que la República Federal ceda más poder, no tendrá más remedio que emplearse a fondo para lograr una integración europea más fuerte. Lo que supone también reaccionar, de manera más clara que en el pasado, a las propuestas sensatas para lograr la consolidación política de la zona euro.

Alemania en la crisis

Rafael Dezcallar

Es natural que Alemania tenga un papel decisivo en la crisis del euro. Es una crisis económica, y Alemania es la primera potencia económica de la zona euro. En 2008, tras casi 20 años de austeridad para conseguir integrar económicamente a la República Democrática, Alemania empezaba a respirar y veía cómo esos sacrificios comenzaban a dar fruto. Poco después, el gobierno griego reveló que sus estadísticas estaban falseadas, y que su economía sufría graves desequilibrios. Pronto se supo que otros Estados de la Unión Europea también tenían problemas muy serios.

Alemania temió en aquel momento que sus socios esperaran de ella que pagase la factura de los errores ajenos. Unos errores –como el exceso de deuda y de gasto y, más aún, la falsificación de estadísticas– particularmente ofensivos para la ética luterana que permea en amplios sectores de la sociedad alemana, en especial en el mundo económico. Ello parecía inaceptable, después de dos décadas de apretarse el cinturón. Además, los alemanes temían que, si ellos les sacaban las castañas del fuego, los países con dificultades tendrían pocos estímulos para abordar el fondo de sus problemas.

El diagnóstico inicial de Alemania sobre la crisis fue claro: era un problema de exceso de endeudamiento y falta de competitividad de algunos Estados. Y

Rafael Dezcallar, diplomático, ha sido embajador de España en Alemania entre 2008 y 2012.

El dilema de una Europa más alemana o una Alemania más europea es falso. Hacen falta las dos cosas. Berlín, junto con París, debe liderar el proceso hacia la unión política, objetivo que ayudaría a devolver la ilusión en Europa a sus ciudadanos.

la terapia también: austeridad, reducción del déficit y reformas estructurales. El esfuerzo debía recaer esencialmente en los países directamente afectados, y su repercusión sobre el contribuyente alemán tenía que ser mínima. En la primavera de 2010 hubo varias elecciones regionales, y algunos políticos trataron de ganar votos dándole a este mensaje un cariz populista e incluso despectivo hacia los países del Sur, los “pecadores del euro”. Los medios de comunicación pronto les hicieron coro. En los países afectados –especialmente si, como Grecia, habían sido ocupados por las tropas alemanas durante la Segunda Guerra mundial– surgieron pronto respuestas igualmente duras contra Alemania, con dosis similares de populismo y xenofobia.

Alemania es un país que se siente incómodo en situaciones de incertidumbre económica, quizá por el recuerdo traumático de la pérdida de ahorros de sus ciudadanos en las dos posguerras mundiales. El euro, a primera vista indestructible, parecía de repente tener los pies de barro. Surgieron voces que proponían la salida de la moneda común y el retorno al Deutsche Mark. Alemania se había unido al euro con un entusiasmo perfectamente discutible. El marco era un signo de identidad fundamental de la República Federal desde los años cincuenta, en un país cuya historia reciente no le proporcionaba demasiados signos de identidad a los que agarrarse. En cierta forma, el euro fue la contrapartida exigida a Alemania para aceptar su reunificación. Berlín, sin embargo, trató de limitar el

alcance de la integración económica que, según los proyectos iniciales, debía acompañar a la integración monetaria.

El país se encontraba también incómodo en su papel de líder en la gestión de la crisis. Su trayectoria histórica desde 1945 no le había preparado para ello. Todo lo contrario. La República Federal pudo ocupar de nuevo un lugar entre las naciones de Europa porque aceptó sin reservas el marco político definido por los vencedores occidentales. Estos hubieran impedido la reunificación si hubiesen creído que Alemania iba a revisar su papel en la UE o en la OTAN. Berlín no estaba preparado para ejercer de líder, no lo deseaba, y ello se refleja en la forma en que ha desempeñado ese papel.

Todo ello, unido a la debilidad de Francia y de las instituciones europeas, ayuda a entender los titubeos iniciales en la gestión de la crisis, como los innumerables Consejos Europeos en los que se adoptaban decisiones insuficientes o tardías. En cierto momento, sin embargo, Alemania comprendió que existía un peligro real de colapso. Y comprendió también que su interés nacional estaba en el mantenimiento de la moneda común y de la UE, que quedaría muy tocada si el euro se hundía. Algunas razones económicas lo explican.

En primer lugar, la zona euro supone el 40 por cien de las exportaciones alemanas, y el 85 de su superávit comercial. Es su mercado natural, más grande, estable y predecible que el de China y otros mercados emergentes. Además, si Alemania volviera al marco, su tipo de cambio sería mucho más alto que el actual del euro. Ello perjudicaría gravemente a sus exportaciones, la base de su modelo económico. Por último, sin la UE Alemania no tendría la masa crítica necesaria para competir de “tú a tú” con Estados Unidos, China, India o Brasil. Como cabeza económica de la UE, en cambio, sí la tiene.

Existe además un argumento político de fondo. La Unión, junto con la OTAN, es el entorno en el que el país ha podido desarrollar desde 1945 su renovado poder económico y político sin despertar suspicacias. La historia alemana en el siglo XX es muy dolorosa, por la dificultad de integrar en los delicados equilibrios europeos la enorme potencia de la Alemania unificada en 1871. La UE ha resuelto ese problema. Por primera vez en su historia, el país tiene buenas relaciones con todos sus vecinos. Una Alemania fuera de la Unión tendría que volver a afrontar viejos dilemas. Por ejemplo, cómo enfocar sus relaciones con Francia o Polonia. El pasado no va a repetirse, porque las circunstancias son radicalmente distintas. Pero nadie desea tampoco reabrir esas cuestiones. Ningún alemán con sentido común quiere renunciar a las ventajas de todo orden que la Unión le ha reportado. La Ley Fundamental de Bonn ya cita en su Preámbulo el objetivo de la integración

europea. Desde entonces, los alemanes siguen siendo europeístas sinceros, leales al proyecto europeo.

Cómo cree Berlín que debe funcionar la UE

Ahora bien, si Alemania sabe que le interesa seguir en el euro y en la UE, con la situación creada por la crisis llegó a la conclusión de que era esencial que la UE funcionara como ella cree que debe funcionar desde el punto de vista económico. Fue entonces cuando empezó a asumir el liderazgo, definiendo los puntos básicos de la estrategia europea contra la crisis: medidas de austeridad presupuestaria en los Estados con exceso de endeudamiento; reformas estructurales para fortalecer la competitividad; un Pacto Fiscal que faculta a la Comisión Europea a controlar la aplicación de los dos puntos anteriores, con sanciones para los países incumplidores; mecanismos de solidaridad, condicionados también al cumplimiento de los dos primeros puntos (los programas de rescate a Grecia, Irlanda, Portugal y Chipre; el apoyo a la reestructuración del sistema financiero en España; el Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE) para financiar hipotéticos programas de rescate en el futuro; o la disposición del Banco Central Europeo (BCE) a comprar emisiones nacionales de deuda para estabilizar los mercados).

¿Son estas medidas suficientes para salir de la crisis? La evolución de España permite quizá entender mejor las cosas. El gobierno español aplica una política de austeridad fiscal y de reformas estructurales que se ajusta al programa diseñado por Alemania. En 2012, se ha reducido fuertemente el déficit fiscal. Se ha reformado en profundidad el mercado laboral, el sistema financiero y el de pensiones. Se ha recuperado la competitividad de las empresas, incrementándose notablemente las exportaciones, y eliminando prácticamente el déficit de la balanza comercial. Sin embargo, estas medidas no han sido suficientes para reactivar el crecimiento. Sin crecimiento, no se puede reducir el desempleo –el gran problema nacional–, ni tampoco equilibrar las finanzas públicas. Existe por ello un creciente consenso en Europa en el sentido de que la política de austeridad y reformas estructurales defendida por Alemania es esencial para superar la crisis, pero no es suficiente. Hacen falta también medidas que generen crecimiento económico y que eliminen las distorsiones surgidas en el funcionamiento de la unión monetaria y del mercado único.

Este enfoque parte de la idea de que la situación actual no deriva solo de los errores cometidos por algunos Estados, sino también de las carencias

estructurales con que se creó la unión monetaria, y de los fallos en la gestión de la crisis por parte de la UE. Dos cuestiones en las que Alemania tiene una parte de responsabilidad no desdeñable. En Alemania no es raro escuchar que en realidad no existe una crisis del euro, sino de algunos Estados que han errado en su política económica. Sin embargo, ambos han tenido su papel: los errores nacionales y los europeos.

Por tanto, si el diagnóstico es que la raíz de la crisis es doble, nacional y europea, la terapia debe incluir también medidas nacionales y europeas. Se ha ido mucho más lejos en las primeras que en las segundas. Hay que apretar el acelerador en estas, sin olvidarnos de las otras. En el plano nacional, deben mantenerse el rigor presupuestario y las reformas estructurales, que no son una imposición de Alemania, sino que interesan de manera directa a los países con problemas más graves. En el plano europeo, son necesarias medidas que faciliten el crecimiento (expansión de la demanda en los países con margen fiscal, un programa de choque para el empleo juvenil y la financiación de las pymes, reforzar el papel del Banco Europeo de Inversiones), y eliminar la grave distorsión en el Mercado Único y en la Unión Monetaria que supone que las empresas del Norte de Europa se financien a un uno por cien y las del Sur lo hagan por encima del cuatro por cien. Para ello hace falta una política más decidida del Banco Central Europeo, establecer los llamado eurobonos –que permitan financiar la deuda de cada Estado hasta un nivel del 60 por cien del PIB– y poner en marcha de manera urgente la unión bancaria. El Consejo Europeo de junio de 2013 adoptó algunas decisiones importantes en este sentido, aunque no está claro que sean suficientes. Alemania ha apoyado también iniciativas bilaterales interesantes, pero se ha resistido a aceptar varias de las medidas anteriormente citadas.

Existen varias razones. Alemania desde el principio ha tratado de evitar que las medidas contra la crisis exigieran gastar el dinero de sus contribuyentes. No lo ha conseguido del todo, pero ha hecho lo que ha podido. Este mensaje ha sido repetido una y otra vez por muchos de sus políticos y ha calado en la opinión pública. De manera que cuando algunos gastos han resultado imprescindibles, esos políticos se han encontrado con que no era fácil convencer a sus votantes.

Alemania no ha aceptado tampoco expandir su demanda interna, alegando que esa política ya fracasó en 2009 (“Una crisis de deuda no puede solucionarse generando más deuda”), el miedo a la inflación y la prioridad de mantener su competitividad o de reducir su deuda exterior. Alemania teme además que los Estados que reciban ayudas las utilicen para evitar

hacer las reformas que necesitan. No olvidan el *volte face* de Silvio Berlusconi en 2011 sobre las reformas que había anunciado, cuando pensó que había disminuido la presión de los mercados.

En el caso de los eurobonos, Berlín señala que un respaldo europeo a las deudas nacionales es impensable sin controlar estrictamente la política de ingresos y gastos de los países beneficiados. Por otra parte, Alemania subraya que ella superó su propia crisis gracias a la austeridad y a las reformas estructurales contenidas en la Agenda 2010 de Gerhard Schröder, y que en Europa hay que aplicar la misma receta.

Estas preocupaciones son legítimas. Pero se les puede dar respuesta. En primer lugar, la austeridad y las reformas estructurales solo podrán dar fruto si hay crecimiento. Eso supone invertir, gastar en Europa. Así se deduce de la situación actual de la zona euro, especialmente si se la compara con la de Estados Unidos y Reino Unido, que sí han salido de la recesión. Así lo afirmaban en un artículo Jacques Delors y el propio Schröder. Por otra parte, la inflación en la zona euro está en un mínimo histórico y no constituye una amenaza relevante. Es comprensible que Alemania desee reducir su deuda, pero esa no es la mejor forma de luchar hoy contra la crisis. Tampoco parece estar en peligro la competitividad del país. Si en 2009 las políticas de expansión de la demanda no resultaron eficaces, tras las reformas realizadas pueden ser un instrumento útil para generar crecimiento. Es evidente que España, Portugal, Grecia, Italia o Irlanda están ya aplicando reformas muy duras, con un alto coste social. El Pacto Fiscal faculta a la UE a controlar la aplicación de esas reformas e imponer fuertes sanciones en caso de incumplimiento. Finalmente, si se crean los eurobonos, deberá ser en efecto posible controlar la política de ingresos y gastos de los Estados que se beneficien de ellos. Se haría en el marco de la unión fiscal, que debería establecerse en paralelo a los eurobonos.

Alemania y los demás

La última de las preocupaciones alemanas, relacionada con la Agenda 2010 y la austeridad, requiere una explicación más amplia. La situación actual en algunos países europeos es incomparablemente más dura que la que padeció Alemania durante la aplicación del programa de reformas impulsado por Schröder. La depresión en Grecia, el desempleo en España, la dureza de los recortes en Italia, Portugal o Irlanda son de una dimensión enteramente distinta. En algunos casos se está poniendo en juego el Estado de bienestar,

que es la base del consenso político en nuestras sociedades. Un Estado de bienestar que es además un invento alemán, porque se basa en los principios del capitalismo renano. Ahora bien, la crisis no ha afectado demasiado a Alemania, y en algunos aspectos, como la reducción de los costes de financiación, le ha reportado beneficios objetivos. Ello explica quizá la diferente sensación de urgencia que hay en los países de la Unión sobre las medidas a aplicar. La crisis tiene unas raíces nacionales y otras europeas, pero su precio lo están pagando solo algunos Estados, no todos. Y en los primeros

La crisis está minando la confianza entre los Estados miembros, que es el cemento con el que se ha construido la Unión Europea

hay quien piensa que los segundos podrían hacer más de lo que están haciendo para ayudar a superarla, y que probablemente lo harían si se vieran igual de afectados que ellos. Esta situación deslegitima a la UE ante los ojos de sus ciudadanos.

Por ello, no se trata –como a veces se dice en algunos países del Norte– de que unos Estados

actúen con responsabilidad y que a cambio los demás les muestren su solidaridad. Se trata más bien de responsabilidad a cambio de responsabilidad: cada cual tiene la suya. Los países afectados tienen que eliminar gastos y llevar adelante sus reformas, mientras que los otros (y especialmente Alemania) deben asegurarse de que tanto ellos como la UE aplican las políticas adecuadas para superar la crisis.

Todo esto ha colocado a Europa en una situación muy grave. Como dice Timothy Garton Ash, se está minando la confianza entre los Estados europeos, que es el cemento con el que se ha construido la UE. ¿Cómo salir de ella? La solución, como Ángela Merkel ha dicho más de una vez, es más Europa. Se han hecho ya avances importantes en ese sentido, como el Pacto Fiscal, la creación del MEDE, o algunas medidas del BCE. Pero quedan todavía decisiones sustantivas, que en el fondo suponen cesiones de soberanía y una financiación común para unas políticas comunes. Hay que seguir trabajando en ellas. Pero, teniendo en cuenta las diferencias mencionadas, para que resulte posible superarlas hace falta un objetivo último que lo justifique. Ese objetivo es la unión política.

En Alemania se dice a veces que algunas propuestas, como los eurobonos, resultan inaceptables si no existe un nivel de integración que en último

término supone la unión política. Merkel, añaden, está dispuesta a avanzar en esa dirección, pero otros países, como Francia, no lo están. Se subraya también que todo ello exige un cambio en los tratados –poco apetecible tras las experiencias recientes– y en la Ley Fundamental de Bonn. De lo contrario, el Tribunal Constitucional Federal de Karlsruhe podría invalidarlas.

Son de nuevo argumentos válidos. Pero el presidente francés, François Hollande, pronunció el 16 de mayo un discurso en el que ofreció a Alemania alcanzar un acuerdo sobre la unión económica y la unión política, fijando para ello un plazo de 12 años. Francia parece haber llegado a la conclusión de que la única salida de la crisis es esa “más Europa” que Merkel reclama desde hace tiempo, y que eso exige revisar las posiciones de todos, incluidas las propias.

Esto supondría una revisión de los tratados, que a nadie apetece. Pero sería para hacer posible un salto de gran envergadura en la construcción de Europa. Este objetivo podría dar el sentido político, la narrativa que hasta ahora le ha faltado a la UE en el enfoque de la crisis. La UE ha dado en estos años importantes pasos adelante, aunque no sean suficientes. Pero ha sido incapaz de presentar, por ejemplo, el hecho de que ningún país sea ya plenamente soberano para fijar sus presupuestos como lo que realmente es, un avance sustancial hacia la integración europea. El objetivo de la unión política daría sentido a las cesiones de soberanía y a la financiación común de políticas comunes. Sobre todo, podría devolver la ilusión en Europa a los ciudadanos europeos, que siguen considerándola algo esencial, pero que han perdido parte de su fe en ella, desconcertados ante la profundidad de la crisis. La UE ha perdido estos años legitimidad y un salto cualitativo hacia la integración, presentado con la visión política apropiada, permitiría revertir ese proceso.

En cuanto a la necesidad de revisar la Ley Fundamental de Bonn, habrá que ver si es o no necesario. En ocasiones, la Ley Fundamental y el Tribunal de Karlsruhe han tratado de ser utilizados en Alemania por sectores políticos contrarios a un excesivo compromiso con sus socios europeos. El pulso del tribunal sigue siendo claramente europeísta, aunque piense que Europa debe reforzar la legitimación democrática de sus mecanismos de integración. Este objetivo es razonable, y debería ser incluido en la agenda de la unión política.

Construir Europa exige invertir en Europa

Alemania, junto con Francia, debe liderar el proceso hacia esa unión política. El dilema de si es necesaria una Europa más alemana o una Alemania

más europea es falso. Hacen falta las dos cosas: una Europa más alemana, en especial en el plano económico, y una Alemania más europea. Una Alemania que asuma plenamente sus responsabilidades y piense en clave europea, no solo nacional. En una sociedad democrática, liderar significa sobre todo construir consensos, no imponer las ideas propias. Creando consensos se crea también confianza en Europa, ante sus propios ciudadanos y ante la comunidad internacional. Y la confianza es el factor clave del crecimiento.

Para ello, necesitamos más Europa, y también, sí, más Alemania. Hace un

La austeridad y las reformas estructurales solo podrán dar frutos si hay crecimiento; esto supone invertir, gastar en Europa

par de años el ministro polaco de Asuntos Exteriores, Radoslaw Sikorski, sorprendió a propios y extraños con un discurso en el que pedía justamente eso, un liderazgo más decidido de Alemania en la resolución de la crisis. Ello no dejaba de llamar la atención, teniendo en cuenta la historia de las relaciones entre polacos y alemanes. Pero eso es

precisamente lo que hace falta. Solo Alemania, en tándem con Francia, pero en el asiento del conductor, puede liderar el proceso de solución de la crisis económica, que a su vez solo será posible con un salto cualitativo en la integración política de Europa.

Salir de la crisis y construir la unión monetaria, la unión bancaria, la unión fiscal y, finalmente, la unión política costará dinero. A los contribuyentes alemanes y a todos los demás. En Alemania a veces se olvida que, si ella ha contribuido con un 26 por cien a los rescates, al MEDE y en general a todos los fondos europeos, la contribución combinada de Italia y España es superior a la suya. Pero será un dinero que Alemania pondrá encima de la mesa no como hacía en el pasado, para financiar políticas en cuya definición ella desempeñaba un papel secundario, sino en políticas que llevarán su impronta, y que habrá liderado.

Sí, costará dinero. Pero también ayuda Baden Wuttenberg a Bremen, o Madrid y Cataluña a Extremadura y Canarias. Si se crea una unión política, y se trabaja en función de los intereses comunes de la UE, será lógico hacer lo mismo en Europa, algo que ya empezó con los fondos de cohesión. Sí, costará dinero. Pero será una buena, una magnífica inversión. Una inversión en Europa, para que reencuentre su camino, vuelva a legitimarse ante sus

ciudadanos y pueda competir en el escenario global. Volvamos a los fondos de cohesión. España ha recibido de la UE, gracias en buena medida a la generosidad alemana, un volumen muy importante de esos fondos. Pero en 2007, antes de la crisis, la dimensión del mercado español para las exportaciones alemanas era seis veces mayor que el de los fondos de cohesión que España recibió ese año. Una buena inversión, sin duda. Un buen negocio para España, para Alemania y para Europa.

España y Alemania son países con un fondo de amistad profunda. Su relación tiene un fundamento sano, libre de recelos históricos. Ambos países pueden poner esa relación al servicio de la construcción de Europa, contribuyendo a construir consensos en este proceso. Los españoles podemos hablar con sinceridad a nuestros amigos alemanes, porque ellos aprecian que sus amigos les hablen así.

Llega la ‘invasión’. Alemania y los refugiados

Jochen Thies

Durante el verano de 2015 se han intensificado las señales de que, efectivamente, la “gran invasión” –profetizada desde los días del Club de Roma– ha comenzado. Como ocurre con muchos acontecimientos de la historia mundial que se desarrollan paulatinamente hasta alcanzar su punto álgido, sus consecuencias solo se pueden vislumbrar. El contemporáneo oscila entre la esperanza de que se trate de un fenómeno pasajero, y el temor a que la llegada masiva de refugiados altere de forma dramática la existencia en Europa tal como ha sido hasta ahora, y a que, en el peor de los casos, se produzca una revolución social, por utilizar la expresión del historiador muniqués Michael Wolffsohn.

A lo largo de los últimos años, alrededor de la Unión Europea y de Alemania se ha formado una gran zona de inestabilidad. Abarca desde la frontera sur de Turquía hasta Marruecos, pasando por extensas zonas de la península Arábiga y el Mediterráneo, y es asimismo expresión de la crisis de modernización del mundo musulmán. Numerosos países figuran entre los denominados “Estados fallidos”. Tampoco Arabia Saudí y los demás Estados del Golfo tienen garantizada su existencia. Este proceso, que los años de guerra civil en Siria han agra-

Jochen Thies, periodista y escritor, ha sido redactor jefe de *Europa-Archiv/Internationale Politik*, revista de relaciones internacionales, y director de Internacional de la DeutschlandRadio de Berlín. Es miembro del consejo asesor de POLÍTICA EXTERIOR desde 1989. Traducción de Newsclips.

La respuesta a la llegada de refugiados a la UE está marcada por la historia de cada país en el siglo XX. En ningún miembro de la Unión es esto tan evidente como en Alemania. Su actuación tendrá consecuencias para los socios y para el papel de Europa en la política mundial.

vado, se ha sumado a la emigración económica desde Asia y África, iniciada mucho antes, convirtiéndose en un fenómeno que probablemente defina una época. África, visible desde Europa, es el único continente cuya población seguirá creciendo con fuerza, según pronostican los demógrafos. Se prevé que de aquí a mediados de siglo, el número de sus habitantes se duplique y pase de 1.200 a 2.400 millones de personas.

Miles de jóvenes con un alto nivel académico que han adquirido su formación en las democracias occidentales no regresan a sus países de origen, y un número aún mayor abandona el continente africano dejando tras ellos un vacío que los que se quedan no pueden llenar. En consecuencia, en el futuro inmediato, la presión sobre esa isla de bienestar que es Europa no solo no cesará, sino que se incrementará. La antigua distinción europea entre refugiados políticos y emigrantes económicos ya no se sostiene; ha quedado obsoleta en vista de la complejidad de la situación en grandes zonas del mundo.

Hay unos 60 millones de personas en busca de mejores perspectivas de vida por todo el planeta. Los que llegan a Europa son en gran medida jóvenes, fuertes, y confían en sí mismos. No vienen a pedir, sino en calidad de abogados de la gran nivelación entre ricos y pobres, tal como la ha impulsado la política de ayuda al desarrollo desde la década de los sesenta, cuando la mayoría de países de África proclamó su independencia.

La magnitud del movimiento de personas hace que las medidas de contención de los europeos sean inevitables si se actúa según valores empíricos. Por otra parte, nadie parece dispuesto a tomar el camino de lo desconocido. En la UE no reina el optimismo de hace 50 años, cuando no había más que 180.000 musulmanes en territorio europeo. Desde entonces, han pasado a ser 20 millones. Los países de acogida están cansados, se han formado sociedades paralelas, han surgido los guetos, el paro y, finalmente, la pérdida de esperanza por parte de la tercera generación de emigrantes, como se puede ver también en las estadísticas de criminalidad. En materia de inmigración, ningún país europeo puede decir que haya resuelto el problema ni ponerse como ejemplo. Hasta ahora, los alemanes han tenido suerte en este aspecto: la inmigración turca se desarrolló de forma mucho menos explosiva que la mayoritariamente árabe de Bélgica, Francia o España; pero los problemas de Oriente Próximo amenazan con transmitirse a la política interior alemana. Muchos jóvenes inmigrantes musulmanes ya están siendo atraídos a las filas del Estado Islámico (EI). En unos cuantos años, el porcentaje de árabes musulmanes podría superar al de turco-alemanes, hasta ahora la minoría más numerosa en el país.

Si no para detener, sí para reducir significativamente el flujo continuo de refugiados, será imprescindible poner en práctica medidas disuasorias in situ, es decir, en Oriente Próximo y en el norte de África, así como a lo largo de la costa sur del Mediterráneo. Es posible poner fin al tráfico de personas; el EI no es una fatalidad inevitable, sino una milicia a la que hay que derrotar mediante un esfuerzo conjunto, antes de que siga sometiendo y arrasando la región. Aún no es tarde para apoyar a los grandes Estados de la zona que, como Turquía, Líbano o Jordania, acogen cantidades ingentes de refugiados. Por último, la UE debe actuar conjuntamente en sus fronteras exteriores a la hora de decidir quién puede quedarse en territorio comunitario y quién no.

Las capacidades de Alemania

Está fuera de duda que un país rico como la República Federal de Alemania puede acoger a 800.000 personas en un año excepcional, pero no hay muchos argumentos para que esto tenga que limitarse al anómalo 2015. No obstante, acoger a millones de personas en poco tiempo haría peligrar el modelo europeo de democracia y de sociedad, así como la forma de su economía. En muchos terrenos habría que retroceder a una simplificación

como la que se produjo en la Europa carolingia tras las invasiones germánicas, cuando los elevados patrones de referencia del Imperio Romano ya no existían. Hay pocos indicios de que las sociedades de Europa estén preparadas para ello. Los australianos, que tienen una mentalidad de influencia británica, ya se han negado, y han cortado la afluencia de refugiados de Asia. Al igual que en Europa, en Australia predominan las comunidades de tradición individualista que ocasionalmente presentan rasgos hedonistas. El deporte y el tiempo libre son prioritarios. En las ciudades de Alemania, hasta un 50% de los habitantes vive en hogares unipersonales, y en la capital el porcentaje es aún mayor. ¿Cómo se va a producir el impulso que haga que una sociedad con todo tipo de bienestar abra los ojos más allá del día a día y decida actuar? ¿O es que de verdad nos vamos a convertir todos en discípulos de san Martín?

La forma de proceder de Alemania, queriendo hacer frente casi en solitario al problema de los refugiados, es trágica y falsa al mismo tiempo

Por otra parte, la República Federal ya no es el país de los primeros años de la posguerra, cuando improvisar y hacer sitio eran cosas que se pedían y se hacían. En la actualidad, Alemania se ha convertido en un país exageradamente legalista y desmesuradamente complicado incluso para el ciudadano corriente. ¿Hay algún recién llegado que entienda la directiva sobre la calidad del aire? En 1946, mis padres, también refugiados, acogieron con toda naturalidad a los cinco miembros de la familia del hermano de mi madre en la gran casa del maestro en el borde de la cuenca del Ruhr. Se quedaron un año entero. Todavía puedo oír los gritos nocturnos de mi primo pequeño.

Mi esposa, que vivía con sus padres en un bonito piso de una pequeña villa urbana de Luisburgo, se encontró de repente con que tenía que compartir la habitación, además de la cocina y el baño, con otra familia con dos hijos mayores. Para ella y sus padres, la vida en un espacio reducido no fue una buena experiencia, ya que sus nuevos compañeros de piso mostraban poca consideración. Los inquilinos originales acabaron por marcharse y tuvieron que mudarse a uno de los feos bloques del barrio, construidos a toda prisa por la escasez generalizada de viviendas. Todo se soportó y se toleró porque un pueblo que hablaba una misma lengua cargó con la culpa de haber

mantenido durante 12 años una dictadura demencial que llevó la muerte y la ruina a sus propios miembros y a los países europeos vecinos. Entonces Alemania se arrodilló, en sentido figurado, apretó los dientes, se puso literalmente a la espalda la parte de carga que le correspondía, y aguantó.

Por tanto, no es admisible comparar la situación actual con la de entonces; hacerlo es prescindir por completo de la realidad. También es cuestionable apuntar a los enormes campamentos de Oriente Próximo, donde viven cientos de miles de refugiados, y presentarlos como prueba de que en la República Federal puede pasar algo parecido. Alemania hace mucho; es liberal y generosa... todavía. ¿Acaso se quiere –innecesariamente– exigir demasiado a un país que ha alcanzado numerosos logros desde el final de la Segunda Guerra mundial, pero que muestra síntomas de estrés después de la huida de 12 millones de personas del Este desde 1945; del desplazamiento de dos millones de ciudadanos de la República Democrática Alemana; del enorme reto de la reunificación; de la emigración interior de otros dos millones de personas, de la integración –aún lejos de estar concluida– de los turco-alemanes; de la continua afluencia de demandantes de asilo de diversos lugares del mundo que ya han hecho cambiar profundamente el país y que plantean exigencias en numerosos ámbitos, sobre todo en la enseñanza, hasta los límites de lo posible?

En una evaluación realista de las condiciones y los comportamientos dominantes en Alemania, nada menos que Helmut Schmidt y Erich Honecker llegaron a un veredicto similar. “La xenofobia está sólidamente arraigada en la mentalidad alemana”, opinaba el oriental, si bien excluyendo a su parte del país. Schmidt pedía ya hace 10 años un cambio de rumbo radical en la política exterior. En 2005, afirmó en una entrevista en *Focus*: “Debemos impedir que continúe la llegada de inmigrantes de culturas ajenas”.

La forma de proceder de Alemania en el verano de 2015, queriendo hacer frente prácticamente en solitario al problema de los refugiados, es trágica y falsa al mismo tiempo. El problema de los refugiados es consecuencia directa de los errores en política exterior cometidos a lo largo de las últimas décadas. Las medidas adoptadas de un día para otro por el gobierno federal tienen repercusiones a largo plazo tanto para Europa como para el desarrollo de su propia sociedad, y hay pocos indicios de que vayan a ser eficaces, empezando por la suspensión temporal del tratado de Schengen.

Lo único que se consigue es que la aglomeración de inmigrantes se desplace hacia atrás, hacia Macedonia y Grecia, por rutas alternativas a lo largo del Adriático. La proyectada construcción de grandes centros de

acogida en Grecia y en Italia llega demasiado tarde, lo mismo que los recién anunciados fondos de ayuda para los países de Oriente Próximo, que han permitido la entrada a gran número de refugiados desde el comienzo de la guerra de Siria en 2011.

El argumento alemán de la sobrecarga y la llamada a la solidaridad europea no obtienen resultados. En Europa, el Estado nacional aún está vigente: ofrece un caparazón seguro a las personas; decide sobre la guerra y la paz. Para un Estado, el problema de los refugiados es equiparable a una situación de excepción. Cuando, en esa situación, el gobierno federal reclama la solidaridad de los demás europeos, está obviando que él mismo no mostró solidaridad con sus socios en el terreno militar, en lo que se refiere a su política de contención en Oriente Próximo. El “no” de Gerhard Schröder a la guerra de Irak todavía resuena.

La amenaza de salida de Reino Unido de la UE aparece con nitidez en el enfrentamiento por la acogida y el reparto de refugiados

Con su iniciativa unilateral en política de asilo, Alemania ejerce ahora una presión inaudita sobre sus socios; los incita a tomar decisiones que tendrán consecuencias para varias generaciones. Hay que prestar atención a las inquietudes de los vecinos y aceptar sus decisiones. No solo Hungría, sino también Polonia, están diciendo no, mientras que Reino Unido impone condiciones. Francia quiere ser compensada en otro ámbito por colaborar en la acogida de refugiados. En el contexto de un duro enfrentamiento por la acogida y el reparto de los demandantes de asilo, la amenaza de la salida de Reino Unido de la UE aparece con toda nitidez. ¿Puede y quiere la República Federal cargar con esa responsabilidad? Es más, ¿su política con los refugiados no acabará poniendo en riesgo la unidad de la comunidad? ¿Y eso no haría peligrar, en último término, el papel de Europa en la política mundial?

Por otra parte, la geografía proporciona a una serie de Estados miembros la posibilidad de proteger sus fronteras exteriores. Reino Unido es una isla; España, Portugal e Italia son penínsulas, lo mismo que Dinamarca, que modificó drásticamente su política de inmigración y la relativa a los refugiados tras las últimas elecciones. Asimismo, Francia, debido a que tiene pocos vecinos y a la existencia de los Estados del Benelux, de la frontera del

Rin con Alemania y de las barreras de los Alpes y los Pirineos frente a Italia y España, está en una situación diferente a la de Alemania. En consecuencia, la geografía también determina la actuación de los diferentes Estados en cuanto a los refugiados.

No cabe esperar un régimen de cuotas eficaz, y sobre todo duradero, ya que los recién llegados irán allá donde vivan parientes o conocidos suyos. Visto así, en los últimos tiempos Alemania está tomando decisiones irreversibles. Los países actúan o son obligados a actuar por los votantes. En Austria podría haber elecciones anticipadas, en Suecia el partido populista anti-inmigración obtiene buenos resultados en los sondeos, y, en Alemania, el 6 de marzo de 2016 los ciudadanos de Baden-Württemberg, Renania-Palatinado y Sajonia-Anhalt elegirán los Parlamentos de sus respectivos Estados. Los resultados decidirán hacia dónde nos dirigimos, y tendrán carácter de aviso.

En la forma en que se aborda el problema de los refugiados también entran en juego la historia de los países y sus experiencias. Hace 50 años, cuando sus imperios coloniales se hundieron, Francia y Reino Unido, ambos con una larga memoria histórica en la política mundial, ya experimentaron oleadas de inmigración. Son los dos países donde el escepticismo es mayor. Con la tercera generación de inmigrantes, la integración se ve en gran medida como un fracaso. Ahora se pisa el freno conscientemente, también a causa de la aparición de partidos xenófobos. En la sociedad francesa, que sufre casi semanalmente ataques e incendios provocados, reina el desconcierto. Los dos socios más importantes no aceptarán un reparto de refugiados tal como tiene en mente el gobierno alemán; no permitirán que sus problemas sociales internos se agudicen. Los dos países tienen grandes preocupaciones económicas, y los partidos de la oposición, contrarios a la inmigración, están ganando adeptos debido, entre otras cosas, a que el número de solicitantes de asilo de países no europeos ha aumentado considerablemente.

La mirada del Este

En este contexto, los alemanes del Este, a los que los medios de comunicación digitales tachan con demasiada facilidad de derechistas, representan un capítulo aparte. En relación con los execrables sucesos en la ciudad sajona de Heidenau o la marcha de Pegida –un movimiento de protesta xenófobo– en Dresde, se olvida sin reparo que, hasta hace 25 años, la República Democrática Alemana formaba parte de la enorme prisión al aire libre que se

extendía desde la Puerta de Brandenburgo hasta Brest-Litovsk. Solo los estudiantes y los trabajadores de Cuba y Angola podían viajar los fines de semana a Berlín occidental. Cuando cayó el muro, los alemanes del Este tuvieron la suerte –o la desgracia– de tener en la República Federal a sus parientes ricos.

Pero es evidente que las colosales transferencias financieras que se iniciaron en 1990 no dieron a la gente el apoyo que necesitaba. El dinero –igual que en el caso de la actual emigración masiva– es una parte; la otra es el tiempo que dedicamos a quien tenemos enfrente. El relato histórico, la revisión del pasado común anterior a 1945, no ha tenido lugar; nadie preparó a los alemanes del Oeste para su salida al ancho mundo. La imagen que muchos de ellos tienen de los extranjeros es la misma que se tenía en la Alemania anterior a la guerra. También la época nazi y su propaganda han dejado su huella. Así pues, los alemanes del Este (no todos) están enojados; votan a la izquierda; siguen enviando a sus hijos a la Jugendweihe [celebración laica de consagración de la juventud] y, a la par, se aferran mentalmente al caparazón del Estado nacional; quieren atención y apoyo constantes por parte de los alemanes del Oeste. Sin embargo, hace ya tiempo que han pasado a formar parte de la cotidianeidad, y sorprende cuantos de ellos no han estado nunca en el Este.

En definitiva, los antiguos ciudadanos de Alemania Oriental no se comportan de forma muy diferente a sus vecinos centroeuropeos del otro lado de los montes Metalíferos, a pocos kilómetros de Heidenau y Dresde. La oleada de refugiados también plantea problemas a las mentalidades de los checos, los eslovacos, los húngaros y los polacos. No están preparados para ella porque todavía no han acabado de aterrizar del todo en Europa y en el mundo. Las heridas abiertas por las décadas vividas bajo el régimen comunista todavía no se han cerrado. Por eso, la amenaza neonazi cae casi siempre en saco roto. El principio de Varsovia de adaptarse a los movimientos migratorios de Europa oriental es el adecuado: Rusia está cerca, y, sobre todo, Ucrania. Los Estados bálticos ven la situación de forma parecida.

‘Lo conseguiremos’

La iniciativa unilateral alemana en la cuestión de los refugiados, que tiene mucho que ver con el pasado del país y con la imagen positiva que queremos que el mundo tenga de nosotros a toda costa, somete a nuestros socios a una enorme presión. Ya en el siglo XII, el filósofo Juan de Salisbury preguntaba con enojo: “¿Quién ha nombrado a los alemanes jueces de las naciones?”.

Las columnas y las cartas al director de la prensa británica aún siguen agitando la frase. Pero, hoy día, en la época de las redes sociales y la transmisión instantánea de noticias, ¿quién quiere que digan de él que ha actuado de forma inhumana, que ha contemplado de brazos cruzados cómo morían y se ahogaban niños y adultos en el Mediterráneo?

Estas impresiones y estos sentimientos son poco duraderos. Las palabras de Angela Merkel, “lo conseguiremos”, no fueron una declaración política, sino la proclamación de la fuerza de la voluntad alemana. Al cabo de 10 días, la capacidad de recepción de la República Federal ya se había agotado. En el plazo de una semana, solo a través de Múnich entraron más de 60.000 refugiados. Baviera y Renania del Norte-Westfalia, los dos Estados federales más poblados, fueron los únicos que cumplieron en medio de la crisis. Para ser sinceros, el reparto de refugiados no funciona ni siquiera dentro de Alemania. ¿Cómo va a hacerlo Europa? La canciller apeló a la gente y también al Parlamento que, igual que en la crisis griega, se limitó a actuar como órgano de aclamación. Había que realizar un “esfuerzo nacional”. Para motivar a los indecisos y a los titubeantes, se movilizó también a la Federación Alemana de Fútbol (DFB, por sus siglas en alemán). El seleccionador nacional y el director del equipo hicieron declaraciones, concedieron entrevistas y animaron a la sociedad alemana a acoger a los refugiados, y el desventurado expresidente federal, Christian Wulff, tuvo que recitar su frasecita (hace algún tiempo, había acuñado la expresión “el islam es parte de Alemania”).

Todas las manifestaciones de la canciller, el vicecanciller y el desbordado ministro del Interior, Thomas de Maizière, suenan artificiales y forzadas. Las comparaciones no son pertinentes. En realidad, la nueva situación ha cogido al gobierno federal totalmente por sorpresa. Hasta finales de julio de 2015, este había ignorado sistemáticamente las señales de aviso que tenía a su alcance. Durante mucho tiempo, Merkel evitó la cuestión de los refugiados. Al parecer, en una conversación con personas de su confianza durante el verano, preguntó por qué razón tenía que visitar ella un campamento de refugiados, aduciendo que su tarea no era esa, sino resolver el problema (*Die Welt*, 6 de septiembre de 2015). En vez de comprar tiempo, entre otras cosas, para pensar y reflexionar, tiempo para el Parlamento, y también para llegar a un acuerdo con los socios europeos, se habla de la tarea del siglo. Los países vecinos de Alemania temen, y con razón, el “triunfo de la voluntad”, ya que todavía tienen grabados los recuerdos de declaraciones y arranques similares. El último fue el anuncio, hace pocos años, de la llamada “transición energética”, efectuada a raíz de la catástrofe

de los reactores de Fukushima (Japón) –es decir, de algo ocurrido a 9.000 kilómetros– sin consulta previa a sus socios de la UE.

Entre la población alemana existe la sensación de que la República Federal ha saltado de la inactividad a lo desconocido. Los comentarios de los lectores en los grandes periódicos del país, especialmente en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* y en *Zeit*, reflejan una gran inquietud. En cuanto aparece una contribución sobre el asunto de los refugiados, las páginas de comentarios forman verdaderas montañas. Esta tendencia es inequívoca. Tarde o temprano, la política no tendrá más remedio que decir al electorado qué se puede hacer y qué no. Los políticos ya están probando dónde está el techo de lo aceptable, sin conocer todavía cuál será el curso de los acontecimientos.

El conflicto en el seno de la sociedad se agudizará cuando lleguen las inevitables expulsiones de demandantes de asilo a gran escala, algo que de momento no ha pasado y que constituye una de las principales causas de preocupación de amplios sectores de la población. En Alemania no hay consenso sobre la cuestión. No pocos alemanes aborrecen el país, o adoptan una actitud de distancia con respecto a él y a la cuestión de qué es lo que mantiene unida a Alemania, qué la constituye. Hay grupos para los que la inmigración sin límites es la compensación justa por los crímenes de época nazi. Esto se puede debatir. Lo que hay que encontrar con urgencia es la forma de que haya un equilibrio entre los diferentes campamentos de acogida.

Muchos comentarios en Internet sobre los sucesos actuales consideran que la política educativa es especialmente importante. Junto con la consecución de empleo será la que, al final, decida el éxito de la proeza. En Berlín, la enseñanza pública ya está al borde del colapso. Con los edificios en mal estado, los profesores desbordados y trasladados de aquí para allá durante años, y las reformas sobre reformas, la educación es la que más ha sufrido las consecuencias adversas de los cambios demográficos en la República Federal durante las últimas décadas.

Algo que a veces se pasa por alto es que, en los últimos 20 años, Alemania ha experimentado cambios enormes, y que hace tiempo que se ha conver-

**En los últimos 20 años
Alemania ha cambiado
profundamente; hace
tiempo que se ha
convertido en un país
de inmigración**

tido en un país de inmigración. En muchos lugares, el número de niños inmigrantes es superior al de niños de la sociedad mayoritaria. Los jóvenes –de hasta 25 años– de origen inmigrante representan la mitad de la población. La problemática de la integración, aún sin resolver, se seguirá agravando, y aumentarán los conflictos por el reparto. Alemania destina anualmente a un refugiado aproximadamente el doble de lo que le cuesta un estudiante. Una de las consecuencias para la sociedad ya es visible: el desplazamiento de la clase media alta –lo que queda de la burguesía ilustrada– de la enseñanza pública a la privada. La buena formación costará dinero. La sociedad corre el peligro de seguir desintegrándose. A la tendencia a la individualización se añade la fractura social. La clase media baja, los trabajadores con salarios bajos y los jubilados medios serán quienes sufran las peores repercusiones de la política de inmigración alemana.

Más política exterior

En realidad, existe una estrecha relación entre la actuación alemana en la cuestión de los refugiados y la marginación del país en muchos asuntos de política mundial. En vez de intervenir militarmente desde el principio en diversos conflictos incipientes junto a sus socios cuando ha sido necesario, en los últimos años la República Federal se ha inclinado cada vez más hacia el terreno de la ayuda humanitaria, casi como una forma de compensación, con el Airbus sanitario del ejército como emblema de la nueva Alemania.

El país asistió con relativa pasividad a la muerte de 300.000 personas en las guerras de los Balcanes. En la Alemania unificada no se ha producido la gran narración de la política exterior y mundial; las correlaciones, las consecuencias de las decisiones –y de la ausencia de ellas– no se comunican a la población. Al igual que Bismarck, Merkel practica la diplomacia secreta, solo que ella renuncia a jugar con varios balones. La política alemana “no tiene alternativa”.

La película está contada: ya no se muestran los focos de las crisis ni las guerras en el mundo, sino solo el éxodo de la gente que abandona su hogar. Esta manera de actuar se presenta como inevitable: no hay nada en ella que se pueda modificar. Este cambio de paradigma de la política exterior alemana tiene repercusiones en el continente y en el conjunto de la política occidental. Es paralizador. No por casualidad la noticia de la afortunada intervención de los pasajeros de un tren en Francia, que neutralizaron a un terrorista antes de que perpetrara un baño de sangre entre los viajeros, dio

la vuelta al mundo como un rayo. Dos soldados estadounidenses vestidos de civil y un británico impidieron el golpe; los tres, ciudadanos de países que creen en el éxito de la acción, en la intervención liberadora.

El mundo lo comprendió de inmediato, y está esperando a que, por fin, pase algo en Oriente Próximo que haga que millones de personas no tengan que abandonar Siria como una bañera llena, cuyo contenido se derramase por los pisos del edificio al quitarle el tapón. Del mismo modo, pide una iniciativa para acabar con la destrucción del Patrimonio de la Humanidad. En Palmira no se está reduciendo a escombros solo la historia siria; la desaparición de los templos significa la muerte de otra clase de tesoros, de los valores de la civilización. En esa zona del mundo próxima a Mesopotamia empezó la historia de la humanidad.

Oriente y Occidente forman una unidad. También esto es parte de la transmisión y la explicación de la situación mundial actual, a la que no se puede hacer frente solo con compasión y llamamientos, comparaciones inadmisibles y simples reacciones a las consecuencias de la guerra. Se espera una intervención activa por parte de Alemania.

Conseguir la Alemania que Europa necesita

Ulrike Guéröt y Mark Leonard

Rara vez ha tenido Alemania tanta importancia en Europa –o ha estado tan aislada– como en la actualidad. Alemania ha tenido la mayor economía europea desde que se inició el proceso de integración pero, desde el comienzo de la crisis del euro en 2010, ha habido una especie de “momento unipolar”: ninguna solución a la crisis era posible sin Alemania o contra Alemania. Al mismo tiempo, desde Grecia hasta Libia, se ha visto a los alemanes cada vez más evasivos, ausentes e impredecibles. Aunque ha insinuado ahora que hará lo que haga falta para salvar el euro, gran parte de la Unión Europea está preocupada por el modo en que se hará. A muchos les parece que una República Federal cada vez más poderosa e independiente está renegociando los dos principios fundamentales que han guiado su política exterior durante décadas: la integración europea y la alianza occidental. Algunos incluso advierten de que está sentando las bases de un nuevo *Sonderweg*, o camino especial.

Aun así, muchos alemanes se sienten más víctimas que agresores. En concreto, se sienten traicionados por el proyecto europeo con el que en su día se identificaban quizá más que cualquier otro Estado miembro, aunque parece que ya no es así. Los medios de comunicación alemanes están con razón orgu-

Ulrike Guéröt es investigadora senior y directora de la oficina de Berlín del European Council on Foreign Relations (ECFR).
Mark Leonard es cofundador y director del ECFR. (www.ecfr.eu)

Desde el estallido de la crisis del euro en 2010, Alemania se ha situado en el centro de todas las decisiones y todas las críticas. Quien fuera el principal motor de la Unión Europea se muestra hoy escéptico y decepcionado. ¿Cómo atraer de nuevo a los alemanes?

llosos de las reformas que su país ha llevado a cabo durante la última década, que han impulsado la productividad y la competitividad de una economía antes lastrada por los costes de la unificación. Pero la crisis del euro ha desencadenado una oleada de resentimiento respecto al supuesto precio que ahora se le pide a Berlín que pague por el despilfarro de otros y durante el último año el sentimiento populista se ha adueñado de la retórica nacional alemana.

De hecho, mientras que en el pasado los alemanes consideraban que la UE encarnaba ciertas virtudes de la Alemania de la posguerra como la rectitud fiscal, la estabilidad y el consenso, ahora la ven como una amenaza para esas mismas virtudes. Mientras que muchos europeos quieren que Alemania salve a Europa, ahora muchos alemanes quieren que les salven de Europa. Aunque otros países dan muestras de los mismos rasgos que presenta Alemania, debido a su tamaño y situación geográfica, y al modo en que su “anormalidad” sentó las bases de la “normalidad” europea, el nuevo euroescepticismo alemán podría socavar la integración y la seguridad dentro de Europa y perjudicar los propios intereses alemanes.

Réquiem por la República de Bonn

Transcurridas dos décadas desde la reunificación, ha surgido una nueva Alemania, más asertiva y nacionalista. Pero aunque parezca más fuerte vista

desde fuera, desde dentro también da la impresión de fragilidad. La vieja República Federal, basada en el capitalismo de Renania y la economía social de mercado, tenía un sistema político guiado por el consenso, con sindicatos fuertes, una distribución relativamente equitativa de la riqueza nacional, un ascensor social en buen estado, buenas escuelas públicas y un sistema sanitario público accesible para todos. La Alemania actual es más anciana y pobre y se enfrenta a nuevos problemas sociales. Le inquieta la inmigración, va a la zaga de muchos países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) en asuntos como la igualdad de género y el número de guarderías infantiles, y su sistema educativo tiene graves defectos.

El sistema político también se ha fragmentado: ninguno de los dos partidos principales que en el pasado apoyaban la integración europea –los llamados *Volksparteien* o partidos populares– puede ya aspirar a conseguir el 40 por cien de los votos. El Partido Liberal (FDP) se ha vuelto más euroescéptico a lo largo de 2010. Al mismo tiempo, tanto en la derecha como en la izquierda, partidos abiertamente euroescépticos como *Linke* o el Partido de la Izquierda, se han vuelto más fuertes. Esto deja a Los Verdes como el único partido de izquierdas que defiende la integración europea de la forma en que lo hacía Helmut Kohl. A consecuencia de ello, el liderazgo político –especialmente el de tipo paternalista y preeuropeo– se ha vuelto mucho más duro.

El cambio generacional también ha afectado a las actitudes alemanas respecto a Europa. Las anteriores generaciones de dirigentes alemanes se guiaban en gran medida por 1945, 1968 o 1989. Pero la generación alemana de 1989 tiene actitudes completamente diferentes hacia Europa. La mayoría de los jóvenes está más influida por el 11-S y la crisis económica que por el final de la guerra fría o la Segunda Guerra mundial. En consecuencia, Europa es algo que tienden a dar por descontado.

La base económica de Alemania también se ha estado alejando de Europa y acercándose a los BRIC (Brasil, Rusia, India y China). Por ejemplo, las exportaciones alemanas a China crecieron más de un 70 por cien en los 18 meses transcurridos desde el comienzo de 2009 hasta la mitad de 2010. Goldman Sachs pronostica que, suponiendo que las tendencias no cambien durante los próximos 18 meses, las exportaciones alemanas a China tendrán a finales de 2011 aproximadamente la misma magnitud que las dirigidas a Francia.

Como consecuencia de estos cambios a largo plazo ocurridos en Alemania desde la reunificación, el euroescepticismo es más aceptado socialmente, incluso es elegante. Hay que reconocer que la ciudadanía alemana nunca ha

establecido un vínculo emocional con el euro. Sin embargo, desde 2002, cuando la nueva moneda se hizo realidad y, en opinión de muchos alemanes, encareció las cosas, la opinión pública se ha vuelto más dura con el euro. La normativa europea también distancia a los alemanes de Europa (como ha estado distanciando durante mucho tiempo a otros Estados miembros). La crisis griega de 2010 parece haber sido la gota que colmó el vaso. Una encuesta reciente muestra que el 63 por cien de los alemanes tiene poca o ninguna confianza en la UE, y para el 53 por cien, Europa ya no es el futuro.

Quizá aún más alarmante sea el modo en que la élite alemana ha perdido la fe en el proyecto europeo. Aunque siempre ha habido voces euroescépticas en Alemania, tendían a ser marginales. Desde la época de Gerhard Schröder, quien hablaba de la “normalidad” alemana, las élites germanas se han vuelto cada vez más críticas con la UE, lo que a su vez legitima el euroescepticismo popular. La expresión más importante y famosa de este nuevo euroescepticismo alemán es la sentencia de 2009 del Tribunal Constitucional alemán sobre el Tratado de Lisboa.

En cierto sentido, es bueno que Alemania mantenga ahora por primera vez un debate abierto sobre Europa. Sin embargo, no ha surgido todavía ninguna narrativa que sustituya la idea de la integración europea como una cuestión de guerra o paz. Pocas figuras políticas alemanas parecen dispuestas o capaces de defender la idea de Europa como una vía para favorecer los intereses alemanes en asuntos como la política energética, el mercado laboral o la inmigración. Por el contrario, como ilustra su respuesta al problema de Libia, a Alemania le falta ambición y una visión estratégica de Europa.

La tentación de ir por su cuenta

Entre 1949 y 1989, los dos principios básicos de la política exterior de la República Federal fueron la alianza transatlántica y la integración europea. Pero desde la reunificación, Alemania ha empezado a emanciparse, tanto del orden de Maastricht que ayudó a forjar dentro de Europa, como del acuerdo posterior a Yalta que definió su función a escala mundial. Muchos de los cambios que se están produciendo son consecuencia natural de la historia y reflejan un proceso de maduración hasta convertirse en una potencia “normal”, algo que inicialmente fue acogido con agrado por sus socios europeos. Pero el concepto de “normalidad” también es problemático porque hace que Alemania esté tentada de verse a sí misma como una potencia viable en un mundo multipolar.

– *Revisar Maastricht.* Desde el final de la guerra fría, la relación simbiótica entre Alemania y el resto de Europa se ha ido debilitando. Primero, el tándem franco-alemán se ha desequilibrado a favor de Alemania. El pacto lleva algún tiempo desmoronándose como consecuencia de tres fuerzas: la ampliación de la UE, que ha reducido el tamaño relativo del núcleo y aumentado el de la periferia; el desfase cada vez mayor entre el rendimiento económico francés y el alemán; y la llegada de la crisis financiera, que ha hecho que el poderío económico destaque aún más. Segundo, Alemania se ha desenamorado de la Comisión Europea, en parte como consecuencia de la creciente hostilidad que manifiesta el Tribunal Constitucional alemán hacia la Comisión. Tercero, Alemania se ha ido olvidando de los países pequeños (hecho que en sí mismo es una consecuencia del desmarque alemán de la Comisión). Cuarto, Alemania se siente menos inclinada a pagar más por la UE que otros Estados miembros, mientras que su representación formal queda restringida al mismo grado que el de otros Estados grandes. Con la creación del Fondo Europeo de Estabilidad Financiera (FEEF) y el supuesto Mecanismo Europeo de Estabilidad, Alemania ha señalado que, cuando asuma una parte desproporcionada de la carga financiera (como ha hecho en los rescates de Grecia e Irlanda), exigirá una voz formal que refleje su compromiso.

La reticencia de Alemania a ser la fuente de financiación de Europa se ve recalcada por la sensación cada vez más extendida entre los círculos económicos de que el país está sobrepasando el mercado único. Esta sensación se resumía en la afirmación de que “Alemania necesita a los BRIC más que a los PIIGS [en relación a Portugal, Irlanda, Italia, Grecia y España]”, que se escuchaba por todo el Bundesbank en 2010. Esta frase no se fundamenta en pruebas económicas: Alemania sigue comerciando más con la UE que con los países de fuera de ella, y su comercio con el sur de Europa ha crecido enormemente desde que se introdujo el euro. Pero esa idea representa una tendencia de opinión que se propaga por todos los medios de comunicación.

– *Revisar el orden posterior a la guerra fría.* Además de desafiar el orden de Maastricht, Alemania está desafiando el orden que los estadounidenses y los europeos construyeron al terminar la guerra fría. La abstención de Alemania en la votación de la Resolución 1973 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas sobre la zona de exclusión aérea libia ha sido la última prueba de que la República Federal está renegociando la función que ha tenido en la política exterior después de Yalta en los asuntos regionales y

mundiales. Aun cuando el comportamiento de Angela Merkel tras la votación parezca indicar que se arrepiente de no haber votado, el desarrollo de una postura en política exterior que esté menos instintivamente alineada con la UE y EE UU sí parece formar parte de una tendencia general.

Durante la guerra fría, Alemania Occidental estaba completamente integrada en la Alianza Atlántica. Durante los primeros 10 años después de la reunificación, Alemania era visto como un estabilizador geopolítico un tanto pasivo: fiablemente atlantista, proampliación y decidida a transformar Rusia de un modo que no conllevara enfrentamientos, y dispuesta a costear las caras políticas regionales de Europa. Sin embargo, desde la guerra de Irak, Alemania se ha vuelto menos atlantista. El trato de Berlín con Washington se ha vuelto cada vez más pragmático y bilateral. Como el apoyo a la ampliación se ha vuelto más condicional, Alemania y Rusia se han acercado conforme han ido aumentando los vínculos económicos.

La nueva política exterior no alineada de Berlín es consecuencia de los cambios por los que Alemania ha pasado desde la reunificación

Parte de la nueva política exterior no alineada de Berlín es consecuencia de los cambios por los que el país ha pasado desde la reunificación. Tras el fin de la guerra fría, Alemania ya no necesita depender de una garantía de seguridad estadounidense. También es comprensible que las autoridades militares se sientan frustradas por el hecho de que, pese a haber realizado enormes esfuerzos para participar en misiones como Afganistán, otras potencias como Reino Unido y EE UU sean tan críticas con las limitaciones por las que se rige la Bundeswehr [Fuerza de Defensa Federal]. La nueva política exterior “neomercantilista” e independiente de Alemania también refleja la nueva definición de sus intereses como consecuencia, sobre todo, de los cambios ocurridos en su economía durante la última década. A medida que la economía alemana se traslada de la zona euro a los BRIC, la posibilidad de ir por su cuenta en política exterior resulta cada vez más tentadora para Berlín. Alemania sigue pensando que Europa es muy importante, pero la considera cada vez más lenta, compleja y costosa, y para muchos miembros de sus élites, la rentabilidad de la inversión ya no parece garantizada.

Cómo está respondiendo Europa a la República de Berlín

El revisionismo alemán de los órdenes posteriores a Maastricht y Yalta ha creado un vacío estratégico dentro de la UE que ni Alemania ni otros Estados han conseguido llenar todavía. En cierto sentido, Alemania era el país más reacio a descartar el orden de Maastricht, porque tenía miedo de asumir más responsabilidad por Europa. Ahora el país se enfrenta a una decisión: puede volver a comprometerse a colaborar con el resto de la UE –y ejercer una hegemonía económica benígna dentro de la zona euro– o puede ser un Estado de la UE más “normal” que persiga sus intereses nacionales de una forma más limitada. Sin embargo, si elige la segunda opción, cada vez se enemistará más con otros Estados, los cuales seguramente seguirán las diversas estrategias que se han usado en el pasado para responder al poder de las hegemonías.

En los últimos años, a medida que la UE se ha vuelto más grande, con un abanico más diverso de intereses opuestos, el avance se ha logrado a menudo mediante coaliciones “minilaterales” (pequeños grupos de Estados que cooperan para desarrollar nuevas iniciativas). En 2010, conforme ha aumentado el poder alemán, se han formado cada vez más coaliciones “minilaterales” en torno a Alemania a medida que otros Estados optaban por adaptarse al poder germano y, de paso, procurar que este se use en su beneficio. Por ejemplo, a fin de salvaguardar la calificación de triple A de Francia, el presidente Nicolas Sarkozy ha reducido sus críticas contra la gestión económica alemana y ha cambiado su anterior papel de portavoz extraoficial de los intereses de los países deudores por uno nuevo de socio de Alemania en la gestión de la crisis del euro.

Pero aunque actualmente dé la impresión de que otros Estados miembros hacen cola para arrimarse a Alemania, algunos seguramente tratarán de bloquear iniciativas alemanas en el futuro. Durante el último año, los Estados han impedido así la adopción de un nuevo tratado, el nombramiento de Axel Weber como director del Banco Central Europeo y la adopción de sanciones “automáticas” contra los países que incumplan el Pacto de Competitividad.

Otra estrategia desplegada es el chantaje. Uno de los motivos por los que la opinión pública alemana es tan hostil hacia los países deudores es que tiene la impresión de que los griegos y los irlandeses están chantajeándoles con desestabilizar toda la zona euro si Alemania no los rescata. Hay algo de verdad en esto. De hecho, la teoría de las relaciones internacionales ha demostrado hace mucho que las alianzas multilaterales en las que un Estado controla una parte desproporcionada del conjunto de los recursos fomentan

inevitablemente los abusos. La razón es que los aliados del Estado más poderoso saben que este se ocupará del bien común por su propia conveniencia.

Finalmente, es probable que algunos países intenten socavar la legitimidad de Alemania. Por ejemplo, cuando a Grecia se le ordenó que recortase drásticamente el gasto y subiese los impuestos a cambio de un rescate de 10.000 millones de euros, el vicepresidente, Theodoros Pangalos, dijo que los vástagos de los nazis no tenían ningún derecho a dar órdenes a los griegos; el periódico *Ethnos* escribió que los alemanes estaban convirtiendo Europa en un “Dachau financiero”; y el alcalde de Atenas presentó una factura de 80.000 millones de euros por la ocupación de Grecia durante la Segunda Guerra mundial.

Un nuevo pacto para Europa

A menos que Alemania encuentre una nueva forma de trabajar con sus socios europeos, estas estrategias para domar el poder alemán podrían terminar perjudicando los intereses de Alemania y, al mismo tiempo, conducir a la UE a un punto muerto. Sin embargo, para persuadir a Berlín de que tiene más que ganar si convierte el desarrollo de una política europea en su objetivo fundamental, los Estados miembros no solo deberían señalar los peligros de actuar por su cuenta, sino también desarrollar incentivos para que Alemania desempeñe una función más positiva dentro de la UE. Deberían hacer lo posible para que a Berlín le compense apostar todo a Europa: un nuevo pacto de gobierno económico dentro de la UE, un nuevo planteamiento de la seguridad regional y una visión de una Europa mundial que defienda el interés de todos al tratar con potencias en auge como China.

– **Gobierno económico dentro de la UE.** Alemania ha dado a entender ahora que hará lo que haga falta para salvar el euro, mostrando una determinación que pocos predecían en 2010. Parece inevitable que se produzca una integración más profunda de la zona euro por medio del nuevo “Pacto por el Euro Plus”. Pero existe el peligro de que estos intentos conduzcan a una Europa de dos velocidades en dos diferentes formas. La primera posibilidad es que una integración más profunda de la política económica entre los 17 países del euro dé lugar a una división entre ellos y los otros 10 Estados miembros, que podrían encontrar el acceso a la moneda única mucho más difícil e incluso verse permanentemente excluidos. La segunda posibilidad es que se cree un cisma entre los países deudores y los acreedores, con una diferencia de competitividad cada vez mayor como consecuencia del “rescate hacia dentro” y la permanente carga de la deuda de los países endeudados.

A fin de evitar una Europa de dos velocidades, se necesita un nuevo pacto. Los deudores como Grecia tienen que aceptar las ataduras del Pacto de Competitividad, pero los acreedores como Alemania también tienen que mostrar una mayor flexibilidad a la hora de abordar los problemas que han originado la crisis. Es también la única manera de evitar que, en los próximos años, crezcan los sentimientos antialemanes como consecuencia de las políticas de austeridad en la periferia, por un lado, y el populismo alemán del “pagador”, por otro.

Todavía no hay una nueva narrativa nacional sobre lo que Alemania debe o desea ser y el lugar que quiere ocupar en Europa

Primero, se necesita un regulador bancario paneuropeo a fin de realizar pruebas de resistencia de un modo más estricto e independiente. Segundo, los Estados deben modificar los términos del FEEF para permitirle recapitalizar tanto a los bancos como a los Estados, lo que posibilitaría la reestructuración de la deuda soberana sin precipitar una crisis bancaria. Y tercero, la UE debe

plantearse la posibilidad de crear eurobonos que garanticen que los países que han reestructurado su deuda no tengan que cargar con tipos de interés agobiantes en la deuda que les quede.

– **Seguridad regional europea.** La decisión de Berlín de alinearse con los BRIC en la votación de la Resolución 1973 de la ONU ha llevado a algunos a preguntarse si Alemania se está moviendo hacia una política exterior no alineada en vez de apoyar el desarrollo de una Política Exterior y de Seguridad Común (PESC). Sin duda, Alemania tiene algunos intereses en común con estos mercados emergentes: una economía orientada a la exportación y una reticencia a verse envuelta en conflictos en lugares lejanos. Sin embargo, esta caracterización de la política exterior alemana no tiene en cuenta la importantísima función que Alemania ha empezado a desempeñar dentro de la propia región europea. Al tender la mano a Polonia e instar a Rusia y Turquía a que participen responsablemente en la resolución de los conflictos regionales, Berlín ha empezado a mostrar una clase distinta de liderazgo en la seguridad europea. Sin embargo, otros Estados no han hecho –por desgracia– lo suficiente por apoyar la visión expuesta por los alemanes en Meseberg. El

resto de la UE –con la orientación de Alemania y Polonia– debería ahora respaldar este planteamiento.

¿Qué puede ofrecer la UE a Berlín en sus negociaciones con los países vecinos que no pueda conseguir por sí solo? Los altos cargos de la diplomacia alemana citan tres tipos de beneficios: primero, la capacidad para avanzar en ámbitos como el comercio, en el que los Estados han compartido soberanía; segundo, legitimidad y oportunidad para evitar acusaciones de unilateralismo; y tercero, un multiplicador financiero para sus propias iniciativas en relación con los socios no europeos.

El mayor desafío a la larga será salvar la distancia entre Alemania y otros Estados miembros grandes en lo que respecta al uso de la fuerza. También deberían darse pasos para reparar la fisura abierta a causa de Libia mediante una diplomacia paciente. Es importante que a Alemania se le encomiende una función destacada en cualquier “grupo de contacto” creado para hacer frente al conflicto y al periodo posterior. El impulso de la futura PESC dependerá de la actitud de los tres grandes. Francia y Reino Unido tienen la responsabilidad compartida de integrar a Alemania en vez de volver a una entente cordial franco-británica.

– *Europa en un mundo de dos grandes potencias.* Para el unilateralismo alemán, la mayor tentación se encuentra en la escena mundial, puesto que el alcance económico internacional de Alemania supera de lejos el de todos los demás Estados de la UE. La pregunta, por tanto, es cómo pueden los demás países emplear el peso económico de Alemania para desarrollar una estrategia general para la Unión, en un mundo que estará cada vez más gobernado por dos grandes potencias: EE UU y China.

Teniendo en cuenta que Berlín es responsable del 45 por cien del comercio de la UE con China, ¿puede recibir lecciones de los otros 26? Está claro que no. Pero, ¿se beneficiaría Alemania de una postura europea común frente a China? Probablemente sí. Aunque algunas empresas y funcionarios alemanes tengan la sensación de que pueden avanzar más con un enfoque unilateral, muchos comprenden que, a la larga, Berlín luchará por no dejarse dominar en un mundo de potencias cuyo tamaño equivale al de un continente.

Otros países miembros pueden fácilmente dejar atrás a Alemania si de repente se inicia una competición abierta por conseguir favores económicos de Pekín. El número de países que buscan un acercamiento político y económico unitario y asertivo está reduciéndose. Incluso los que estaban a favor de una estrategia económica estricta como España, Portugal, Grecia y

politicaexterior.com

Más información y análisis. El rigor de siempre



ESTUDIOS DE
POLITICA EXTERIOR

A usted le interesa qué pasa en el mundo. Nosotros le proporcionamos el cómo y el porqué

Buscar...



Acceso | Registro

PORTADA ACTUALIDAD ▾ POLÍTICA EXTERIOR ECONOMÍA EXTERIOR AFKAR / IDEAS INFORME SEMANAL LIBROS SUSCRIPCIONES



Portada



EL ENIGMA DEL VERDADERO
PLAN JUNCKER

> MYANMAR SE INCLINA HACIA
UNA NUEVA CRISIS

LA ONU EN TIEMPOS DE
INESTABILIDAD

#DATAMÉRICAGLOBAL: LAS
TRANSLATINAS PIERDEN
PRESENCIA EN EL EXTRANJERO

12 / SEP / 2017

La derecha se queda en Noruega

Noruega celebró el 11 de septiembre elecciones parlamentarias. El bloque gubernamental de derecha y la oposición de centroizquier...

Leer más



11 / SEP / 2017

#ISPE: EEUU, sin soluciones militares viables en Corea

Si algo han demostrado la sexta y mayor prueba nuclear de Corea del Norte, que provocó un terremoto de 6,3 grados, y el lanzamien...

Leer más



08 / SEP / 2017

Alfombra Roja: Janet Yellen

Considerada por la revista Forbes como la tercera mujer más poderosa del mundo en 2016, Janet Yellen ha hecho historia en Estados...

Leer más



¿Te interesa qué pasa en el mundo? Te lo contamos con nuevas herramientas. Actualidad, reseñas, multimedia. Para no perder detalle de los asuntos globales.

politicaexterior.com

politicaexterior.com

Más información y análisis. El rigor de siempre



ESTUDIOS DE
POLITICA EXTERIOR

A usted le interesa qué pasa en el mundo. Nosotros le proporcionamos el cómo y el porqué

Buscar...



Acceso | Registro

PORTADA ACTUALIDAD ▾ POLÍTICA EXTERIOR ECONOMÍA EXTERIOR AFKAR / IDEAS INFORME SEMANAL LIBROS SUSCRIPCIONES



Portada



EL ENIGMA DEL VERDADERO
PLAN JUNCKER

> MYANMAR SE INCLINA HACIA
UNA NUEVA CRISIS

LA ONU EN TIEMPOS DE
INESTABILIDAD

#DATAMERICAGLOBAL: LAS
TRANSLATINAS PIERDEN
PRESENCIA EN EL EXTRANJERO



12 / SEP / 2017

La derecha se queda en Noruega

Noruega celebró el 11 de septiembre elecciones parlamentarias. El bloque gubernamental de derecha y la oposición de centroizquier...

Leer más



11 / SEP / 2017

#ISPE: EEUU, sin soluciones militares viables en Corea

Si algo han demostrado la sexta y mayor prueba nuclear de Corea del Norte, que provocó un terremoto de 6,3 grados, y el lanzamien...

Leer más



08 / SEP / 2017

Alfombra Roja: Janet Yellen

Considerada por la revista Forbes como la tercera mujer más poderosa del mundo en 2016, Janet Yellen ha hecho historia en Estados...

Leer más



¿Te interesa qué pasa en el mundo? Te lo contamos con nuevas herramientas. Actualidad, reseñas, multimedia. Para no perder detalle de los asuntos globales.

politicaexterior.com

Alemania, un país al verde vivo

Diego Íñiguez

De repente, todo en Alemania es verde: Los Verdes rebasan al Partido Socialdemócrata (SPD) en las encuestas y se acercan a la Unión Cristianodemócrata (CDU), que sueña con deshacerse de sus socios del Partido Liberal (FDP) para pactar con aquellos. Es verde el nuevo ministro-presidente de Baden-Württemberg, Winfried Kretschmann, después de 58 años de gobiernos democristianos. Rivalizan por serlo los partidos de la coalición federal: tras el accidente de Fukushima y el suyo electoral en Renania del Norte, Hamburgo y Baden-Württemberg, han desconectado siete centrales nucleares y preparan el definitivo apagón nuclear para 2022. Todo será verde, como la agricultura, la alimentación y hasta los coches: van a invertir miles de millones en hacer viables los eléctricos.

Los cabezas de los tres partidos principales –Angela Merkel, Sigmar Gabriel y Jürgen Trittin– han sido antes ministros de Medio Ambiente. Una encuesta de *Dein Spiegel* (la edición mensual para niños de la conocida revista de Hamburgo) revela que el 46 por cien de los niños alemanes votaría a Los Verdes. Alemania, el mayor exportador de máquinas, coches y herramientas, va a cambiar radicalmente el suministro energético de su sistema

Diego Íñiguez es doctor en Derecho y Administrador Civil del Estado.

El cambio de valores ocurrido en Alemania desde 1989 ha dado lugar a una sociedad más segura de sí misma. El auge del movimiento verde refleja la vuelta a las raíces más románticas. La agenda política también es verde y ha marcado para 2022 el ‘apagón’ nuclear.

industrial para convertirse en el campeón de la energía (y, por cierto, la tecnología) verde, en el “gigante verde”. Entretanto, cambian con rapidez vertiginosa el panorama político, el sistema de partidos, el de valores, para volver, en cierto modo, a las raíces románticas, al gran bosque germánico.

Un país más amable...

La pujanza alemana tras la crisis produce un asombro comparable al de los británicos después de la Primera Guerra mundial o al del general De Gaulle tras la Segunda. Alemania combina hipermodernidad –tecnológica, científica, cultural: Berlín será la Nueva York del siglo XXI– con valores posmaterialistas (buscar más tiempo e independencia, una vida más sencilla y concienciada) que en realidad son conservadores, opuestos a los del consumo frenético del modelo americano y otras sociedades europeas de prosperidad menos fundada.

Con niveles de presión fiscal semejantes, Alemania ofrece más a sus ciudadanos: una buena educación y mejores servicios públicos, más seguridad (policial y jurídica), más transparencia, menos corrupción, un sistema electoral más representativo. El sistema de desempleo parcial (*Kurzarbeit*) ha demostrado la funcionalidad de la red estatal para atenuar las consecuencias de la crisis y potenciar la recuperación y los ingresos fiscales. El paro ha bajado hasta el pleno empleo en los *Länder* más prósperos.

El cambio de valores se ha acelerado desde 1989: la sociedad alemana está más relajada, más segura de sí misma sin sentirse obligada a disimular. Como observa Jens Büntjen, el conservadurismo tradicional alemán se ha transformado en el amable conservadurismo verde, los odios ideológicos venenosos de hace dos generaciones se han diluido. La rígida cortesía tradicional ha evolucionado y en el “consenso bio” se desea a desconocidos “un bonito día”. Es un país distinto, más simpático. Se escribe sobre el fin de la cultura del esfuerzo y el descubrimiento del ocio, de los valores más comunitarios que legó la antigua RDA.

El consumo interior y las importaciones siguen siendo bajos: los alemanes son sobrios, ahorran mucho, gastan en coches y viajes. Más del 90 por cien se educa en un sistema público que a comienzos de este siglo sufrió el choque de unos mediocres resultados en los estudios PISA de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, pero que aún es la puerta a un sistema de empleo bastante meritocrático. La educación pública enseña bien dos lenguas extranjeras y forma una conciencia crítica de inequívoca raíz ilustrada. La prensa seria es de una calidad e independencia magníficas –la sensacionalista, terrible– como la industria editorial, alimentada por una población lectora y buenos suplementos culturales. Su sistema universitario no brilla como hace un siglo, pero es el tercero que más extranjeros acoge. Una red envidiable de institutos de investigación científica, abiertos al exterior, vinculados a las empresas y con eficaz apoyo público, alimenta un sistema de innovación que permite a Alemania presentarse como “el país de las ideas”.

...que también tiene sus problemas

Alemania tampoco es jaja. Muchas infraestructuras, sobre todo en el Oeste, están saturadas o anticuadas: autopistas que la conciencia ecológica impide ampliar, una red ferroviaria plagada por impuntualidades y averías. Conflictos ciudadanos como el de Stuttgart en torno a una nueva estación revelan dificultades para tomar decisiones políticas sobre grandes obras públicas. Cuando se hundió la obra del metro de Colonia, tras años de retraso y sobrecoste, murieron varias personas y el socavón se tragó el archivo histórico de la ciudad. Las infraestructuras más modernas, construidas con fondos europeos por empresas alemanas, las tienen los “nuevos *Länder*” de la antigua RDA.

El sistema bancario alemán ha sufrido en la crisis: hubo que nacionalizar el Commerzbank, varios bancos regionales –con pérdidas multimillonarias–



Manifestación antinuclear en Berlín (26 de marzo de 2011). D. ÍÑIGUEZ

están al borde de la quiebra. El sector tiembla ante la posible quita griega. La Bolsa ha recuperado parte del valor que perdió en la crisis, pero no la confianza de los inversores alemanes: sube ahora gracias al capital extranjero, un 30 por cien antes de la crisis y un 80 por cien en la actualidad. Cuando las autoridades consiguieron datos de cuentas alemanas en paraísos fiscales y ofrecieron clemencia a quienes comparecieran voluntariamente se presentaron muchos más de los descubiertos. Se revelan regularmente abusos de confianza y fraudes –por ejemplo, en perjuicio de bancos regionales–, también conductas impropias que sorprenden en un país tan expuesto a los medios y controles sociales. La apertura de las fronteras al Este no ha traído los problemas temidos, quizá porque el sistema policial es estricto y el judicial, rápido. Pero crecen los índices de delincuencia.

La evolución demográfica –envejecimiento, estancamiento, disminución– preocupa a estadistas y planificadores. En la actualidad hay 20,2 millones de pensionistas y 40,5 de empleados. No llegan los trabajadores cualificados que querrían las empresas, y los que llegan no se integran fácilmente. De los 235.000 estudiantes que se formaban en sus universidades en 2009, solo 5.000 se quedaron en Alemania una vez titulados. Cada año dejan el país 200.000 alemanes muy cualificados. La educación de los hijos de los inmigrantes y de los alemanes más pobres tiene resultados insuficientes y dificulta su integración laboral y social.

No hay en Alemania movimientos políticos abiertamente xenófobos, como los que proliferan –para su vergüenza– en otros países del norte de Europa. Los partidos ultraderechistas ganaron algunos diputados regionales, pero los van perdiendo. Alemania mantiene un nivel elevado de conciencia de su pasado, de las exigencias de un sistema político sinceramente basado en la libertad y la dignidad humanas. La Fundación Contra el Olvido, por la Democracia estima en un 15 por cien los alemanes con opiniones hostiles hacia los extranjeros. Esta actitud es más frecuente en algunos *Länder* del Este que no levantan cabeza.

Alguna culpa tienen dirigentes de partidos serios que juegan con actitudes xenófobas más o menos veladas, especialmente contra los inmigrantes musulmanes. Es difícil no leer en esa clave la apelación a las “raíces cristianas de Europa” o las polémicas sobre la *Leitkultur* (la cultura dirigente, principal, dominante). El libro más vendido en el último año ha sido un alegato xenófobo de un antiguo ministro socialdemócrata de la ciudad de Berlín, cuyo nombre, Thilo Sarrazin, mueve a imaginar al autor en un diván digiriendo su indudable genealogía. El debate sobre la *Leitkultur* es tan escurridizo como, en ocasiones, cómico. Una película reciente, *Alemanya*, lo refleja en la pesadilla del inmigrante turco Hüseyin en la noche previa a su nacionalización como alemán: el funcionario le hace firmar un compromiso de atenerse en lo sucesivo a la *Leitkultur*, que consiste en ver todos los domingos *El lugar del crimen*, una serie muy popular, pasar unas vacaciones de cada dos en Mallorca y comer cerdo dos veces por semana.

Desde la reforma de la Ley de Nacionalidad en 2002 se ha naturalizado casi un millón de personas, un tercio de origen turco. Dirigentes democristianos ven en ello la constatación de que Alemania es un país abierto a cuantos quieren integrarse pero, advierten, no una sociedad multicultural. Nadie, quizá ni siquiera Radio Multikulti, pensaba que lo fuera. Las entidades públicas gastan sumas ingentes para la integración escolar de los niños y para que los adultos aprendan alemán. El presidente federal, democristiano, sostiene que el islam forma parte de Alemania, pero conservadores de su partido lo niegan y relacionan el diálogo con los musulmanes con... el riesgo terrorista. Portavoces democristianos conminan a sus rivales a no buscar votos prometiendo la doble nacionalidad o el ingreso de Turquía en la Unión Europea. Pero no está claro por qué partidos que demuestran entender mejor a Max Frisch (“llamamos a fuerza de trabajo y vinieron personas”) van a dejar de cortejar a los nuevos alemanes. El copresidente verde, Cem Özdemir, hijo de inmigrantes turcos, cree que se desperdicia el

potencial de las nacionalizaciones, la ministra liberal de Justicia propone facilitar legalmente la doble nacionalidad.

En Alemania, tampoco se atan los perros con longanizas (o, más propiamente, con salchichas): parte de la recuperación de la competitividad se debe a la “contención” salarial, elemento esencial de la Agenda 2010. Alemania sigue siendo un país duro para buena parte de su población, que trabaja por sueldos muy bajos. La bonanza económica no llega a los salarios reales, que disminuyeron en 2010. Las insolvencias privadas superan la media europea. Han subido el IVA general (tres puntos), las cotizaciones sociales de los trabajadores y la cobertura sanitaria. La reforma fiscal prometida sigue pendiente. Los buenos datos macroeconómicos (crecimiento del PIB del 3,6 por cien en 2010, estimaciones del tres por cien para 2011) no impiden que siete millones de personas vivan de la prestación para parados de larga duración. Un informe reciente advertía que el 17 por cien de los jóvenes alemanes corre peligro de quedar fuera del mercado laboral.

La gran coalición reformó la Ley Fundamental para establecer con rango constitucional un freno al endeudamiento presupuestario: federación, *Länder* y ayuntamientos tienen prohibido endeudarse por encima de un escueto porcentaje, salvo por catástrofes naturales o una grave recesión. (Luego, claro, hay que cumplirlo: la comisión que lo supervisa advierte serios desequilibrios presupuestarios en Berlín, Bremen, El Sarre y Schleswig-Holstein.) Miedos históricos explican la inquietud porque la UE se transforme en una “unión de transferencias”, donde los países ricos (léase Alemania) acaben pagando las deudas de los periféricos, pecadores fiscales que han incumplido su parte del acuerdo en el que la RFA sacrificó el marco alemán.

La gestión de una crisis sanitaria (una variante de la bacteria *E. coli*) convertida en epidemia ha mostrado la peor cara de una administración con serios problemas de confusión competencial, de comunicación y actuaciones improvisadas que incrementan la intranquilidad pública y las consecuencias negativas del problema –para Alemania y para unos vecinos que se sienten perjudicados y desdeñados, y por ello doblemente ofendidos–.

El contexto político

La política tampoco refleja la buena marcha de la economía: disputas y tensiones constantes, con frecuencia públicas, insólitas en la buena cultura de coalición tradicional, han agitado al gobierno democristiano-liberal

desde su constitución tras las elecciones de septiembre de 2009. La Unión Socialcristiana (CSU) compite en los gobiernos nacional y de Baviera con los liberales. El ministro de Defensa socialcristiano, Karl-Theodor zu Guttenberg, tuvo que dimitir. Su rival, el ministro de Asuntos Exteriores liberal, Guido Westerwelle, ya no es vicecanciller después de las derrotas del FDP en sucesivas elecciones regionales. Los ministerios de gasto se resienten por los controles y el estilo férreo del ministro de Hacienda, Wolfgang Schäuble. La coalición no tiene mayoría en el Bundesrat (la

Los Verdes integran el ‘nuevo centro’ y podrían ser la próxima bisagra central, capaz de coaligarse con la CDU o el SPD

cámara federal) y las negociaciones sobre nuevas leyes y reformas se eternizan. Tampoco capitaliza la recuperación económica, que arranca de la Agenda 2010 socialdemócrata-verde, ni la buena gestión de la crisis, que se reconoce al entonces ministro, Peer Steinbrück.

Los medios de comunicación critican el estilo de liderazgo de Merkel como “pasivo y reactivo”.

La canciller no dirige, ni traza líneas o metas: espera a ver qué posición resulta menos discutida o generalmente preferida y solo entonces la adopta, a menudo cuando los conflictos son ya públicos. Hasta 2009 le fue bien, pero la “madre conciliadora” de la gran coalición cristianodemócrata-socialdemócrata no ha sabido transformarse en la dirigente activa que requería la nueva, cristianodemócrata-liberal.

Hija de un pastor luterano en la RDA, la educación de Merkel quizá explique un carácter más resistente que estridente, más reactivo que directo, una atención más volcada al Este que al Sur de Europa. Según el retrato filtrado por WikiLeaks, “Teflón-Merkel” es pragmática, retrasa las decisiones, evita el riesgo, los debates ideológicos y los compromisos. Su empleo frecuente de la palabra *alternativlos* (sin alternativas), que un instituto filológico alemán escogió como “la peor palabra de 2010”, ha provocado bromas sobre una “pulsión tecnocrática”.

La coalición perdió la mayoría en el Bundesrat en junio de 2010, con su derrota en Renania del Norte-Westfalia. Desde entonces, cada elección relevante ha sido un disgusto: en febrero de 2011, el SPD ganó una inesperada mayoría absoluta en Hamburgo; en marzo, Los Verdes, la presidencia de

Baden-Württemberg, en coalición con el SPD, una gran derrota simbólica que abrió una crisis inmediata en el FDP y alimenta una subterránea en la CDU. En mayo, Los Verdes han adelantado por primera vez a la CDU en un *Land*, Bremen. Los liberales han quedado fuera de los parlamentos de Renania-Palatinado y Bremen. Los signos para la coalición de Berlín son ominosos: *Der Spiegel* ve las victorias regionales rojiverdes como una tendencia extrapolable al nivel federal.

La evolución del sistema político

El propio sistema político cambia intensamente. Los índices de confianza en los partidos son muy bajos. Los grandes partidos populares (*Volksparteien*, en alemán) retroceden desde los años ochenta: la CDU, 10 puntos, sobre todo en los últimos años de Helmut Kohl; el SPD ha perdido más de 10 millones de votos desde 1998, casi la mitad; los socialcristianos, su mayoría absoluta en Baviera. Los Verdes crecen hasta superar el 20 por cien, y podrían adelantar al SPD. Se ha consolidado La Izquierda, que reunió al PDS, sucesor directo del Partido Comunista de la RDA, con escindidos del SPD y otros desencantados. Una barrera invisible sigue impidiendo que forme parte de coaliciones nacionales o en Estados del Oeste, pero es un “partido regional” en el Este, donde cogobierna en Berlín y Brandenburgo. El FDP cae en picado: llegó al 14,5 por cien en las elecciones de 2009, y hoy no superaría la barrera electoral del cinco por cien. Los tres partidos que se ubican a la izquierda (SPD, Los Verdes y La Izquierda) superan en más de 20 puntos a los partidos burgueses (CDU/CSU y liberales). Sólo 2,5 de los 10 millones de votos perdidos por socialdemócratas han ido a parar a La Izquierda. Cada partido grande mantiene su base ideológica, el voto móvil es centrista, la batalla se juega en el centro, aunque les pese al sector conservador de la CDU y al izquierdista del SPD.

Los Verdes ganan votos de todos. Sobre todo, del SPD, menos al día de las preocupaciones de los votantes urbanos, anclado en “el progreso” y los intereses de una clase trabajadora que desciende en número y relevancia, quizá también porque puestos a votar contra la energía nuclear, los electores prefieren a los oponentes originarios. Pero también de los cristianodemócratas, cercanos en los valores conservadores sociales, con cuyo objetivo programático de “preservar la Creación” coinciden. Los Verdes crecen sobre todo entre votantes urbanos “posmaterialistas” y empleados públicos, “falsos idealistas” –dice *Forsa*–, encantados de contar con un lenguaje

simbólico para criticar a la sociedad mientras disfrutan de sus privilegios, como preservar la naturaleza y ciertos estándares de calidad de vida: un nuevo “conservadurismo ilustrado” que la CDU no ha sabido hacer suyo.

El resultado no supone un escoramiento hacia la izquierda, opina Thomas Hancke: Los Verdes integran el “nuevo centro” con la CDU. Es dudoso que lleguen a ser un partido *catch-all*: se concentran en pocos asuntos, les faltan intereses y redes sociales. Pero pudieran ser la próxima bisagra central, capaz de coaligarse con la CDU o el SPD y decidir los cambios de gobierno, como el FDP en los años setenta y ochenta. Son un movimiento muy alemán, una encarnación del “ser alemán” que veía Heine en Lutero: de raíz cristiana o romántica, intelectualmente radicales, individualistas, conservadores sociales. El nuevo ministro-presidente de Baden-Württemberg, Kretschmann, es un ejemplo: católico, de la corriente realista del partido, pionero de las ideas de que Los Verdes debían querer gobernar y poder hacerlo aliados con cualquier partido democrático. Le mueve más el amor a la naturaleza que cualquier tentación de experimentos sociales, no pondrá en peligro la solidez económica e innovadora de Baden-Württemberg, al cabo de la legislatura habrá demostrado que se puede votar sin temor a Los Verdes.

La canciller ha perdido parte del prestigio acumulado durante la gran coalición con los socialdemócratas. Los conservadores de su partido se quejan de que lo ha “socialdemocratizado”, fastidiados por su liberalismo económico, su política familiar y el fin del servicio militar. La CDU mantiene su base asociativa en las poblaciones pequeñas, pero penetra cada vez menos en las ciudades o entre los jóvenes. Una dirección más tecnocrática que carismática empobrece la diversidad ideológica y social de una democracia cristiana que defendía la economía social de mercado, el equilibrio entre desarrollo económico y tejido social, la integración de las sensibilidades conservadoras de la población rural y las liberales urbanas.

La decisión de no participar en la intervención en Libia, después del esfuerzo para llegar al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, ha alimentado dudas sobre la solidaridad alemana con Estados Unidos y sus aliados occidentales. Su grupo parlamentario murmura por el coste de la defensa del euro, sus socios europeos piensan que tardó mucho en asegurar su compromiso para sostenerlo.

La crisis del FDP, socio liberal de la coalición, es existencial. También ha perdido credibilidad, por ventilar en público sus disputas y por seguir a la opinión pública en vez de atreverse a definir la suya a partir de sus principios, tal como solía hacer. Ha reemplazado a su presidente Westerwelle,

poco querido por los medios, por Philipp Rösler, joven, buen orador, conocedor de la política social e integración. No es previsible que recupere votos rápidamente, lo que puede provocar nuevos conflictos en la coalición o entre sus alas europeísta y reticente.

Problemas de personal político

Los partidos sufren una cierta escasez de personal político de primera fila. Jubilados (Roland Koch, Friedrich Merz) o ascendidos fuera de la política diaria (Christian Wulff, Norbert Lammert) los posibles rivales de Merkel, la CDU carece de personalidades con peso aparte de ella. En el SPD solo tienen visibilidad los exministros de la gran coalición: Frank-Walter Steinmeier, Steinbrück, Sigmar Gabriel y Olaf Scholz. El FDP acaba de hacer su última apuesta con un grupo de dirigentes menores de cuarenta años. La Izquierda reemplazó a los (¿demasiado?) brillantes Oskar Lafontaine y Gregor Gysi por dos codirigentes que parecen tocados con la capa de la invisibilidad.

Los medios ven el fracaso de Axel Weber en el Banco Central Europeo y la falta de un candidato para el Fondo Monetario Internacional tras la caída de Dominique Strauss-Kahn, como oportunidades alemanas perdidas por falta de personal. O porque el sistema de reclutamiento político no resulta eficaz. Como respuesta, el presidente del SPD impulsa la idea de establecer primarias abiertas a todos los ciudadanos para elegir a los candidatos a canciller, diputados nacionales, eurodiputados y alcaldes, a partir de la experiencia americana. Si su congreso anual lo aprueba –no sin resistencia de su arquetípica burocracia interna, que perdería un poder esencial– pudiera tener un efecto revolucionario en un partido motejado como “la vieja tía” por sus estructuras lentas, inflexibles y encallecidas: el inicio de uno de nuevo cuño, más abierto, sensible y receptivo, pero también más volátil.

Un muy alemán movimiento de “manos limpias”, que descubrió plagios descarados en su tesis doctoral, hizo caer al democristiano que parecía más prometedor, el exministro de Defensa Guttenberg, en quien el diario *Bild* veía un futuro canciller. La caída de Guttenberg empezó con una recensión de su tesis doctoral en una oscura revista jurídica, que identificaba textos sin cita de sus autores y “se permitía preguntar cortésmente” a la Universidad de Bayreuth y al autor cómo habían podido considerar que cumplía con las normas del doctorado. El ministro desdeñó las acusaciones, y su prestigioso director de tesis le defendió. Pero se revelaron más plagios: de artículos de periódico, páginas de Internet, discursos, informes del

servicio de documentación del Parlamento. Una “plataforma Wiki” de universitarios anónimos descubrió 80 textos largos y citas no atribuidas en dos tercios de las páginas. La universidad emprendió una investigación, el ministro renunció “provisionalmente” al título de doctor. Merkel le defendió: no había contratado, dijo, a un asistente de investigación, sino a un político eficaz. Miles de doctorandos firmaron una carta abierta a la canciller quejándose del “escarnio”; los rectores criticaron que se trivializara el episodio; los liberales, el daño a la imagen alemana como país de investigación; la ministra de Educación reconoció estar avergonzada. *Der Spiegel* le retrató en portada leyendo a unos niños bajo el titular “El cuento de Karl, el honrado”. En las elecciones de Hamburgo, los democristianos sufrieron pérdidas inesperadas. El ministro dimitió.

La prensa especula sobre su regreso en Baviera, para suceder al actual presidente. Hay antecedentes: Franz Josef Strauss tuvo que dimitir como ministro de Defensa, presidió luego Baviera y fue candidato a canciller federal. Pero la caída no responde solo a la tesis, sino a un problema de credibilidad en un personaje con (excesiva) presencia y conciencia mediática, pero más rigor distribuyendo responsabilidades que asumiéndolas. Los medios de comunicaciónn serios no se lo pondrán fácil si alza la bandera populista que le sugería el *Bild*: “¡A la m... el doctorado!”. Tampoco el sistema científico de un país exportador que depende de su ingenio creativo e industrial, y en el que las cuestiones educativas deciden muchas elecciones regionales: en semanas sucesivas han caído por la misma causa la vicepresidenta liberal del Parlamento europeo, Silvana Koch-Mehrin, un segundo eurodiputado liberal y la hija del antiguo presidente bávaro, Edmund Stoiber.

¿Después de Merkel?

¿Ha empezado con la derrota de Baden-Württemberg el “otoño de la matriarca”? Si es así, muy lentamente: aunque cada vez es más frecuente la pregunta sobre lo que quiere conseguir una Merkel a la que se compara con su padrino, Helmut Kohl, la canciller tiene sentido táctico y... no hay alternativa. Su partido empieza a tener tantos problemas que difícilmente puede pensar en resolverlos cambiando de persona. “Seguirá el principio taoísta que también se imputaba a Kohl: “no hay problema que no pueda resolverse mediante la inacción”, explica un analista. Tiene poco margen de maniobra: no puede prescindir de los liberales, que le aseguran la mayoría, para los que no encontraría recambio y que tampoco van a abandonar su última oportu-

nidad para rehacerse. En otoño, Merkel empezó a atacar a Los Verdes, identificándoles como los nuevos rivales. Ahora los ve como socios potenciales. El cambio en la política nuclear es un regalo de aproximación, pero puede quitar viento de las alas a Los Verdes si su gran tema pasa a ser parte del consenso político común.

“¿Cómo es el nuevo mundo feliz verde de Merkel?”, se preguntaba el *Bild*. La nueva agenda política es ciertamente de ese color. El accidente de Fukushima, las manifestaciones antinucleares y la derrota de Baden-Württemberg han impulsado una brusca inversión de la política energética. ¿Prueba este cambio la sensibilidad de Merkel o su pragmatismo? Para sus defensores, responde a una convicción: profesora de Física y antes partidaria de la energía nuclear, la canciller ha cobrado conciencia por el accidente de Fukushima, y sabe que no es posible gobernar contra el criterio de una población

**El momento de la
desconexión nuclear
será en 2022. Alemania
se siente capaz de dar
el salto tecnológico
hacia las renovables**

que se opone a la energía atómica en una proporción de cuatro a uno. La coalición, que había prolongado la vida de las centrales en septiembre de 2010, decretó en marzo una moratoria de tres meses para las más antiguas, ordenó una inspección rigurosa de la seguridad de todas y creó una comisión para tratar sus “implicaciones morales” de un abandono total.

Con el acuerdo de verdes y socialdemócratas, tramita urgentemente las leyes precisas y las aprobará en julio. El momento de la desconexión será en 2022. La energía nuclear, fundamental hoy para mantener la red, será reemplazada inicialmente por centrales de gas y carbón, más contaminantes. El *lobby* nuclear advierte de que el abandono elevará el coste energético, la dependencia de los combustibles fósiles y las emisiones. Quizá sea preciso importar energía de países vecinos con centrales nucleares. Importar carbón –el alemán es ya muy caro de extraer– y gas, construir nuevas centrales térmicas, miles de kilómetros de tendidos de alta tensión, decenas de miles de molinos de viento, parques eólicos en el mar, depósitos de almacenamiento que permitan usar la energía eólica y solar... El coste se estima entre 50.000 y 100.000 millones de euros. La coalición tendrá que hacerlo capeando las tensiones internas previsibles y su minoría en el Bundesrat.

Las comisiones van desggranando sus resultados: la de seguridad ha concluido, ¡oh sorpresa!, que ninguna central nuclear resistiría el impacto de un avión grande –las más antiguas ni siquiera el de uno pequeño– cargado de combustible y que son más seguras las modernas. No es preciso cerrarlas todas de inmediato, concluye el ministro Norbert Röttgen –otro ministro de Medio Ambiente con gran futuro–. En mayo, solo cuatro de las 17 centrales estaban conectadas a la red. Se ha filtrado un borrador del informe de la “comisión ética” (integrada por científicos, ecologistas, representantes de la industria y las eléctricas y hasta el cardenal Marx) que recomienda el abandono total y considera que “hay muchas alternativas a la energía nuclear, todas con menos riesgos”. Alemania se ve capaz de dar el salto tecnológico. Ha bajado el “miedo al progreso” extendido desde los años setenta: hoy prevalecen los optimistas tecnológicos y científicos (42 por cien) frente a los pesimistas (33 por cien).

Los Verdes siguen subiendo: en algunas encuestas rebasan al SPD y se acercan a la CDU. Tras las elecciones de 2013, Merkel intentará aliarse con ellos, pero es dudoso que lo consiga: la mayoría se siente de izquierda y prefieren al SPD, con el que hoy ganan por 15 puntos a democristianos y liberales. Si la economía sigue bien, crecerán las tensiones en la coalición entre los partidarios del rigor y los de rebajar impuestos, entre los europeístas y los que, por convicción o populismo, rezongan por los compromisos europeos. Un buen momento económico puede animar a un cambio político casi tanto como el malestar de una crisis.

Y después de Merkel, ¿quién? ¿Un canciller verde? ¿El democristiano Thomas de Maizière, si la CDU decide que no quiere repetir un declive *à la Kohl*? Quizá Steinbrück, ministro de Hacienda durante la gran coalición, que ganaría a Merkel en una elección directa según las encuestas. Cercano a Helmut Schmidt, llegó al SPD porque admiraba a Willy Brandt, su *Ostpolitik* y su “atreverse a más democracia”. Tiene visión estratégica y económica, prestigio por su gestión de la crisis. Se lleva bien con los dirigentes de su partido que pueden franquearle la candidatura –el hoy popular Steinmeier y el inteligente e infravalorado Gabriel–. Tras la derrota de 2009, Steinbrück se encerró a escribir un libro (él, por sí mismo) que merece la pena leer. Habla y debate bien, es inteligente e irónico, profundo y no muy cauto: tremendamente alemán. Su libro empieza con una cita de Ferdinand Lasalle: “toda gran acción política consiste en explicar lo que pasa, y empieza con ello. Toda mezquindad política consiste en silenciar y disimular lo que pasa”.

La recurrente crisis del euro y las reticencias de Alemania

La insolidaridad de Alemania, secundada por Francia, ante el temor a la indisciplina fiscal de los países periféricos, provoca reiterados ataques al euro que pueden poner en peligro su supervivencia.

José Enrique de Ayala

El hundimiento financiero de Irlanda obligó al gobierno de Dublín a pedir una ayuda por valor de 85.000 millones de euros de la Facilidad Europea de Estabilidad Financiera (FEEF), la mayor parte mediante un préstamo –a siete años y al 5,8 por cien– que fue aprobado por los ministros de Economía y Finanzas de la Unión Europea el 28 de noviembre. A cambio, se exigieron a Irlanda medidas de ajuste muy duras. Este episodio, después del rescate de Grecia en mayo, ha vuelto a poner de manifiesto que la crisis del euro no ha terminado y que probablemente no terminará hasta que la voluntad de los países de la zona euro de caminar hacia una federación económica sea suficientemente clara.

El caso de Irlanda es una demostración flagrante de que no es cierto que las fórmulas neoliberales sean las mejores para evitar una crisis o salir de ella. No había ningún país más liberal económicamente en Europa que Irlanda, ni mercado laboral más desregulado, ni menor intervención del gobierno, ni impuestos más bajos. De hecho, aún conserva su impuesto de sociedades en el 12,5 por cien, aproximadamente la mitad de la media europea, lo que en el seno de la UE no deja de ser un cierto *dumping* fiscal consentido.

Los actores financieros internacionales han atacado a Irlanda –que llegó a tener un déficit público del 32 por cien, inflado por el rescate de unos bancos demasiado grandes– porque en ese momento era el eslabón

José Enrique de Ayala es general de Brigada en la reserva del Ejército de Tierra. Fue jefe de Estado Mayor del Eurocuerpo entre 2001 y 2003. Carta entregada el 20 de diciembre.

más débil de la zona euro, pero no es fácil que se conformen con eso. Para empezar, el asunto de Grecia no está cerrado, pues es muy difícil que Atenas pueda devolver 110.000 millones de euros, de aquí a 2014, con crecimientos negativos significativos (-4,2 por cien este año). Al menos el plazo tendrá que ampliarse.

Los siguientes serían, por este orden, Portugal, España, Italia y Bélgica, si nos atenemos al diferencial de interés que tienen que pagar por su deuda soberana en relación con el bono alemán. Los bancos de Portugal y España están en una situación mucho mejor que los irlandeses, pero el problema no es como están, sino cómo van a estar: cómo se van a desprender de los activos inmobiliarios que han absorbido del mercado y a qué precio. Si no hay reactivación económica, los impagados crecerán, las pérdidas aumentarán, los bancos sufrirán y no estarán en condiciones de impulsar a su vez la economía, en un círculo perverso que conduce al estancamiento. El crecimiento es esencial. Pero, ¿cómo crecer con políticas restrictivas?

Este es el núcleo del problema para los países periféricos y alguno más. Todos ellos, en especial España y Portugal, se han visto obligados ya a hacer sacrificios para contener su déficit y su deuda, convencer a los actores económicos internacionales

de su capacidad de hacer frente a sus obligaciones y no verse arrastrados a la bancarrota por la presión de los mercados. Pero al tomar medidas recesivas –subidas del IVA, supresión de subsidios, recortes en infraestructuras e inversiones públicas– frenan el crecimiento, inducen sus economías a la astenia y en definitiva empeoran las perspectivas de futuro. No crecer, mantener un índice alto de desempleo, es la peor tarjeta de visita en los mercados financieros.

Además, por supuesto, las medidas restrictivas producen sufrimiento en los ciudadanos afectados, que no comprenden qué ha pasado a su alrededor para llegar a esa situación, y pueden derivar en conflictos sociales importantes. Las protestas, en forma de manifestaciones y huelgas, han afectado ya a todos los países periféricos; España, Grecia, Irlanda, Italia, Portugal, pero también a otros como Francia y Reino Unido. Si la situación empeora o no se resuelve en un plazo razonable (uno o dos años) el panorama político en Europa puede ser mucho más inestable y conflictivo.

La solución sería sin duda alcanzar un equilibrio: poder mantener unas políticas que impulsaran el crecimiento, teniendo un margen financiero razonable, aunque la disminución del déficit se retrasara respecto a los plazos inicialmente

previstos (tres por cien en 2013). Para eso hace falta que los actores financieros internacionales otorguen un margen de confianza a las finanzas públicas de los países de la zona euro, lo que no sería tan difícil si trataran con ella en su conjunto, y también que el país más importante, Alemania, estuviera de acuerdo en respaldar esa política, y este no es precisamente el caso.

La canciller alemana, Angela Merkel, ha demostrado que no tiene el menor interés en una política económica más laxa que favorezca la recuperación de los países en dificultades. Por el contrario, quiere que todos los países de la zona euro vuelvan cuanto antes a la disciplina fiscal más estricta, y se mantengan en ella, aun a costa de los efectos desastrosos que supone en estas circunstancias para sus economías productivas. En su reunión con el presidente francés, Nicolas Sarkozy, en Deauville el 8 de octubre, ambos llegaron a un acuerdo para endurecer las sanciones a los Estados miembros que incumplieran el Pacto de Estabilidad y Crecimiento (aunque sin automatismo, por deseo de Sarkozy), sanciones que Merkel deseaba que llegaran a la retirada temporal del voto a los incumplidores. La propuesta decayó por la oposición de la mayoría de los socios y porque, al afectar a los derechos políticos, exigiría una

reforma reforzada de los tratados, cuya aprobación sería casi imposible en estos momentos.

Ambos trataron bilateralmente las características de un mecanismo permanente de gestión de crisis financieras –rescate– que sustituirá a la FEEF en 2013, mientras en Luxemburgo se reunía al mismo tiempo el grupo ad hoc –bajo la dirección del presidente del Consejo Europeo, Herman van Rompuy– para debatir, entre otros, el mismo asunto. Sarkozy secundó la propuesta de Merkel de que las ayudas europeas impliquen reestructuración de la deuda, en la que naturalmente habría “quitas” para los inversores privados, es decir bancos o fondos de inversión. Aunque esta propuesta es justa, mantiene –o incrementa– la división entre deuda buena y deuda mala en la zona euro, y aumenta la vulnerabilidad de los países periféricos, como demostró la inmediata reacción de los mercados financieros. Después, en las discusiones del Consejo Europeo, el asunto de la participación privada quedaría en una posibilidad, que se estudiará caso por caso, según la gravedad de la situación.

Merkel también se ha negado a aumentar el fondo de la FEEF o a flexibilizar su utilización para que soporte parcialmente la deuda de un país antes de que se haya de emplear masivamente para rescatarlo. La

canciller no quiere oír hablar de nada que pueda dar un respiro a los países más rezagados en sus medidas de ajuste. Es cierto que un aumento del fondo haría pensar a los actores financieros que un país grande, como España, está a punto de caer, y eso empeoraría las cosas. También, que es difícil que la FEEF compre deuda, cuando se financia ella misma en su mayor parte emitiéndola.

Eso es algo que ya está haciendo, desde mayo, el Banco Central Europeo (BCE) que ha adquirido desde entonces unos 70.000 millones de euros en el mercado secundario de bonos, sobre todo de Irlanda y Portugal (la Reserva Federal ha anunciado 600.000 millones de dólares para comprar deuda de EE UU y no descarta ampliarlos). En su reunión del 2 de diciembre, el BCE acordó mantener la liquidez bancaria abierta hasta abril de 2011 (una excelente noticia), y continuar la compra de bonos. El BCE amplió su capital de 5.760 a 10.760 millones de euros, y está asumiendo un papel importante en la estabilidad del euro, pero no puede ser la solución porque sus estatutos –heredados del Bundesbank– no se lo permiten y es más que difícil que Merkel acepte que se convierta en una Reserva Federal europea, con responsabilidad en la estabilidad financiera común.

Una solución que se aproxima a esta idea –sin tocar el BCE– y

probablemente sería muy eficaz, es la propuesta por el presidente del Eurogrupo, Jean-Claude Juncker –uno de los pocos grandes europeístas que aún quedan– y por otras personalidades europeas como Giulio Tremonti y Guy Verhofstadt, de emitir parte de la deuda soberana de los Estados miembros en eurobonos; es decir, obligaciones garantizadas por el conjunto de la UE, mediante la creación de una agencia europea de deuda. Las emisiones cubrirían una parte de la deuda de los Estados miembros, hasta un 40 por cien de su PIB por ejemplo, y el resto sería endeudamiento nacional, probablemente más caro.

En realidad los eurobonos ya existen. Los 60.000 millones de euros que la Comisión aporta al fondo de rescate se obtienen por emisión de obligaciones garantizadas por los presupuestos comunitarios. Pero ahora se trataría de comunitarizar parte de la deuda de los Estados miembros y eso es un salto cualitativo que en opinión de algunos no encaja en los tratados actuales. Es cierto que emitir deuda común sin tener una autoridad única ni una política fiscal armonizada, es técnicamente complicado. Pero a veces situaciones arriesgadas exigen soluciones valientes. El mero hecho de la existencia de deuda europea daría un carácter definitivamente irreversible al euro y acabaría con los

movimientos especulativos. Su dinámica arrastraría a otras reformas, la agencia europea de deuda se convertiría en un tesoro europeo, y la federalización, al menos en ese campo, sería un hecho en un plazo más o menos largo.

La contrapartida es que algunos países que pagan ahora muy poco por su financiación pública y privada –como Alemania– verían sin duda subir su coste y, naturalmente, siempre hay posibilidad de que un país entre en *default* y los demás tengan que hacerse cargo de su parte de la deuda, aunque la solidez financiera que resultaría de este sistema lo hiciera improbable. Pero sobre todo, este sería un paso definitivo en el camino de la integración económica y Merkel se ha negado a darlo, al menos por ahora, secundada también por Sarkozy en su reunión bilateral de Friburgo el 10 de diciembre, donde prepararon de nuevo una posición común para la reunión del Consejo Europeo de diciembre.

El Consejo Europeo del 16 de diciembre no discutió, en consecuencia, la creación de eurobonos, ni el aumento de la FEEF o su flexibilización, pero aprobó el Mecanismo Europeo de Estabilidad, cuyos detalles se aprobarán en marzo, que sustituirá a la FEEF en 2013. Para ello, se llegó al acuerdo de modificar los tratados, pues Alemania lo requería

para no tener problemas con su Tribunal Constitucional. El Consejo aprobó la mínima reforma necesaria, un nuevo párrafo añadido al artículo 136 del Tratado de Funcionamiento de la UE, que permite que los países de la zona euro creen un mecanismo para garantizar la estabilidad de la moneda común, que será activado si fuera “indispensable” para el conjunto, especificando que la concesión de ayudas económicas, “estará sujeta a estrictas condiciones”, lo que no excluye evidentemente ninguna, ni siquiera la reestructuración de la deuda con quitas para los acreedores. La reforma del tratado entrará en vigor en enero de 2013 tras un proceso de ratificaciones nacionales que se presumen sencillas (sin referendos), pero que pueden dar algún problema en parlamentos nacionales inestables o ser todavía objeto de negociación con alguno de los Veintisiete.

Merkel quiere hacer lo mínimo necesario para que el euro no corra peligro, y ni un paso más. Su posición es, sin duda, sensible a una opinión pública alemana mayoritariamente contraria a los rescates de países que consideran incumplidores o poco fiables. Se está creando un sentimiento antieuropeo en Alemania, lo que es una irresponsabilidad mayúscula en términos históricos, políticos y económicos, que se puede volver en su contra, pero no parece que

muchos políticos estén dispuestos a renunciar a un poco de popularidad a cambio de explicar a sus ciudadanos hasta qué punto la existencia de la UE –y del euro– es beneficiosa para Alemania. Aunque siempre hay excepciones –al menos en lo que se refiere a comunicación pública– como Wolfgang Schäuble, ministro de Finanzas y peso pesado de la democracia cristiana, que ha declarado reiteradamente la voluntad alemana de defender el euro y la falta de una alternativa sensata.

Los alemanes han sufrido muchos recortes en sus condiciones sociales y laborales, que comenzaron ya con la Agenda 2010 del anterior canciller Gerhard Schröder. Congelación de salarios, liberalización del mercado de trabajo, recortes en las prestaciones sociales, trabajo a tiempo parcial, aumento de la edad de jubilación, subida de cotizaciones para la prestación sanitaria. Merkel ha lanzado un plan para ahorrar 80.000 millones de euros en cuatro años, lo que puede ser considerado como un ejemplo de austeridad, pero que para la mayoría de los socios europeos es una muestra más de insolidaridad, pues frena el consumo del país que menos problemas económicos tiene, con repercusiones negativas para los demás.

La popularidad del gobierno de coalición –de los partidos hermanos Unión Demócrata Cristiana (CDU) y

Unión Social Cristiana (CSU), con los liberales (FDP)– ha caído en picado desde las elecciones de septiembre de 2009 hasta el punto de que, según las encuestas, si hubiera elecciones en estos momentos los liberales no estarían representados en la Cámara Baja (Bundestag), donde ocupan ahora 93 escaños. Después de perder en mayo el gobierno del *land* de Renania del Norte-Westfalia, la CDU se enfrenta este año a elecciones en otros seis, la primera –en marzo– en Baden-Wurtemberg, un *land* en el que este partido lleva gobernando desde que la República Federal existe. Esta continua presión electoral no es el clima más indicado para tomar decisiones que pueden no ser comprendidas por los electores.

En cualquier caso, no se trata solo de un problema de política interna. La crisis no le está yendo tan mal a Alemania, que había crecido en el conjunto de los últimos 10 años un 8,68 por cien (frente al 22,43 por cien de España, por ejemplo), y solo en 2010 ha crecido el cuatro por cien. La tasa de desempleo baja en picado (7,2 por cien) y se acerca al pleno empleo. Las exportaciones crecieron en el último año un 16 por cien y comienza un tímido repunte de la demanda interna. Esta situación de privilegio en la Europa actual se debe fundamentalmente a tres factores: el éxito de las reformas emprendidas, la apertura de nuevos mercados en Asia

—sobre todo en China— y la existencia de una cultura empresarial y laboral —orientada a la responsabilidad social— así como una tendencia a la austeridad, cualidades que es más difícil encontrar en los países del sur, donde la productividad —el factor determinante— es mucho menor. Es comprensible que el ciudadano medio alemán se oponga a compartir lo conseguido con otros países donde los impuestos son más bajos o la vida laboral más corta.

Pero también es verdad que Alemania se ha beneficiado de la imposibilidad de devaluar de los otros 15 países de la zona euro, a los que dirige la mayor parte de sus exportaciones. Asimismo, la financiación exterior alemana se ha visto beneficiada, hasta ahora, por la debilidad de los demás. Sin el euro Alemania no sería hoy lo que es y si el euro desapareciera, el país también sufriría. En cualquier caso, si se trata de medirlo solo en términos de beneficio económico para cada miembro, una construcción política como la UE no tiene futuro. La consolidación de un espacio pacífico, próspero, democrático, de tamaño suficientemente grande como para garantizar el interés común —en el interior y en el exterior— es una tarea que va mucho más allá de una coyuntura económica. En la UE, la solidaridad es la supervivencia. También para Alemania.

Con todo, la principal motivación de la reticencia de Merkel parece ser su falta de confianza en los países periféricos. Rechaza y rechazará cualquier medida que pueda ser interpretada por otros socios como una carta blanca para seguir con prácticas poco ortodoxas, confiando en que después siempre estará Alemania para rescatarlos. Este es el verdadero problema. Berlín cree que si ahora comunitariza su economía, o al menos sus finanzas, habrá países que se limitarían a aprovechar esa situación sin hacer sus deberes. Prefiere que la crisis limpie la economía de los Estados miembros más débiles, a costa del sacrificio de su población, a compartir el mismo destino.

Frau Nein (“la señora No”) está manejando la crisis del euro de una forma tan prudente que empieza a ser arriesgada. Es probable que la crisis del euro se reactive, en Portugal por ejemplo, cuyo rescate no supondría un grave problema para la FEEF. Pero si se trata de un país grande como España o Italia el terremoto puede ser importante y el euro —también el alemán— estaría en peligro cierto. Avanzar en el gobierno económico común, quizá con algunos sacrificios por parte de todos, es imprescindible, y retrasarlo no mejorará en absoluto la situación.

De nuevo, Angela Merkel

Jochen Thies

Las elecciones de septiembre han dado a Merkel el socio deseado para su gobierno. También han mostrado que 20 años después de la caída del muro de Berlín, Alemania sigue dividida de modo invisible y el sentimiento de felicidad de los primeros años noventa se ha evaporado.

El resultado de las elecciones alemanas ha sorprendido a la mayoría de los analistas. Se daba por hecho que sería necesario continuar con la Gran Coalición CDU/CSU y SPD, porque los alemanes parecían estar en una situación muy parecida a la de cuatro años atrás, divididos entre la voluntad de acometer reformas y el valor para asumir riesgos, por un lado, y el miedo a perder el puesto de trabajo y el deseo de seguridad, por otro. Pero los hechos han seguido un rumbo diferente.

Es evidente que los alemanes querían un cambio hacia el centro y en ningún caso un giro hacia la derecha. La CDU (Unión Cristianodemócrata) ha experimentado una ligera pérdida de votos. Pero como los liberales han logrado un resultado excepcionalmente bueno, Angela Merkel puede seguir rigiendo los destinos de la política alemana dentro de una nueva coalición. Con cuatro años de retraso, por fin tiene el socio deseado. En este contexto de crisis económica, enorme endeudamiento del Estado y desafíos internacionales, muy pronto quedará claro si esta pareja funciona. Si la CDU/CSU y el FDP (Partido Liberal) logran hacer frente a la crisis, generar una expansión económica y crear nuevos puestos de trabajo, la coalición liberal-conservadora o negra-amarilla, como se la llama en televisión, podrá gobernar largo tiempo.

La CDU/CSU obtuvo el 33,8 por cien de los votos, el resultado más flojo de toda la historia de la República Federal. Hace cuatro años llegó a un 35,2 por cien, lo que permitió a Merkel acceder por los pelos a la cancillería. Esta vez no ha sido objeto de crítica alguna. Muchos analistas piensan que la CDU ha logrado ese resultado gracias a la simpatía personal que despierta la

Jochen Thies es director del área internacional de la DeutschlandRadio de Berlín.

canciller. Como su partido hermano bávaro, la CSU (Unión Social-Cristiana), ha quedado en muy mala posición, necesitaba que los liberales obtuvieran un buen resultado. Y lo han conseguido, guiados por su presidente, Guido Westerwelle, un hábil abogado de 47 años natural de Renania. Se han superado a sí mismos pasando de un 9,8 a un 14,6 por cien, el mejor resultado del FDP en toda la historia de la República Federal.

La peculiaridad de la ley electoral alemana ha hecho que luego las dos formaciones políticas dispongan de una clara mayoría de escaños en el Parlamento, a pesar de que en las elecciones habían conseguido en total un 48,4 por cien de los votos. Porque los alemanes tienen dos votos: con el primero elige un candidato, con el segundo un partido. El segundo decide el número de escaños en el Parlamento. Ahora bien, si un partido consigue muchos escaños directos, como ha ocurrido con la CDU, sobre todo en Baden-Württemberg, se produce lo que se conoce como escaños excedentarios. Por tanto, el nuevo Parlamento tendrá en total 622 escaños: 332 de ellos corresponderán a la CDU/CSU y al FDP, lo que supone una ventaja de 42 escaños frente a la oposición.

Es evidente que muchos votantes de la CDU han dado su segundo voto al FDP, por ejemplo en Baden-Württemberg. La sorpresa es aún mayor si tenemos en cuenta que los liberales han defendido la reducción de la protección frente al despido, las bajadas de impuestos y la simplificación del derecho fiscal. Incluso antes de la irrupción de la crisis económica a mediados de septiembre de 2008, la opinión pública alemana consideraba que esta vía era una opción extrema. Por eso durante la campaña se atacó a los liberales tildándolos de radicales en materia económica. Pero el resultado ha puesto de manifiesto que una parte importante de la población confía en un partido que ha sido durante décadas el socio menor de la CDU y, más tarde, del SPD, y que está considerado como el partido constitucional del país.

Hay curiosidad por ver cómo se afirmará en el poder el FDP después de 11 años en la oposición. Westerwelle está considerado como el político eternamente joven que, si bien ha conseguido neutralizar a todos sus competidores dentro del partido, ha sido considerado un peso ligero en política a pesar de sus grandes dotes retóricas. Westerwelle será ahora ministro de Asuntos Exteriores. Su primera salida a escena ante la Sociedad Alemana de Política Exterior, en la primavera de 2009, fue floja. Hans-Dietrich Genscher, su mentor político y ministro de Exteriores durante casi dos décadas, ha estado a su lado durante toda la campaña. En sus discursos, Westerwelle tomaba prestadas llamativas ideas de Genscher, como exigir la retirada de las armas nucleares estadounidenses de la República Federal, lo que hizo fruncir el ceño en Washington. Es de sobra conocida la antipatía de Westerwelle por el análisis de actas y la lectura de expedientes, lo que tendrá que cambiar a partir de ahora. Pero puede fiarse de la competencia de un gran aparato. Aunque lo cierto es que desde los años de Joschka



GETTY IMAGES

Guido Westerwelle (FDP), Angela Merkel (CDU) y Horst Seehofer (CSU) durante las negociaciones para la nueva coalición (Berlín, 14 de octubre de 2009)

Fischer y Frank-Walter Steinmeier, el ministerio de Asuntos Exteriores quedó atrapado en la dinámica de la política de partido, después de haber sido durante décadas una institución independiente, aunque, ciertamente, de cuño conservador.

Emigración desde la izquierda

Las elecciones del 27 de septiembre han tenido un resultado catastrófico para el SPD, que ha conseguido un 23 por cien de los votos, el peor resultado cosechado por el más antiguo de los partidos alemanes. Ha perdido un 11,2 por cien respecto a las últimas elecciones. Sus votantes tradicionales han emigrado en todas direcciones; se han quedado en casa; se han pasado a la CDU/CSU, al FDP y, sobre todo, al Partido de la Izquierda.

Aunque el SPD tenía un muy buen candidato en la persona de Steinmeier, un tranquilo westfaliano jefe de la cancillería con Gerhard Schröder, el partido de Willy Brandt y Helmut Schmidt no se ha visto recompensado por su trabajo de gobierno en la Gran Coalición.

La tragedia del SPD consiste en que en la época del anterior gobierno rojiverde impulsó cambios de peso, sobre todo en el ámbito de la política

social, que el votante tradicional del SPD todavía no ha aceptado. Las clases medias son las más afectadas por las reformas de los últimos años. La situación es muy distinta para las clases más bajas, que han experimentado un fuerte crecimiento como resultado de la inmigración masiva. Como la protección mínima sigue siendo buena en comparación con otros países (una familia de seis miembros puede cobrar 2.500 euros al mes en subvenciones procedentes de diversos fondos estatales), el incentivo para buscar trabajo no es suficientemente fuerte. La consecuencia es que cientos de miles, si no millones, de alemanes prefieren cobrar ayudas sociales o trabajar en negro.

Estrechamente ligado a este asunto, está la inmigración. A Alemania está llegando un gran número de inmigrantes sin suficiente cualificación atraídos por las altas ayudas sociales del país. Cada vez se hace más patente que gran parte de estos inmigrantes, sobre todo árabes, pero también turcos, que con más de dos millones de personas son el colectivo inmigrante más grande del país, no están dispuestos a integrarse en la sociedad alemana. Alemania sigue marcada por una ética del trabajo relativamente elevada, de cuño protestante, y la mayoría de la población opta por el trabajo remunerado.

Por otra parte, en los tiempos de la Gran Coalición se aumentó la edad de jubilación de los 65 a los 67 años por iniciativa del SPD, aunque uno puede dejar de trabajar antes y muchas personas que llevan a cabo trabajos físicos especialmente duros se ven obligadas a hacerlo. La consecuencia de esto son adelantos de las pensiones que al final acarrearán pobreza en la tercera edad.

Todas estas preocupaciones han castigado al SPD en las elecciones de septiembre. En comparación, la CDU no ha salido trasquilada. Merkel se ha beneficiado de las medidas de política social lanzadas por el anterior gobierno rojiverde, que han producido un considerable auge económico del que no ha sacado provecho el SPD. Ahora, en medio de la crisis económica mundial, es de temer que los socialdemócratas se distancien de una política que han defendido hasta este momento muy a pesar suyo.

Todo esto explica el gran cambio de personal en la cúspide del partido justo después de las elecciones. Únicamente Steinmeier, al que dentro del SPD se responsabiliza de los giros decisivos en materia de política social, ha conseguido mantenerse de momento. Pero no ha logrado aunar en su persona la presidencia del SPD y la dirección del partido en el Parlamento. Por lo demás, han perdido sus cargos el hasta ahora presidente del partido, Franz Müntefering, el secretario general, Hubertus Heil, así como varios presidentes regionales. El ministro de Hacienda, Peer Steinbrück, un experto con gran prestigio internacional, con una presencia y una retórica que recuerdan a Schmidt, ha renunciado a todos los cargos del partido. Habrá que ver cómo funciona el triunvirato del SPD

compuesto por Sigmar Gabriel, designado presidente del partido y hasta ahora ministro de Medio Ambiente, Steinmeier y Andrea Nahles, del ala izquierda, ahora secretaria general.

De la debilidad del SPD saca provecho el Partido de la Izquierda, una agrupación que engloba a comunistas de la Alemania del Este en la estela del SED e izquierdistas apátridas de Alemania occidental, seguidores del movimiento por la paz, descontentos con el SPD y miembros de los sindicatos. El Partido de la Izquierda ha conseguido el 11,9 por cien de los votos y de momento ha logrado afianzarse en el panorama político. A ello han contribuido también las ayudas financieras que reciben todos los partidos en Alemania cuando logran superar un determinado porcentaje de votos en las elecciones al Parlamento o en las regionales. Entre los líderes del Partido de la Izquierda, que sumó puntos en las últimas elecciones con lemas populistas, están dos intelectuales de Alemania del Este: Gregor Gysi y Lothar Bisky, además de Oskar Lafontaine, que hasta hace pocos años era presidente del SPD y fue ministro de Hacienda del gobierno de Schröder. Es evidente que entre él y sus antiguos socialdemócratas existe una enemistad que sólo se disipará cuando surjan nuevos compañeros de juego. Pero como eso ya ha ocurrido en el SPD, las acciones de Lafontaine podrían cotizarse al alza en el contexto de un acercamiento entre el SPD y el Partido de la Izquierda. Ahora bien, las tres personalidades dominantes de este partido están a punto de alcanzar la edad de la jubilación o ya lo han hecho, y surge el interrogante de quién vendrá después de ellos y si el partido de la protesta podrá mantenerse al nivel actual.

Aunque irrelevante de cara al resultado general de las elecciones, los Verdes han obtenido un buen porcentaje de votos. También se han beneficiado de la debilidad del SPD y han alcanzado un 10,7 por cien. El resultado hacía imposible pensar en una alianza entre el SPD, el Partido de la Izquierda y los Verdes; el triunfo era para las filas burguesas. A lo que hay que sumar la incapacidad o la aversión que han mostrado los Verdes durante los últimos años a la hora de concertar alianzas con la derecha. Sólo existe una coalición de este partido ecologista con la CDU/CSU en Hamburgo.

La conclusión de las elecciones es que las filas burguesas han conseguido una mayoría sorprendentemente clara. Pero también ha proseguido el proceso de derretimiento de los grandes partidos, que llegaron a aglutinar más del 90 por cien de los votos. En estos momentos la CDU/CSU y el SPD sólo reúnen el 56 por cien de los votos. Además, el futuro de uno de los dos

*Las elecciones
han mostrado
el proceso de
'derretimiento'
de los grandes
partidos alemanes*

grandes partidos, el SPD, es incierto. No obstante, sigue estando en el centro de la vida política porque es el único que puede formar coalición con cualquier otro y de su comportamiento dependerá en buena medida la estabilidad política de Alemania.

Las escisiones de las últimas décadas han sido trágicas para el SPD. Primero, el surgimiento de los Verdes como consecuencia del debate sobre rearme cuando Schmidt era canciller, y ahora la irrupción del Partido de la Izquierda, en cierto modo como resultado de los acontecimientos de 1989. Si el SPD hubiera retenido a estos grupos podría sumar ahora a su modesto 23% el casi 12% del Partido de la Izquierda y más del 10% de los Verdes. En lugar de eso, la República tiene ahora un sistema de cinco partidos, después de décadas de un sistema tripartito en el que el FDP ha sido el fiel de la balanza y ha decidido de cuál de los dos grandes partidos salía el canciller. La victoria electoral de Merkel oculta el hecho de que a partir de ahora va a ser más difícil gobernar en Alemania. Sólo si la CDU/CSU y el FDP tienen éxito, se podrá evitar un giro del país hacia la izquierda.

La división después del Muro

Veinte años después de la caída del muro de Berlín, Alemania sigue estando dividida de manera invisible. Probablemente tendrá que pasar todavía una generación más hasta que el país se unifique realmente. Si analizamos el mapa electoral vemos que la totalidad del sur y el suroeste del país pertenecen a la CDU/CSU. Lo mismo puede decirse de Sajonia, Turingia, gran parte de la cuenca del Ruhr y la totalidad del norte. El SPD sigue teniendo fuerza en los antiguos centros mineros de la cuenca del Ruhr; en el sur sólo ha conseguido un escaño directo en la ciudad universitaria de Friburgo y algunos más en el Palatinado. A esto hay que añadir los antiguos baluartes del norte de Hesse, el sur de la Baja Sajonia, la Frisia Oriental, las ciudades portuarias de Bremen, Hamburgo y Kiel, así como Brandemburgo. El Partido de la Izquierda tiene fuerte presencia en el Este, y ha conseguido en total 16 escaños directos; los Verdes sólo uno en Berlín.

Las transferencias de prestaciones que ha hecho la RFA al Este merecen respeto. Han supuesto un enorme esfuerzo aceptado sin protestas por la población. Casi nadie quiere ver el Muro en pie. Pero el sentimiento de felicidad de principios de la década de los noventa se ha evaporado. El ánimo ha decaído. Ciertamente, el este del país ha hecho grandes progresos. Se han restaurado los centros de las ciudades, se han reparado las infraestructuras, se han creado carreteras y autopistas, el turismo florece en la costa del Báltico y en la región de Mecklemburgo-Antepomerania, y Dresde irradia un nuevo esplendor. Pero son sólo apariencias.

En el interior del país tienen lugar otros procesos. Prosigue la emigración interna del Este al Oeste. Primero se van las mujeres jóvenes. Los hombres jóvenes se quedan, ahogan su frustración en alcohol, algunos provocan públicamente utilizando simbología nazi prohibida. También se quedan los ancianos y los destinatarios de las prestaciones procedentes del Oeste. Como consecuencia, las pequeñas ciudades de Alemania Oriental ofrecen un espectáculo desolador, sobre todo al caer la noche. Los pequeños restaurantes, si es que los había, han cerrado. Sólo se detecta cierta actividad en el gimnasio local. No hay lugares donde los jóvenes puedan reunirse. La gente se limita a sacar películas del videoclub y cervezas del supermercado. El paro oscila entre el 20 y el 30 por cien. Desde la reunificación, las capitales de distrito de tamaño medio han perdido un tercio de su población. Los pastores predicán en iglesias vacías. La antigua fiesta de ingreso de los adolescentes en la sociedad socialista sigue siendo una celebración popular. Además, entre los alemanes del Este cunde una especie de autoafirmación bajo el lema “Después del cambio de 1989-90, ya no necesitamos las importaciones de Occidente. También lo podemos conseguir solos”.

Berlín, centro de las contradicciones

En cierto modo, tras unos primeros años de convivencia, los alemanes del este y del oeste vuelven a separarse, algo que se hace extremadamente patente en Berlín. Allí se celebró hace un año un plebiscito sobre el famoso aeropuerto urbano de Tempelhof, símbolo del puente aéreo berlinés. La pregunta era si se debía seguir utilizando como aeropuerto o debía destinarse a otros fines. Con ella también se ponían sobre la mesa aspectos político-culturales de este imponente edificio de los años treinta. Y también se planteaban las perspectivas de futuro de una ciudad en la que no acaba de producirse el gran despegue económico esperado, aunque puede llegar en cualquier momento. Al final, el Oeste de la ciudad votó por la conservación del aeropuerto, mientras que el Este lo hizo en contra. El SPD y el Partido de la Izquierda hicieron campaña con el lema, “Yo no vuelo, así que ¿por qué tendría que respaldar Tempelhof?”. El voto del Este fue decisivo para el cierre del aeropuerto, la envidia del resto de las metrópolis europeas. En octubre de 2008 despegó el último avión de sus pistas. Por el momento, no se avista una alternativa urbanística, ningún aprovechamiento razonable de este aeropuerto que entre 1948 y 1949 salvó a la zona occidental de la ciudad.

En cierto modo, el este rehúsa adentrarse en la historia alemana mientras que el oeste reconoce por completo acontecimientos históricos que han tenido lugar al otro lado, como el levantamiento del 17 de junio de 1953, y los considera historia común. Algo parecido ocurrió en 2008, con

ocasión de la celebración de otro plebiscito sobre la posibilidad de ofrecer clases de religión como alternativa a las clases de ética en los colegios públicos. En este caso, también fueron decisivos los votos de los berlineses del Este que impidieron la introducción de la clase de religión en un sector de la ciudad de marcado cuño ateo. Y, finalmente, la reconstrucción del Palacio de Berlín, en el centro de la capital, tampoco hace avances reales. Los berlineses del Este siguen lamentando la demolición del Palacio de la República, un seudoparlamento combinado con una zona de esparcimiento materializada en una sucesión de restaurantes y salas de baile. Un arquitecto italiano ganó el concurso público, pero hace poco tuvo que paralizar provisionalmente su trabajo debido a las deficiencias jurídicas detectadas en el procedimiento de licitación. La opinión pública

berlinesa se muestra indiferente. Alemania es un país federado. Tiene poca experiencia con una gran capital, en buena medida también porque su historia como nación verdaderamente democrática es comparativamente breve.

*Alemania es un
país federado,
tiene poca
experiencia con
una gran capital
como Berlín*

Por desgracia, la lucha de clases también corroe el centro de la ciudad. Como consecuencia de la modernización de un gran número de edificios, se ha producido un gran cambio estructural de la población. Los antiguos izquierdistas y militantes del 68 rechazan esta tendencia. En los últimos dos años se han quemado varios cientos de coches, sobre todo de marcas caras como

Mercedes, Audi o Porsche. La policía berlinesa se siente impotente.

Sin embargo, la capital tiene buena aceptación tanto a nivel nacional como internacional. El número de visitantes nacionales y extranjeros, y la llegada constante de gente joven y creativa de todos los rincones del país y del resto de Europa lo dejan claro. Editoriales, productoras de televisión, agencias y galerías de arte se han trasladado a Berlín. Hamburgo, Francfort, Múnich y Renania están preocupadas, tal vez con razón. No paran de surgir nuevos hoteles y edificios comerciales. Por vez primera desde la reunificación, Berlín ha registrado un ligero aumento de población. Pero Madrid era más o menos igual de grande que Berlín cuando cayó el Muro y le ha tomado la delantera demográfica desde entonces. Berlín tardará mucho en alcanzar los cinco millones de habitantes previstos, aunque es y seguirá siendo la más grande de las ciudades europeas entre París y Moscú, y dentro de dos años tendrá por fin un gran aeropuerto internacional. Un proyecto de este tipo es una máquina de generar empleo en una ciudad que, como consecuencia de la guerra fría, es sede de muy pocos consorcios; en realidad sólo tiene aquí su central un gran consorcio farmacéutico.

Política exterior de la nueva coalición

Mientras que el rumbo de la política interior y económica de la nueva coalición integrada por CDU/CSU y FDP está sujeto a múltiples imponderables, la política exterior y de seguridad alemana presenta unos contornos bastante más definidos. Tanto los socios europeos de la República Federal como Estados Unidos cuentan con un compañero de juego que, en líneas generales, va a continuar la política seguida hasta ahora, aunque Alemania va a desempeñar un papel más intenso y activo incluso en el terreno militar. Pero no va a convertirse a corto plazo en el epicentro de poder europeo que algunos conjeturaban a raíz de la reunificación.

La relativa pasividad de la política exterior y de seguridad alemana, sobre todo durante los dos últimos años, ha estado muy vinculada al hecho de que Merkel debía contar con los socios de la coalición. Cada vez era más difícil conseguir la aprobación del SPD y de su grupo parlamentario para la misión del ejército en Afganistán o para la intervención de la marina contra los piratas en el Cuerno de África. Desde que Schmidt abandonara la política hace ya un cuarto de siglo, el SPD prácticamente no ha vuelto a tener expertos en política exterior con una visión amplia y completa del mundo. Eso ha hecho que la corriente pacifista básica existente dentro del partido se haya intensificado en detrimento de la relevancia de la política de poder o del papel de lo militar en el sistema internacional.

En semejantes circunstancias, Steinmeier, primer ministro de Exteriores del SPD desde los días de Willy Brandt, tampoco pasará a la historia como figura destacada al frente del ministerio. Ha desempeñado su cargo correctamente. Ha viajado mucho. Ha tratado de marcar la pauta aquí y allá, como hizo en vísperas de la guerra entre Rusia y Georgia el verano de 2008. Pero en el Berlín político, nadie sabe qué posiciones defendía. Por lo demás, EE UU ha dejado patente la gran desconfianza que siente hacia Steinmeier porque, como jefe de la cancillería en el gobierno de Schröder, se le consideraba corresponsable de la política alemana en la cuestión iraquí y del rumbo crítico adoptado frente a George W. Bush.

La habilidad de Merkel

Muy distinta ha sido Merkel, que ha reparado la relación transatlántica, deteriorada a nivel personal bajo el mandato de su predecesor. Sin embargo, las esperanzas de Washington de que Berlín se implicara más en Afganistán y quizá también en otros puntos críticos del mundo no se han hecho realidad. La canciller prefirió adoptar una postura discreta en política exterior fundamentalmente a causa del SPD y de las votaciones necesarias en el Parlamento en caso de conflicto militar, y también para no

poner en peligro la Gran Coalición. En sus cuatro años en el cargo, Merkel sólo ha estado dos veces en Afganistán durante unas pocas horas. Más tarde, la crisis financiera mundial evidenció la existencia de claros problemas de coordinación entre alemanes y estadounidenses, pero también dentro de la UE. Los británicos y los franceses no estaban de acuerdo con la discreción de los alemanes.

Por otra parte, Alemania ha defendido con más fuerza que nunca sus propios intereses. Y eso tuvo mucho que ver con la actitud y la forma de actuar de Merkel, a la que hay que considerar como una personalidad relevante en el contexto de la política exterior. Ha demostrado su capacidad en este terreno desde el primer momento. La política exterior alemana ha madurado, como subrayan también las reacciones internacionales a su reelección. Los estadounidenses la aprecian, los gobiernos francés y británico la respetan. No obstante, la relación personal entre Merkel y Nicolas Sarkozy no es demasiado buena. El presidente francés tiene una actitud distante frente a Alemania debido a su historia familiar. Su abuelo procedía de la comunidad judía de la ciudad griega de Tesalónica, exterminada por los alemanes en la Segunda Guerra mundial. Sarkozy visita con llamativa frecuencia lugares simbólicos de la Resistencia o pronuncia discursos sobre esa temática que aún sigue inquietando a la Francia política. Por su parte, Merkel, alemana del Este, entiende muy poco al país vecino y no comprende demasiado bien las prioridades de franceses y mediterráneos.

Las relaciones hispano-germanas también podrían ser mejores y más profundas a pesar de las simpatías recíprocas. Pero, en cierto modo, desde la salida de José María Aznar de la jefatura del gobierno, España ha quedado fuera del campo visual de la política y la opinión pública alemanas. En nuestro país se sigue con gran preocupación la crisis económica española, de la que la prensa alemana informa de manera amplia y veraz, porque muchos alemanes se ven afectados directamente, como veraneantes y como propietarios de bienes inmuebles en la península y Baleares.

Mientras que en Occidente Merkel tiene que luchar aquí y allá para ganar simpatías, en el este es diferente. Gusta a los polacos, cuyo idioma domina, igual que a los húngaros, a los que volvió a agradecer este verano *in situ* el papel que Budapest desempeñó en el camino de la reunificación con la apertura del Telón de Acero en el verano de 1989. Los rusos también mantienen una buena relación con ella, a pesar de que no ha seguido la línea de lisonjero acercamiento de Schröder, que en una ocasión calificó a Vladimir Putin de “demócrata intachable”. Hace poco Schröder acudió con su mujer a una fiesta del embajador ruso en Berlín, precisamente en la semana en que se cumplían 70 años del reparto de Polonia entre Hitler y Stalin. Por lo demás, Schröder trabaja en estos momentos como consejero para el proyecto de gasoducto del Báltico de los rusos, y su antiguo ministro de Exteriores, Joschka Fischer, como representante de los intereses de los

turcos en el gasoducto entre el mar Caspio y Europa. En Berlín más de un observador no sale de su asombro. En lo que respecta a ex cancilleres, ex ministros de Exteriores y similares personalidades políticas, la República Federal ha seguido hasta hace poco la respetable tradición del estadista de edad; es decir, del hombre de un dólar.

Por lo que respecta a la política exterior alemana del gobierno Merkel-Westerwelle, de lo que se trata ahora es de despertar rápidamente del sueño táctico antes descrito por dos motivos: uno, por la administración Bush, que en Alemania era extremadamente impopular; y dos, por la situación imperante en la Gran Coalición. Pero no va a resultar fácil reorientar a la opinión pública alemana hacia una política europea más activa y una mayor participación de Alemania en las estrategias pacificadoras bajo el auspicio de las Naciones Unidas. La guerra de Afganistán es muy impopular en la República Federal. Una clara mayoría tiende a pensar que lo mejor sería retirar a los soldados a corto plazo. Curiosamente, el Partido de la Izquierda, que ha defendido este objetivo, no ha sido capaz de sacar provecho al asunto durante la campaña electoral.

Una Alemania más activa en Europa

En cuanto a la UE, cabe decir que, en conjunto, persiste el legado de Kohl en materia de política exterior: amistad con EE UU, una estrecha relación con Francia, y fidelidad a la OTAN y a la Unión. Merkel apoya esta línea. Pero seguro que ni a ella ni a los expertos en política exterior de las filas de CDU/CSU se les ha escapado el hecho de que la situación ha cambiado. Francia se ha aproximado mucho al EE UU de Barack Obama en materia de política exterior y de seguridad. Ya no es el socio terco e imprevisible de los últimos 40 años. La reintegración de Francia en las filas de la OTAN tiene algo de ambivalente: por un lado, se refuerza la UE y, por otro, Francia emerge ahora junto a Reino Unido como socio de Washington en el ámbito de la política mundial, en caso de que Europa no avance lo suficientemente rápido en la creación de un ejército integrado.

Esto plantea un dilema, sobre todo a los alemanes. Berlín ha contemplado con asombro cómo Francia inauguraba hace unos meses una base militar en Abu Dhabi, en el golfo Pérsico, casi al alcance de la vista de los iraníes. En los servicios secretos, se apunta a una conexión inquietante con la caída en vuelo de Brasil a París de un Airbus francés pocos días después. Las causas siguen siendo un misterio y es posible que no se lleguen a esclarecer nunca. Además, Francia sigue manteniendo una cantidad considerable de fuerzas de intervención militar repartidas por todo el mundo, que pueden pasar a la acción, bien a petición de los estadounidenses o en una especie de reparto de tareas con las otras dos potencias nucleares occidentales. En resumen, París invita, por así decirlo, a Alemania a incrementar la identidad

defensiva europea sin la intervención militar de los estadounidenses. Se incluye en este contexto la operación de la UE en República Democrática del Congo (RDC) o, más recientemente, la intervención en Chad sin participación alemana. París también ha ordenado la liberación por la fuerza de rehenes frente a las costas de Somalia, medida que seguramente carece de relevancia militar, pero sí tiene peso simbólico.

Estas operaciones y debates ejercen una fuerte presión en Berlín. Podrían utilizarse algún día para justificar que París dé por zanjada la creación de un ejército europeo y opte por seguir caminos propios en compañía de Reino Unido y EE UU. La UE tendrá que encontrar respuestas a estas posibilidades.

Pero la política exterior retorna ahora al FDP, tras una interrupción que ha durado 11 años. Durante un cuarto de siglo los ministros de Exteriores, Scheel, Genscher y Kinkel, han salido de las filas liberales, hasta que en 1998 llegó al poder la coalición rojiverde y Fischer ocupó el puesto que abandonó sin apenas dejar rastro en el ministerio, al igual que Steinmeier. La orientación occidental de los liberales está fuera de toda duda. Pero Westerwelle sólo tendrá éxito en el cargo si evoluciona y va más allá de las posiciones de su mentor Genscher. Éste luchaba casi siempre por la supervivencia política de su partido. Casi todo, a excepción de la cuestión alemana, fue tratado en función de puntos de vista tácticos, de aspectos de política interna. El planteamiento multilateral de este jurista también estaba marcado por las experiencias de la guerra fría. Alemania no era soberana en política exterior. Había que proceder con cautela.

Curiosamente, Westerwelle no ha cambiado en nada este estado de cosas como político de la oposición. Incluso cabría decir que ha sacrificado el perfil del FDP en materia de política exterior. Un tono antiestadounidense se colaba en su discurso cuando criticaba el plan de Washington de erigir un escudo antimisiles en Polonia y República Checa al que ahora Obama ha dado carpetazo. El FDP rechazó las operaciones en Líbano y RDC. Puede que todo esto se debiera a las necesidades políticas del momento.

Pero, una vez en el cargo, Westerwelle no podrá evitar orientar su partido hacia una política exterior alemana mucho más activa, pensada a largo plazo. El enorme itinerario que se impone hoy a cualquier ministro de Exteriores de una democracia occidental le impedirá influir en la política interior, en la medida en que lo ha hecho hasta ahora. Y al final, Merkel velará para que Alemania siga siendo el compañero previsible, tal como lo conocen sus socios desde hace muchos años. Por consiguiente, la continuidad y una visibilidad ligeramente más alta serán las tendencias que se impongan en la política exterior alemana.

La sociedad y la muerte del soldado

Alemania ante el monumento al caído

Jochen Thies

En los últimos 20 años se ha generalizado en el lenguaje la expresión “sociedad civil”. La idea señala a su manera el fin de la guerra fría, unido a la esperanza de que este final conlleve el inicio de una era sin guerras ni conflictos de gran envergadura. Pero este concepto representa también un rechazo y un distanciamiento respecto a las sociedades del siglo XX que se militarizaron como consecuencia de las dos guerras mundiales o que se vieron obligadas a militarizarse bajo dirigentes dictatoriales o semidictatoriales que trataban de explotar en su propio interés y de forma absoluta los recursos del país.

La euforia que trajo consigo el fin de la amenaza nuclear no duró mucho. En realidad tan sólo unos meses, hasta que a comienzos de los años noventa la guerra volvió a Europa en una forma arcaica que se daba por superada, repitiéndose en los Balcanes los acontecimientos de los años 1945-48. No obstante, se siguió insistiendo en el concepto de “sociedad civil” e incluso se amplió su ámbito de aplicación: a saber, todas las regiones en crisis del

planeta que se encontraban en circunstancias similares a las de una guerra civil o en situación crítica y que, mediante el esfuerzo conjunto de la comunidad de naciones, debían ser encauzadas por un camino que prometiera la rápida pacificación y después el auge económico, una especie de “milagro”, así como el pronto olvido de los horrores del pasado.

Este planteamiento respondía a la mejor de las intenciones y era comprensible después de décadas de un sinnúmero de guerras vicarias en tiempos de empate nuclear entre los dos bloques. Pero se pasó por alto algo decisivo. En ninguna democracia occidental, ni siquiera en los países que, como Suecia, han gozado de siglos de neutralidad y ausencia de guerras, ha existido una sociedad civil en el sentido estricto del término. En todas partes ha habido que recurrir a la policía y al ejército como póliza de seguro. Y la España democrática y la Alemania reunificada no son excepciones.

En Alemania, el tamaño del ejército incluso creció de forma transitoria hasta llegar a los 750.000 soldados co-

Jochen Thies es director del área internacional de la DeutschlandRadio de Berlín.

mo resultado de la fusión del ejército de la República Federal de Alemania (RFA) y el ejército popular nacional de la República Democrática Alemana (RDA). Si uno suma a esta cifra los civiles que trabajan para el estamento militar, así como los familiares de militares, estamos hablando de varios millones de ciudadanos. Es cierto que después el tamaño de las fuerzas armadas alemanas menguó rápidamente hasta llegar a la cifra actual aproximada de 250.000 soldados. Pero el conjunto de personas liberado pasó a formar parte de la sociedad civil sólo de forma relativa. En realidad, muchos perdieron la actividad que daba sentido a su vida. Y también se obvió que más de 10 millones de alemanes de la RDA iban a necesitar mucho tiempo, probablemente dos generaciones, hasta liberarse de la influencia de una forma de vivir militarizada.

España también ha reducido considerablemente sus fuerzas armadas desde comienzos de los años ochenta, después de que el ejército perdiera la función que desempeñaba en el ámbito de la política interior.

Pero a esto hay que añadir otra gran transformación. Las movilizaciones en el extranjero del ejército de la RFA y de las fuerzas armadas españolas en el marco de las Naciones Unidas, la OTAN y, desde hace poco, de la Unión Europea, que también dieron comienzo a principios de los años noventa y cambiaron de la noche a la mañana la situación del soldado y sus familiares. El riesgo hasta entonces consistía normalmente en resultar herido o muerto en un accidente estando de maniobras, pero cuando dieron comienzo las movilizaciones en el extranjero el peligro se convirtió de repente en algo real. Sin embargo, la población, la sociedad civil, no reac-

cionó ante este cambio. Ciertamente, se percibía que un soldado abandonaba su entorno personal más próximo para participar en una intervención en el extranjero, pero se le olvidaba mientras estaba ausente y sólo se le volvía a prestar atención cuando regresaba. Al menos ésta era y es la situación en la RFA.

Los medios de comunicación, que normalmente arrojan luz sobre prácticamente cualquier aspecto de la vida social, también han contribuido y contribuyen a esta situación. No se informa de manera continua de las intervenciones en el extranjero, no se ha tendido ningún puente óptico ni emocional hacia los soldados. El cine y la televisión no consideran que el asunto merezca la pena. Curiosamente, las cadenas de televisión privadas emiten más programas dedicados a las intervenciones del ejército de la RFA en el extranjero que las públicas. Por lo general, sólo se informa cuando un político de primera fila visita durante un par de horas a los que viven lejos de la patria y se monta lo que en la jerga de los soldados se conoce como el *monkey-show* (el espectáculo del mono).

Aparte de eso, también se informa cuando los soldados, que generalmente son hombres jóvenes en fase de maduración, hacen algo que antes habría sido considerado como una travesura de chicos irreflexivos, y todo lo más habría acarreado un pequeño arresto, como manipular calaveras y hacerse fotografías con ellas en Afganistán. La histeria que este hecho ha desatado en Alemania ha enseñado algo a los soldados: cuando ocurren contratiempos o sucesos realmente graves no pueden contar con la protección de sus superiores ni de los políticos alemanes. Entonces se convierten en el primer peón que se sacrifica.

Se debe tener presente que en Alemania hay cientos de miles de personas cuya vida o integridad física corre peligro constantemente: en primer lugar, los soldados que se encuentran en el extranjero, cerca de 10.000 mujeres y hombres junto con sus familiares, pero también los contingentes que acaban de regresar a casa y deben reintegrarse en la vida de la república, así como aquellas unidades que se están preparando para intervenir en el extranjero.

Visita a una brigada aerotransportada en el norte de Alemania que prepara su intervención en Afganistán. Los soldados están contentos con el equipo a su disposición. Parecen tranquilos y serenos y están orgullosos de formar parte de una unidad de élite. El comandante, un hombre de aspecto juvenil cercano a los 50 años, insiste en ser uno de los primeros en saltar en las maniobras. Cuando los soldados muestran lo que son capaces de hacer durante una jornada de puertas abiertas, que se celebra en un fin de semana de finales del verano, sólo están presentes unos pocos visitantes, ante todo familiares, hombres de edad que, salta a la vista, son ex combatientes de guerra y algunos políticos municipales, pero prácticamente no hay ningún civil de entre 30 y 60 años, y eso que estamos en un feudo de la Unión Cristiano Demócrata.

Visita a un regimiento paracaidista francés acuartelado junto a los Pirineos. La unidad tiene su sede en el centro de la ciudad donde nació uno de los héroes de la Primera Guerra mundial, cuya escultura ecuestre está en el centro de la localidad. Nos encontramos con un comandante seguro de sí mismo y un Estado Mayor consciente de la importancia de esta unidad y de su prestigio, tanto sobre el te-

rreno como en sus intervenciones a escala mundial. El comandante muestra orgulloso al visitante una estancia del edificio del Estado Mayor que describe la historia de la unidad durante los últimos 300 años. El regimiento ha perdido un soldado pocos meses antes en Afganistán.

Nos queda un recuerdo especial de una médica, hija de una alemana de Coblenza y de padre argelino, que participa con los soldados en las misiones. Ha visto mucho, pero habla poco de ello. Sabe que los soldados valoran tenerla cerca en situaciones críticas. Así tienen menos miedo, comenta. Los paracaidistas franceses suman mayor número de intervenciones que los del ejército de la RFA. Se nota que el regimiento recibe el respaldo del país, especialmente de esta región, una zona en la que los socialistas llevan la voz cantante en el terreno político. Aquí, cuando se celebra la jornada de puertas abiertas acude la mitad de la ciudad.

La importancia del ejército español a ojos de la opinión pública podría estar entre el caso de Francia y el de Alemania. Desde la perspectiva alemana, los debates sobre el papel del ejército que tuvieron lugar en la época posterior a Franco fueron más pragmáticos y realistas que el debate sobre la remilitarización que se desarrolló en Alemania en los años cincuenta. La izquierda española culminó más rápidamente el proceso de transformación y adaptación a las nuevas circunstancias, a la pertenencia a la OTAN, lo que podría deberse al hecho de que España, a diferencia de Alemania, tiene experiencia colonial y Ceuta y Melilla contribuyen a que no se apague la memoria colectiva.

Pero, al contrario que Alemania, España se ha atrevido a hacer un mon-

tón de cosas en el terreno político a comienzos de este siglo. Al lado de los estadounidenses y los británicos, y flanqueada por los italianos y los polacos, tomó parte en la intervención en Irak en 2003. La orden de partir llegó poco después del envío de tropas a Kosovo que, junto con contingentes de muchos otros países, fueron capitaneadas en 2000 por un general español. Después vino la intervención en Haití en el marco de una resolución de la ONU. Aunque la intervención en Irak se vio interrumpida a raíz del cambio de gobierno en 2004, al parecer en España no se produjeron esos debates de fondo sobre operaciones militares que tan habituales son en Alemania, a pesar de que es mucho lo que ha tenido que soportar ese país (un avión ucraniano fletado para traer de vuelta a casa a más de 60 soldados destinados en Afganistán se estrelló en Turquía). Han ocurrido otras desgracias con numerosos muertos, entre ellos el desplome de dos helicópteros en Afganistán, y las pérdidas de los soldados en sus intervenciones en Irak, Afganistán y recientemente en Líbano no han sido insignificantes. Pero, desde la perspectiva alemana, parece que tanto el gobierno como la oposición han resistido la presión generada por estos hechos en el ámbito de la política interior, aunque España lo tiene más difícil con su talante predominantemente pacifista. Limita directamente con el mundo musulmán y su actitud en política exterior está muy influida por la proximidad geográfica, histórica y cultural con Oriente Próximo.

En un libro publicado recientemente, en el que por vez primera un ex suboficial de paracaidistas del ejército de la RFA narra sus experiencias en Afganistán, se describe una escena que podría haber sucedido cientos de miles de veces desde comienzos de los

años noventa en Alemania y con un alcance más matizado también en España: el soldado que vuelve a casa y llama a la puerta, la aparición de la esposa, los hijos o la madre y las lágrimas de alivio, una momentánea conmoción por el hecho de que los cuatro meses pasados en tierras lejanas –el tiempo estipulado para la movilización en el extranjero– hayan tenido un final feliz.

Pues bien, la sociedad civil alemana no quiere saber nada de todo esto. No participa en los debates sobre la creación de un monumento a los soldados que han perdido la vida, a pesar de que las cifras van en aumento. En lugar de eso, deja la iniciativa a un ministerio de Defensa que “saca adelante” el asunto casi en solitario y –como forma parte de los temas tabú de la república– preferiría emplazar el monumento dentro del recinto de un cuartel fuertemente vigilado.

Sin embargo, en un país democrático de cuño occidental-liberal un monumento como ése debe estar en el centro de la capital. La población tiene que poder soportarlo, tiene que afrontar la cuestión. Los soldados y sus parientes tienen derecho a ello. Como consecuencia de la época nazi, muchos alemanes carecen de sensibilidad para captar el significado de los símbolos. Los soldados y sus familiares tienen otra relación con ellos. El oficio de soldado está repleto de símbolos, empezando por las insignias de rango. También son necesarios para cuando las cosas salen mal y el soldado vuelve a casa en un ataúd. Eso es algo que la sociedad civil tiene que respetar. Debe tener claro en todo momento que sólo puede mantener su proyecto vital mientras exista ese soldado cuyo riesgo no quiere, pero puede, compartir.

Alemania como líder de la UE

Jochen Thies

Alemania y su canciller, Angela Merkel, influirán especialmente en dos ámbitos en los próximos años: en la creación de un compromiso constitucional y en cuestiones de medio ambiente. El papel que desempeñe la Unión Europea decidirá su participación en el nuevo orden internacional.

A pesar de toda su fuerza económica, Alemania no es, en absoluto, una nación estable en el aspecto psicológico. Pero en los últimos 10 años ha hecho progresos, mayores de lo que piensan los políticos. Para eso fue crucial que en los años de gobierno de Gerhard Schröder y Joschka Fischer tuviera lugar un importante cambio generacional, de la generación de los soldados y del “apoyo antiaéreo” de la Segunda Guerra mundial a la generación del 68. El lastre del pasado reciente de Alemania seguía ahí, pero su sombra era menor. El discurso político está menos cargado de pasado que en los años sesenta y setenta, y ha aumentado el censo de conciudadanos judíos, no sólo por la inmigración procedente de Rusia. Los ayuntamientos de Berlín, Fráncfort y Múnich desempeñan un papel importante en la retórica oficial sobre la nación. Los gobiernos israelíes señalan que tienen confianza en la Alemania democrática. De hecho, en un periodo de apenas 60 años, el país ha regresado por completo a la comunidad internacional, a pesar de la reconstrucción de 1945, a pesar de los pagos de la reparación, con la formación de un ejército, con la reconciliación de los vecinos occidentales y orientales y finalmente con la afortunada reunificación. No se debe olvidar que este estado de normalidad de la plena soberanía de Alemania existe sólo desde hace 17 años. En comparación con los 75 años en los que la nación estuvo unificada desde Bismarck, aunque en los últimos 12 años con una dictadura que trajo la desgracia no sólo a su propio país, éste es un periodo muy corto. Y a las décadas

Jochen Thies es director del área internacional de la DeutschlandRadio de Berlín.

de anormalidad deben añadirse además los 40 años de dictadura en la República Democrática Alemana (RDA).

Todo esto crea a escala nacional grandes problemas, que el país domina, a pesar de todo, de un modo notorio. Después de 1945 se integraron más de 10 millones de refugiados; después vinieron los trabajadores extranjeros que se quedaron en el país, algo que, entre otras cosas, llevó a la creación de una poderosa minoría turca. En la actualidad Alemania tiene de nuevo unos 80 millones de habitantes, como antes de la Segunda Guerra mundial. En realidad, el censo de extranjeros es más elevado, ya que oficialmente asciende al 10%. Por tanto, el nuevo derecho de ciudadanía facilita la adquisición de un pasaporte de la República Federal. La reunificación exigió subvencionar al este del país con abrumadoras cantidades de miles de millones. Pero al mismo tiempo, Alemania siguió fiel a sus compromisos europeos. Justo después de la reunificación, Helmut Kohl forzó la política europeísta del país. Y hasta el día de hoy, si prescindimos de los enfados ocasionales en las relaciones con algún que otro país europeo, nada ha cambiado. Los alemanes se sitúan abiertamente al frente de Europa, adquiriendo más movilidad a la hora de buscar trabajo. Una nueva generación de jóvenes alemanes con muy buena formación está dispuesta a encargarse de tareas profesionales en cualquier parte del continente en la era de la globalización. Y los alemanes se mueven por toda Europa. Concretamente, España es una de las zonas de destino preferidas.

En cambio, la política exterior y de seguridad de Alemania no se ha mantenido al mismo ritmo que estos impetuosos cambios en el interior de la sociedad, por más que el discurso retórico de los políticos intente transmitir otra impresión. Que el país ha cambiado de cabo a rabo es un hecho, de una sociedad en la que se exageraba la importancia de lo militar y se imponía hasta el abuso se ha pasado a una nación tímida que preferiría ver a los soldados en Afganistán en un papel de trabajadores sociales. Hay que admitir que esto es un poco exagerado, pero describe con total exactitud dónde se sitúa el espíritu de la nación. Pero sin duda aquí también hay cambios. Desde los años noventa, Alemania se ha arriesgado –al igual que Japón– a dar un paso más en el mundo, más allá de la mera defensa nacional. Participa en misiones para establecer y mantener la paz bajo la dirección de las Naciones Unidas, la OTAN y la UE en muchos lugares del mundo y, no obstante, ha tenido la suerte de seguir evitando la aventura en Irak. El gran gobierno de coalición en funciones con grandes mayorías parlamentarias representa una ayuda adicional para iniciar el camino de la normalidad en política exterior y de seguridad. Precisamente, un gobierno rojiverde ordenó la primera ac-

ción de guerra del ejército alemán después de la Segunda Guerra mundial, cuando en 1999 tuvo lugar la intervención de la comunidad internacional en el conflicto de Kosovo.

Con la canciller alemana, Angela Merkel, y el ministro de Exteriores, Frank-Walter Steinmeier, se sitúan al frente del gobierno los pragmáticos, que en los dos últimos años han tenido una participación extraordinariamente afortunada en todos los ámbitos de la política exterior. En Alemania se vio con un poco de asombro lo rápido que se aceptó a la canciller como figura líder de la UE. No cabe ninguna duda de que esto contribuyó a la mejora de los índices en las encuestas, momentáneamente favorables para su partido, y también para ella a nivel personal. Los alemanes, por decirlo así, asumieron con orgullo que su país era apreciado en el ámbito internacional.

Algunos hechos indican que Merkel también puede desempeñar un papel importante en el plano europeo en los próximos dos o tres años. La canciller, marginada todavía de los asuntos políticos en Alemania, a pesar de toda su voluntad, no está tan aferrada al poder como la mayoría de sus rivales masculinos. Por decirlo de otra manera, si Merkel perdiese las próximas elecciones, es de suponer que abandonaría el campo de acción. Con toda probabilidad, la coalición que ella lidera aguantará el periodo total de legislatura de cuatro años. Y no sería de extrañar que los alemanes en dos años, durante las próximas elecciones, decidiesen de manera similar a como lo hicieron hace otros dos, convirtiendo así en forzosamente necesaria la continuación de la gran coalición. Actualmente, en los sondeos, la CDU/CSU (Unión Demócrata Cristiana/Unión Social Cristiana, en sus siglas en alemán) parece estar altamente valorada, y el SPD (Partido Social Demócrata, en sus siglas en alemán) muy por debajo. Con ello Alemania puede unirse a aquellos Estados europeos que tienen un nuevo gobierno o cuyo gobierno está capacitado en gran medida para actuar debido a unas elecciones inminentes.

Sobre todo, con la canciller federal alemana y con los alemanes, en los próximos años, se va a contar en dos ámbitos: en la creación de un compromiso para la Constitución europea, en el cual, según los rumores, se está trabajando actualmente con éxito, así como en la política medioambiental. Merkel tiene formación científica, y el debate mundial sobre medio ambiente que ha irrumpido con tanta fuerza es su materia. Su padre era párroco protestante alemán. Y parece decidida a conceder prioridad absoluta al problema del medio ambiente en la agenda política

En Alemania se vio con un poco de asombro lo rápido que se aceptó a Merkel como figura líder de la UE

europaea e internacional. Si lo logra, será la líder política incuestionable de Europa durante años.

Con todo, en Europa se afrontan dificultades prácticas. Se puede decir tendenciosamente que la cuestión del medio ambiente decae en importancia de Norte a Sur. Los escandinavos y los noreuropeos le conceden una importancia elevada, y naturalmente los alemanes, e incluso curiosamente, en los últimos tiempos, también los británicos. Pero Europa aún está lejos de una política energética común que establezca las condiciones decisivas para la conservación del clima mundial. En este contexto se presenta un problema singular: el hecho de que Alemania a medio plazo se vaya a apelar de la energía atómica, pero Francia vaya a mantenerse por entero en ella. Se sabe de la canciller alemana que con mucho gusto anularía la decisión del gobierno anterior de abandonar del todo el uso pacífico de la energía nuclear para 2020. Pero su socio de coalición, el SPD, no está de acuerdo con eso. Y de hecho, este asunto es un dilema de la cultura política alemana, en especial de la izquierda. De los partidarios de la técnica y de la modernización, entre los que estaba el SPD desde el principio de los años setenta, han salido los escépticos que ahora recelan del sector. Esta división entre la izquierda y la derecha política en las importantes materias de la tecnología y la inversión, que tiene que ver en gran medida con la división de las creencias en Alemania hace 500 años, perjudica sensiblemente a la Alemania Federal en la competencia internacional. Un ejemplo destacado es el tren de alta velocidad, el Transrapid, que funciona en la República Popular China, pero no en Alemania. En medio del debate sobre su construcción se dio a conocer la noticia de un accidente en el tramo de prueba al norte del país, en el cual perdieron la vida en 2006 más de 20 personas por un descuido del personal de servicio. Desde luego Alemania aventajaba a Francia, que en los años ochenta iba 10 años por delante en técnica de ferrocarriles y trenes de alta velocidad.

Francia, Reino Unido y Polonia

En los próximos años será importante que la marcha en solitario en materia de política exterior dentro de la Unión siga siendo una excepción y no vaya en aumento. Lamentablemente, se comprobó directamente a raíz de la Cumbre del G-8 en Heiligendamm y en la Cumbre de la UE en Bruselas que no existe unidad dentro de la comunidad europea en este campo. El nuevo presidente francés Nicolas Sarkozy impuso inmediatamente un rápido cambio de rumbo en la política exterior de su país y se acercó a Estados Unidos. Pasó allí sus vacaciones de verano y al mismo tiempo mandó a su ministro de Exteriores a Bagdad. Como es habi-

tual, la visita de Bernard Kouchner no fue anunciada, pero se quedó tres días en Irak, un acto valiente que tuvo efecto de señal. Con ello París dejó claro que tiene intereses en la región, que colaborará con EE UU en la estrategia de retirada gradual y que desea que la ONU regrese al lugar en el que fue atacada en 2003, en la época en que el brasileño Sergio Vieira de Mello era el representante de la organización internacional. De Mello, amigo de Kouchner, está ahora entre los muertos.

Con la solución de la crisis de Darfur, Francia practica igualmente una política que favorece por completo a EE UU. París está preparado para el envío de tropas en caso de que la ONU encargue la misión correspondiente y junto al país norteamericano, que presta ayuda logística a África central y occidental, hace suya la protección frente a la creciente influencia islámica. Mientras tanto, Alemania, que en los últimos años había comenzado como potencia líder en la misión de la UE en la República Democrática del Congo, duda y no reanuda su nueva política en África. Por eso Francia, que se unió a Alemania en el “no a la guerra de Irak”, cuenta poco para Berlín. Además, a ello se une la sensación de que Francia marcha sola: en la toma de posiciones en la cumbre dentro de las organizaciones internacionales; en el consorcio europeo de aviación EADS; en Libia; o en la cuestión sobre la independencia del Banco Central Europeo.

El éxito de Merkel dependerá de si el país asume riesgos militares como las demás potencias europeas intermedias

Igualmente compleja se presenta la relación con Reino Unido a ojos de los alemanes. El nuevo primer ministro, Gordon Brown, se inclina en general por la continuidad de la política de su predecesor. Es un estrecho aliado de EE UU tanto en lo estratégico como en lo personal, e incluso pasa sus vacaciones allí con regularidad. A decir verdad, se distanció de su aliado principal en la política sobre Irak, cuando se retiraron las tropas británicas de Basora. Pero al mismo tiempo, el contingente británico en Afganistán se reforzó con 7.700 hombres. Es, con mucho, después del estadounidense, que pone 18.000 soldados, el mayor contingente en el país, más del doble que el alemán. En las batallas al sur del país, las unidades británicas son las que tienen mayor número de bajas junto con las tropas estadounidenses. También los franceses se han movido considerablemente. Hasta el momento eran responsables principalmente de la seguridad en el gran Kabul. Ahora están preparados para el envío al sur de aviones de combate, que no sólo facilitan fotografías aéreas como los Tornados alemanes, sino que, en caso de necesidad, también intervienen en los combates en tierra.

Tanto Francia como Reino Unido, ambas potencias nucleares y miembros estables del Consejo de Seguridad de la ONU, dejan claro con ello que están dispuestas a desempeñar, en adelante, un papel concreto del lado de EE UU en la política mundial, aunque con misiones limitadas. Esto plantea muchos problemas para la UE, no sólo para Alemania. Por eso el tiempo apremia a seguir adelante con los esfuerzos conjuntos de defensa europea. A decir verdad, depende en gran medida de los alemanes. Deben seguir avanzando en el camino de la normalidad. Deben poner fin a su política simbólica de seguridad, tras el arranque claro de la pacificación de los Balcanes, puesto que, a la larga, puede que no funcione bien que se ponga en peligro a los aliados. Alemania tiene la suerte de mantener una posición estable en la zona septentrional, relativamente pacífica. Y controla las costas de Líbano, a pesar de que el contrabando de armas, como todo el mundo sabe, se dispersa por las fronteras verdes de camino al interior del país. Allí también son mayores los riesgos, principalmente para el contingente de la ONU, como el destacamento español pudo comprobar dolorosamente hace poco.

En este contexto no hay que menospreciar tampoco el papel de Polonia, que está cerca de unas nuevas elecciones y cuyo gobierno en funciones causa problemas considerables a la UE, y especialmente a Alemania. Pero parte del margen de maniobra del gobierno de Varsovia está relacionado con el hecho de que este país se posicione sin reservas del lado de EE UU después del ingreso en la OTAN y en la UE. Los polacos tienen presencia militar en casi todos los lugares críticos del mundo, y luchan valientemente como en 1944 con ocasión del desembarco de Normandía. En esto desempeñan un gran papel las experiencias históricas. Alemania y la UE no deben restar importancia a este hecho. La política alemana respecto a Rusia durante el gobierno de Schröder se permitió considerables negligencias por menospreciar el trauma de los polacos, cuyo origen se remonta al 1 de septiembre de 1939. Los polacos se convertirán en buenos europeos cuando tengan la sensación de que la Unión no sólo les brinda ventajas económicas, sino también seguridad. Por consiguiente, el éxito de Merkel y de Alemania como fuerza líder de la UE también dependerá de si se sigue desarrollando la política de seguridad del país o, dicho de otra manera, de si el país está dispuesto a correr riesgos militares como las demás potencias europeas intermedias.

El ministro alemán de Exteriores afirmó a mediados de septiembre de 2007 con ocasión del debate de presupuestos en el Parlamento alemán: “¡Nunca ha habido tanta política exterior como este año!”. Esto es sin duda una declaración acertada, sobre todo por lo que respecta a la primera mitad de 2007. Pero igualmente es cierto que la UE no pue-

de limitarse exclusivamente a un papel de potencia pacificadora. No todos los problemas del mundo se resuelven con paciencia, mediante negociaciones o con recompensas económicas. Probablemente, Irak y su entorno, junto al problema de Oriente Próximo y de Kosovo y, por último, Irán representan el mayor desafío al que tendrá que enfrentarse la comunidad internacional en los próximos años. Sólo con una “política exterior de anticipación”, como la definió Steinmeier, que tenga en cuenta los problemas en los ámbitos de la energía, las materias primas, el agua y los alimentos, la comunidad internacional no saldrá adelante. La UE no debe perder de vista el papel de los militares. La superpotencia estadounidense atraviesa una fase en la que se cuestiona a sí misma. Con todo, no puede retirarse completamente de Oriente Próximo. Los europeos deben responsabilizarse de rellenar el vacío que, en cualquier caso, se vaya dejando. Mientras tanto, Rusia aprovecha sus riquezas mineras para reconquistar su rango de potencia mundial como régimen que cada vez adquiere rasgos autoritarios más fuertes. El potencial de China e India crece. Por consiguiente, Europa y Alemania deben hacer todo lo posible para desempeñar un papel decisivo conjunto en este concierto de potencias antiguas y nuevas, cuyo equilibrio es más difícil que el de un sistema bipolar.

El barco ha desencallado: Alemania con Merkel

Jochen Thies

Europa y el resto del mundo han recibido con optimismo el cambio experimentado en la política alemana tras la llegada de Merkel. La economía parece dar algunos signos de recuperación y Berlín apunta a un nuevo rumbo en sus relaciones con EE UU y Rusia.

Al final se ha hecho realidad algo que parecía bastante improbable la noche de la jornada electoral del 18 de septiembre: desde el 22 de noviembre de 2005, el gobierno de Alemania está en manos de Angela Merkel, la primera mujer canciller. Prácticamente no ha habido un solo analista político capaz de prever el impresionante ascenso de esta científica que trabajaba en Berlín del Este en los días en que cayó el muro, y que ha terminado convertida en jefa de gobierno de una gran coalición en un plazo de 15 años, tras irrumpir por sorpresa en la escena política alemana.

Resulta sorprendente lo poco que se sabe acerca de sus objetivos y su forma de pensar, de modo que es difícil hacer pronósticos sobre las posibilidades de éxito de la coalición capitaneada por Merkel entre la Unión Cristiano Demócrata (CDU), la Unión Social Cristiana (CSU) y el Partido Social Demócrata (SPD). Aunque si algo ha quedado claro en los últimos tiempos es que esta mujer de 51 años, doctora en Ciencias Físicas, nacida en Hamburgo y criada en la Alemania del Este, es una fuente de sorpresas. Ahora le toca demostrar que, además de ser capaz de conquistar y controlar el poder, también está capacitada para gobernar un gran país.

De lo que no cabe duda es de que ésta es una coalición condenada al éxito que no puede permitirse un exceso de cavilaciones tácticas, habida cuenta de la importancia de los retos que ha de afrontar Alemania. Tras la euforia de los años inmediatamente posteriores a la reunificación, el país ha atravesado un periodo plúmbeo. Los alemanes han acabado hartos de la política y, como bien muestran las encuestas, este cansancio se refleja en las escasas expectativas que despierta la segunda gran coalición que ha tenido Alemania desde

Jochen Thies es director del área internacional de la DeutschlandRadio de Berlín.

1966. Es cierto que hace apenas 40 años el contexto era muy diferente. En aquel entonces, imperaba en la República Federal un ambiente de euforia. Fue el momento en que el gobierno de Kurt-Georg Kiesinger (CDU) y Willy Brandt (SPD) se hizo cargo de los asuntos de Estado y en un plazo de apenas tres años presentaba un balance con éxitos bastante notorios.

Hay que constatar que, tras unos meses turbulentos, el universo político alemán ya no hace demasiados distinguos entre el Este y el Oeste. Desde noviembre de 2005, el SPD tiene como presidente a Matthias Platzeck, un político que también procede del Este. Además, comparte con Merkel, con quien se entiende estupendamente en lo político y en lo humano, dos características que permiten albergar esperanzas para un futuro inmediato: su manera de concebir la libertad, pareja a una actitud escéptica frente a las ideologías, y la confianza en que se pueden hacer muchas cosas, puesto que un país que aún es próspero no tiene por qué mirar con miedo al futuro. Por vez primera, no son los juristas quienes dominan el quehacer político de Alemania, sino dos científicos, pues Platzeck, natural de Potsdam, también procede de la élite tecnocientífica de la antigua República Democrática. Además, tanto Merkel como Platzeck se han criado en un entorno familiar de talante burgués y decididamente protestante. Así, todo parece apuntar a que el funcionamiento rutinario de la política alemana va a experimentar algunos cambios. Y más si tenemos en cuenta que los acontecimientos de los dos últimos meses han traído consigo un relevo generacional en la arena política.

Simplificando, podemos decir que la clase política es ahora 10 años más joven. Salvo excepciones, la generación del 68 ha abandonado la escena. Y eso también es un claro indicio de un mayor pragmatismo en la política alemana, lo que podría contribuir a incrementar las posibilidades de éxito de esta gran coalición.

El adiós del canciller mediático

Gerhard Schröder abandona la cancillería casi de prisa y corriendo tras siete años de mandato. Fiel a su estilo, jugó todas sus cartas y apostó al “todo o nada” al lograr la convocatoria de elecciones anticipadas tras la derrota electoral sufrida en mayo de 2005 en Renania del Norte-Westfalia, y conseguir que el presidente federal y el Tribunal Constitucional secundaran sus propósitos recurriendo a una interpretación bastante libre de las estrictas disposiciones que contempla la Constitución. Pero no hay que olvidar que Schröder, el canciller mediático, estuvo a punto de lograr sus propósitos de alzarse con el triunfo electoral, a pesar de su supuesta falta de perspectivas de éxito. Un uno por cien, en realidad 0,6 puntos porcentuales, ha sido el margen que ha dirimido la cuestión, lo que significa que sólo le han faltado unos pocos miles de votos para tomar la delantera –por los pelos– a Merkel

y a la CDU-CSU. En ese caso, Schröder habría acabado convertido en jefe de una gran coalición. Y queda abierta la cuestión de si Merkel habría podido, o querido, afirmar su posición como perdedora y vicecanciller dentro de una Unión dominada por el escepticismo.

Lo cierto es que Schröder se había convertido en un problema para la democracia alemana, porque amenazaba con manipular al país con sus dotes mediáticas y con una política cortada a la medida de las condiciones del momento. Confundió a los electores con una campaña electoral en la que prácticamente no respaldó casi ninguna de las reformas y recortes que había exigido afrontar al electorado alemán durante su mandato. Consiguió neutralizar como si tal cosa a Paul Kirchhoff, catedrático y antiguo juez del Tribunal Constitucional a quien Merkel pensó emplear en un principio como arma secreta para abrirse camino hacia una victoria electoral convincente junto al Partido Liberal (FDP). Schröder ha sido un canciller mediático genial, tan genial que uno no podía mas que contemplar con aprensión la situación política alemana. Pero al final, este hombre de 61 años desató una onda de choque cuando en la noche de la jornada electoral trató de enmascarar su, si bien no dramática, sí clara derrota electoral, y se permitió poner en duda la capacidad para gobernar Alemania de una horrorizada Angela Merkel.

Schröder pretendía seguir en el cargo, en el peor de los casos con un gobierno en minoría, dispuesto a convocar nuevas elecciones en todo momento. Con esta actitud lanzaba un mensaje inequívoco: si se desembocara en una situación como ésta, podría estar dispuesto a emprender una alianza con el nuevo Partido de la Izquierda en compañía de los Verdes. Pero las cosas no han llegado tan lejos, por suerte para Alemania. Todavía está por escribirse la historia de las semanas transcurridas entre el 18 de septiembre y el 22 de noviembre de 2005. Ofrece un material perfecto para una novela policiaca en la que Merkel habría estado políticamente muerta en más de una ocasión.

Pues bien, si avanzamos un paso más en la interpretación y comprensión de los hechos, podemos afirmar que “el aluvión” –la crecida del Elba de 2002 que, junto con la polémica de Irak, arrastró a Schröder hasta el cargo o le mantuvo en él– ha terminado llevándose por delante al antiguo canciller. Sólo que en esta ocasión ha tomado cuerpo en las inundaciones de Nueva Orleans. Si no se hubieran producido –inhibiendo la presteza al ataque de Schröder y su ministro de Exteriores, Joschka Fischer, en unas jornadas decisivas, obligándoles a adoptar una política de compasión y prestación de auxilio– cabe suponer que el ex canciller habría recurrido de nuevo al enfrentamiento personal con el presidente de Estados Unidos, George W.

Alemania ha conseguido la gran coalición que necesitaba desde principios de los noventa

Bush, como ya hiciera tres años atrás. En lugar de Irak, esta vez la polémica habría girado en torno a Irán y a la supuesta política “aventurera” de EE UU. Y los alemanes habrían vuelto a aplaudirle. Debió ser bastante embarazoso para Merkel cuando, en el acto de transferencia de la cancillería, el presidente del comité de empresa manifestó su agradecimiento a Schröder por su política frente a Irak, con la ovación cerrada de más de 400 miembros de la cancillería.

Los alemanes han olvidado demasiado pronto lo ocurrido entre 1989 y 1990. Tienen mucho que agradecer a EE UU. Y, empezando por Schröder, no han hecho nada o han hecho muy poco por dedicar a una superpotencia, que da sensación de cualquier cosa menos de seguridad, esos gestos de amistad que no tienen nada que ver con la aprobación o el rechazo de opciones políticas, sino que son lo que antes se denominaba “cuestión de tacto”. En un país cuyo sector occidental ha acabado inundado por el desbordante antiamericanismo de la Alemania oriental, una argumentación crítica frente a Bush y EE UU habría vuelto a tener éxito en el momento en que la polémica de la campaña electoral alcanzara su punto álgido, y es muy probable que Schröder hubiera recolectado por esa vía el decisivo 0,6 por cien. Ha quedado claro una vez más que, tras el catastrófico curso seguido por la historia alemana a lo largo del último siglo, a los alemanes todavía les falta la experiencia y el énfasis necesarios para abordar como es debido las cuestiones de política exterior y de seguridad. En cuanto falta liderazgo político, acaban abriéndose paso mentalidades propias de tiempos pasados.

Repitámoslo una vez más: este país ha tenido suerte, sin llegar a ser plenamente consciente de ello. Ha conseguido la gran coalición que en realidad estaba necesitando desde comienzos de los años noventa para emprender las grandes reformas que la nación requiere. Pero en el ínterin se han perdido 10 años.

Schröder tardó unas cuantas semanas en darse cuenta de cuál era su situación. Entonces cambió radicalmente de estrategia. Renunció a su escaño en el Bundestag [cámara baja del Parlamento], aceptó un trabajo muy bien remunerado en una empresa suiza de medios de comunicación y, a continuación, escandalizó hasta a sus más íntimos amigos con la noticia de que iba a asumir la presidencia del consejo de administración del consorcio que está construyendo el gasoducto que transportará gas de Rusia a Alemania a través del Báltico. Esta evolución también fue seguida atentamente por la comunidad internacional. Porque Schröder y el presidente ruso, Vladimir Putin, han mantenido estrechos contactos durante los últimos 10 años.

Nadie ha forzado la cooperación con Rusia en negocios de petróleo y gas con tanta vehemencia como Schröder, con el subsiguiente aumento de la dependencia de Alemania frente a las importaciones energéticas de origen ruso. Como es natural, también hay que analizar esta política a la luz de los acontecimientos que tenían lugar en Oriente Próximo, donde Alemania

no estaba dispuesta a seguir bajo ningún concepto el rumbo marcado por los estadounidenses. Ahora bien, esta política nunca fue fruto de largas cavilaciones, sino todo lo contrario; saltaba a la vista que un vínculo de carácter personal unía a Putin y a Schröder, muy en la línea de antiguas tradiciones alemanas, hecho que fue constatado con asombro por la clase política del país. Pero –cosa curiosa– esa misma clase política no dijo ni una palabra al respecto, ni tampoco se pronunció en el debate acerca de cómo deberían configurarse en el futuro las relaciones entre Europa y EE UU.

Schröder, el jugador que había perdido en política, confió las negociaciones con la CDU-CSU al presidente del partido, Franz Müntefering, quien poco después tuvo un traspies en su propio grupo y fracasó al no conseguir imponer a un hombre de confianza como gerente federal del SPD. Pero Müntefering quería la gran coalición. Por lo que parece, durante las semanas de negociación, él y Angela Merkel llegaron a cimentar una sólida base de mutua confianza que da motivos para albergar esperanzas. Müntefering y Platzeck, el nuevo presidente del SPD, sin presencia en el gabinete, son garantes de que los socialdemócratas mantendrán el rumbo político. Si hubieran tenido que asumir el papel de fuerza de oposición, habría que haber contado con un brusco giro a la izquierda. Y, aunque tampoco puede descartarse esa posibilidad a medio plazo, no es probable que llegue a producirse si la gran coalición tiene éxito, si la coyuntura interna reacciona y si se crean puestos de trabajo. Ésta –y sólo ésta– es la oportunidad con que cuenta la coalición. Y no le queda otra que alcanzar el éxito cuanto antes.

Entre Washington y Bruselas

También cabe considerar como un golpe de suerte el nombramiento del hasta ahora jefe de la cancillería, Frank Walter Steinmeier, como nuevo ministro de Exteriores de la República Federal. A pesar de que Steinmeier se ha criado en un entorno próximo al de Schröder, ha sido íntimo confidente suyo durante muchos años y su carácter también está marcado por el paisaje duro y mísero de Lippe, en el extremo nororiental de Renania del Norte-Westfalia, hace ya mucho tiempo que se emancipó de la figura del anterior canciller. Aunque en sus primeras apariciones públicas Steinmeier ha recalcado su intención de mantener la continuidad en la política de asuntos exteriores y seguridad, lo cierto es que nunca estuvo de acuerdo con el rumbo político arriesgado y rayano en la ofensa personal adoptado por Schröder frente a Bush y la clase política estadounidense. Por el contrario, en los últimos años, Steinmeier ha hecho un gran esfuerzo por mejorar el talante de las relaciones transatlánticas.

En este contexto, tira de la misma cuerda que Merkel, a la que cabe calificar de atlantista. Por eso podemos dar por sentado que, a pesar de recalcar en un primer plano la tendencia a la continuidad, se emprenderán lo antes posi-

ble las necesarias rectificaciones de la política exterior alemana que tantas voces reclaman. Esto implica un reconocimiento de la OTAN, un liderazgo alemán más claro dentro de Europa, el desarrollo de una política más equilibrada entre París y Londres (estrategia que podría tener como consecuencia una ligera pérdida de relevancia de la cooperación franco-germana), una mayor distancia frente a Rusia –sobre todo en el plano simbólico– y más contactos con los denominados “pequeños” países europeos. Ahora bien, no sería justo atribuir al antiguo gobierno un talante neoguillermiano. Es cierto que hubo problemas, por ejemplo, con Austria cuando la coalición rojiverde daba sus primeros pasos, cuando Schröder y el ex ministro de Exteriores, Fischer, incitados por sus asesores, se dejaron remolcar hasta unas posiciones insostenibles. Pero al final estos malentendidos prácticamente se han aclarado.

A grosso modo, puede preverse que el país retornará a una política como la que caracterizó largos periodos de la era de Helmut Kohl. Ahora bien, probablemente Alemania no tenga la fuerza suficiente como para desarrollar ese perfil en materia de política exterior y de seguridad que desea sobre todo EE UU. Por lo pronto, ya está claro que no se va a aumentar el presupuesto de defensa ni se van a enviar soldados alemanes a Irak. Hasta ahora no ha habido un debate sobre el modo en que Alemania podría o debería contribuir desde fuera a la estabilización de esa región en crisis. El debate ha sido sofocado cuando apenas despuntaba por las acaloradas discusiones en torno a los vuelos secretos de la CIA sobre Alemania, la supuesta existencia de cárceles de EE UU y, finalmente, por las revelaciones acerca de las actividades de los servicios secretos alemanes (BND) en Bagdad. Por eso no le falta razón a Christoph Heusgen, el nuevo asesor de Merkel en cuestiones de política exterior y de seguridad, cuando dice que la candidatura alemana para convertirse en miembro del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas no es más que una mera ilusión.

El nuevo gobierno debe tomar como señal de aviso el empeoramiento de la situación en Afganistán y el incremento de los riesgos que corren los europeos, y con ellos también los contingentes del ejército alemán presentes en Kabul y en otros lugares de este país montañoso, donde la OTAN debe asumir ahora tareas que hasta el momento había desempeñado EE UU, lo que, dicho sin rodeos, significa que probablemente también tendrá que llevar a cabo operaciones militares. Posiblemente no haya sido casualidad el hecho de que el mismo día en que finalizaron las negociaciones para formar coalición en Berlín, un oficial del ejército alemán muriera víctima de un atentado en Kabul. Según una serie de comunicados sin confirmar, el atentado iba dirigido contra el general alemán al mando en la zona, que afortunadamente no estaba en el lugar en que se produjo el ataque. Por tanto, si las cosas no siguen un curso favorable, no cabe plantear el argumento decisivo de que el gobierno Schröder-Fischer se guardó muy mucho de poner en peligro la vida de los soldados alemanes en Irak. Kabul todavía puede convertirse en Bagdad.

Pero en estos momentos es la crisis de Irán lo que puede volver a poner a prueba las relaciones germano-estadounidenses. La situación se irá agravando a lo largo del año más rápido de lo que quisiera el universo político alemán, exigiendo al país una actitud que en estos momentos escapa por completo al imaginario de la mayoría de los ciudadanos. Por consiguiente, la fase de la política simbólica, la de marcar las pautas correctas en una intensa diplomacia viajera desarrollada por Merkel y el ministro de Exteriores en el Foro Económico Mundial de Davos, en su primera visita como canciller a Israel, así como al comienzo de la Conferencia de Política de Seguridad celebrada en febrero de 2006 en Munich, tocará pronto a su fin. En este contexto hay que decir que la canciller ha salido sorprendentemente bien parada. Ha dejado claro que tiene talento natural y sensibilidad para la política exterior, y por eso ha llegado al cargo mejor preparada en este terreno que sus dos inmediatos predecesores. Si la política exterior y de seguridad llegara a cobrar gran importancia a lo largo de este año, no cabe duda de que Merkel sería quien más se beneficiaría de ello, incrementando aún más una popularidad que ha ido creciendo a ojos vista.

Comenzó sus viajes al extranjero siguiendo la tradición de sus predecesores: con una visita corta al presidente francés, Jacques Chirac, en París. Pero enseguida quedó claro que las pautas y el rumbo que iban a caracterizar su política en adelante no serían las mismas que las del gobierno precedente. Merkel viajó a Bruselas, y lo primero que hizo fue visitar la OTAN, y sólo después se reunió con el presidente de la Comisión Europea, el portugués José Manuel Durão Barroso, en cuyo nombramiento ha desempeñado un papel decisivo. El paso siguiente fue una reunión con el primer ministro británico, Tony Blair, en Londres, y una serie de viajes a Polonia, Italia, España y EE UU, en los que se repartió el trabajo con el ministro Steinmeier. La canciller federal logró su primer éxito internacional en la cumbre de la Unión Europea celebrada poco antes de Navidad en Bruselas. Fue a todas luces la impulsora y precursora del compromiso para las perspectivas financieras, que de momento ha salvado a la UE de precipitarse aún más en la crisis tras el fracaso de los referéndum sobre la Constitución europea celebrados en Francia y Holanda en 2005. Toda la prensa, tanto alemana como internacional, ha alabado su actuación.

A principios de año le llegó el turno a las cumbres de Washington y Moscú, esperadas con gran impaciencia. Al parecer Merkel consiguió simpatizar a nivel personal con Bush y volvió a recrear la atmósfera de aquella base de mutua confianza cuya pérdida ha traído consigo el drástico deterioro de las relaciones germano-estadounidenses en los últimos años. Bush no se tomó a

El primer éxito internacional de Merkel ha sido el acuerdo sobre el presupuesto de la Unión Europea



AP

Angela Merkel con George W. Bush durante su primera visita a EE UU como canciller (Washington, 13 de enero de 2006)

mal sus críticas al campo de prisioneros de Guantánamo. Probablemente, se había sondeado previamente desde Berlín sobre qué es lo que menos afectaría a EE UU en caso de que la canciller hiciera una alocución crítica. Además, hay que tener en cuenta que Merkel tampoco podía diseñar un cambio de actitud demasiado abrupto en favor de EE UU. El hecho de que parte de las indiscreciones referentes a la CIA y al BND procedan claramente de fuentes estadounidenses está evidenciando desde hace semanas hasta qué punto las relaciones entre ambos países habían llegado a una situación crítica.

Todavía quedan cuentas pendientes con la coalición rojiverde. Y hasta ahora, la principal víctima ha sido Steinmeier, que ve limitada su labor a una mera gestión de crisis. Tras haberse dado a conocer las actividades de la CIA en y sobre Alemania, el ministro se vio obligado a solucionar varios casos de secuestro para, después, afrontar el reproche de que el antiguo gobierno había hecho un doble juego en Irak: por un lado, había condenado la guerra pero, por otro, los servicios secretos habían seguido cooperando. Sin embargo, Merkel también sale beneficiada de este estado de cosas: mientras ella puede mirar decididamente hacia delante, su ministro de Exteriores está ocupado en defender y explicar la política rojiverde del pasado.

Ahora bien, parece que nadie se acuerda ya de que, durante la guerra de Irak, Alemania otorgó a los estadounidenses unos derechos de sobrevuelo que Kohl ya les había negado con motivo de una operación en Libia, y que

durante el conflicto el ejército alemán ha custodiado los cuarteles estadounidenses en la República Federal de Alemania. Como es natural, también forma parte de ello la cooperación de los servicios secretos. Por eso la idea de que con el no a la guerra de Irak el país se podría haber mantenido cien por cien al margen del conflicto es o bien tremendamente moral o bien muy poco realista. Aunque sigue siendo interesante constatar hasta qué punto ha marcado los debates que Alemania ha vivido a principios de este año.

Al tiempo que los contactos con Washington se han reforzado de manera patente, las relaciones ruso-germanas se han puesto a prueba incluso antes del viaje de la canciller a Moscú debido al conflicto del gasoducto entre Ucrania y Rusia. Schröder fue criticado desde todas las filas políticas por su nombramiento como presidente del consejo de administración del consorcio constructor de dicho gasoducto.

El amigo ruso y la dependencia energética

De la noche a la mañana, los alemanes y los europeos occidentales se han dado cuenta de que han adquirido un peligroso grado de dependencia frente a Rusia en lo que respecta al abastecimiento de gas y de que Moscú no dudaría en recurrir al “arma del gas” en caso de conflicto. La crisis permanente en Oriente Próximo, ampliada con la compleja cuestión iraquí, agudiza en estos momentos los problemas energéticos de Alemania y podría sofocar los delicados indicios de recuperación económica que empezaban a despuntar. Al mismo tiempo, el SPD impide que haya un amplio debate para determinar cuál es el cóctel idóneo de fuentes energéticas para Alemania, del que también forma parte el empleo de la energía nuclear. Todavía sigue en pie el acuerdo sobre el abandono de la energía nuclear de aquí a apenas 20 años, aunque dentro de poco este asunto podría empezar a dar quebraderos de cabeza a la coalición.

En cualquier caso, hasta ahora el régimen de Teherán ha conseguido avivar magistralmente e incrementar aún más el miedo a futuros periodos de escasez energética, impulsando de este modo la subida del precio del barril de crudo. Y esto es algo que afecta especialmente a una República Federal pobre en materias primas: la inflación del dos por cien que registra el país se debe, sobre todo, al encarecimiento del precio del petróleo. Alemania confía en que Occidente logre perfilar una posición conjunta con Rusia que finalmente impida que China, cuyo principal proveedor de petróleo y gas es Irán, veten las sanciones contra Teherán.

Sobre este trasfondo de una imagen de Rusia que ha cobrado realismo de la noche a la mañana en Alemania, y en la que de repente la amistad entre Schröder y Putin ya no tiene ningún valor, Angela Merkel ha conseguido imprimir sin esfuerzo un nuevo cariz a las relaciones ruso-germanas. Moscú


la ha escuchado en silencio cuando, por un lado, ha subrayado la necesidad de la cooperación estratégica y, por otro, ha hecho referencia a los crecientes déficit democráticos de ese gran país y al conflicto de Chechenia. Eso es algo que Schröder había evitado hacer públicamente durante muchos años. Putin también ha sabido encajar en la visita de Merkel –que habla ruso a la perfección– el hecho de que se haya reunido con detractores del régimen en la embajada moscovita.

En resumen, en esta primera fase de la política exterior de la gran coalición, de carácter simbólico y centrada fundamentalmente en inaugurar un nuevo clima, parece que Angela Merkel ha encontrado su papel al primer intento y no necesita empezar a familiarizarse con la materia, como les ocurrió a casi todos sus predecesores, a excepción de Willy Brandt y Helmut

Schmidt. Además, todas las pautas que ha ido marcando hasta ahora han dado en el clavo: la declaración de amistad con Francia, la reaproximación a Reino Unido y el estrecho contacto con Polonia (la relación que más ha sufrido como consecuencia de la interacción entre Schröder, Chirac y Putin a raíz de la guerra de Irak). También ha sido oportuno el rápido establecimiento de contactos con Italia y España.

La opinión pública alemana apenas se ha percatado de que, además de las relaciones germano-británicas, últimamente también se habían deteriorado las relaciones germano-italianas. Hay que

puntualizar que la implicación de Italia en la guerra de Irak ha sido sólo uno de los motivos; otro fue el empeño alemán por entrar a formar parte del Consejo de Seguridad, propósito que Roma combatió con vehemencia e incluso atacó públicamente. Aunque estos malentendidos ítalo-germanos se deben a motivos más profundos, dieron comienzo a raíz de la reunificación alemana y, por tanto, en un momento en el que el pasado histórico de ambos pueblos empezaba a desempeñar de nuevo un papel. Pero Alemania ha reprimido en su inconsciente los crímenes que la Wehrmacht y las SS cometieron durante la Segunda Guerra mundial contra los soldados italianos y contra la población civil tras el abandono de la alianza militar en 1943. Los alemanes cultivan una imagen privada de Italia: adoran la Toscana, como los dirigentes roji-verdes. Para ellos la Italia política no es más que puro folclore y la gestión de Silvio Berlusconi no hace más que estimular el renacimiento de esos estereotipos y prejuicios que casi habían desaparecido durante los años setenta y ochenta. Parece ser que las sociedades que tienen como fuente de información básica la televisión nunca saben mucho unas de otras. A día de hoy, ¿queda algún alemán que recuerde que en España también hay un gran número de ex combatientes que lucharon con el bando alemán en Rusia?



*Ha surgido una
nueva imagen de
Rusia, en la que
la amistad entre
Schröder y Putin
no tiene valor*

Finalmente, la canciller y el ministro de Exteriores han dejado claro con sus numerosos viajes que los Estados miembros más pequeños de la UE volverán a desempeñar un papel más importante para la República Federal. Visto así, el mayor interés por Europa occidental, en el que también se inscribe el anuncio de Merkel de que hará todo lo posible por salvar la Constitución europea, es un hecho que no hay que pasar por alto.

Merkel debe tener en cuenta que Alemania es un país que ha reprimido su tradición militar y que se concibe a sí mismo como sociedad civil. Será difícil amalgamar mayorías para apoyar intervenciones militares internacionales en un Parlamento donde cada vez hay menos expertos en asuntos militares y en política exterior. Las tendencias pacifistas van en aumento dentro de las filas del SPD y se verán reforzadas por un partido verde en la oposición y, sobre todo, por un FPD capitaneado por el antiguo presidente del SPD, Oskar Lafontaine. Es probable que al final haya que considerar a Steinmeier como el más serio contrincante de Merkel a medio plazo dentro del gabinete federal, siempre y cuando no acabe siendo víctima de las indiscreciones procedentes de fuentes americanas y alemanas. En este contexto, existe cierta flexibilidad cuando se produce un cambio de gobierno. Merkel y Steinmeier decidirán el destino de la coalición junto con Müntefering, el nuevo ministro de Trabajo y vicecanciller; Peer Steinbrück, ministro de Hacienda del SPD; y Wolfgang Schäuble, el antiguo y nuevo ministro de Interior de la CDU.

Poner en marcha la locomotora

Europa y el resto del mundo pueden recibir con una mezcla de escepticismo y optimismo el cambio experimentado por la situación política en Alemania. Por lo pronto, la fase de parálisis política ha quedado atrás. Los primeros viajes al extranjero de Merkel y de Steinmeier se han llevado a cabo en el momento y el contexto oportunos. Y si la canciller tiene la suerte necesaria para llevar a buen puerto una empresa tan compleja como ésta, puede que se logre sacar algo en claro a partir de unos comienzos de la segunda gran coalición alemana más bien insatisfactorios a la luz de los actuales acuerdos. Lo cierto es que ya están ahí los primeros indicios: los indicadores económicos apuntan hacia un ligero ascenso y los índices de popularidad van en aumento. Parece que la población empieza a recobrar el ánimo. Además, Merkel ha detenido en seco el espectáculo mediático con el que Schröder y Fischer habían inundado el país durante siete años.

Una nueva seriedad ha irrumpido en la política alemana. En una entrevista publicada las pasadas Navidades por un diario alemán, el ex secretario de Estado de EE UU, Henry Kissinger, decía que está plenamente convencido de que Merkel es capaz de llegar a equipararse con Margaret Thatcher por la eficacia de su política y añadía: “Quizá estamos asistiendo a una situación

en la que la necesidad histórica ha producido un líder que ha sido infravalorado sistemáticamente en su camino hacia la cumbre y ahora, una vez instalado en el cargo, se presenta como la perfecta expresión de un momento en el que de lo que se trata es de superar una serie de crisis con competencia y convicción”.

Dicen que Merkel, como buena física, enfoca los procesos adoptando una perspectiva finalista. Por un lado, esta actitud puede resultar peligrosa si se tiene en cuenta que una sociedad no funciona bajo condiciones como las que se dan en un laboratorio. Pero, por otro, puede convertirse en una tentativa fascinante, pues implica estar dispuesto a asumir riesgos, ser capaz de adaptarse y de cambiar la propia forma de pensar y, en el caso de Angela Merkel, conlleva también una voluntad de autoafirmación realmente asombrosa. Esta gran coalición merece una oportunidad. Por fin la política alemana vuelve a despertar interés y es de esperar que también llegue a cosechar éxitos, por el bien de Europa.

Los retos de la nueva Alemania

Los últimos 25 años han convertido a Alemania en una potencia que se siente tan incómoda con las etiquetas del pasado como con las exigencias cada vez más ineludibles de su nuevo papel en el mundo.

Diego Íñiguez

**La potencia reticente.
La nueva Alemania vista de cerca.**

Pilar Requena del Río
Barcelona: Debate, 2017
400 págs.

La potencia reticente, el título que ha dado Pilar Requena a su estudio sobre Alemania, describe más adecuadamente la evolución del país en el último cuarto de siglo que la fórmula de Hans Kudnani, “el hegemon benévolo”, que ha hecho fortuna académica, quizá no porque sea halagadora para los lectores alemanes. El trabajo de Requena ayuda a entender un país complejo, que vive desde 1989 un cambio acelerado en el que ha recuperado su plena soberanía, integrado a la antigua Alemania del Este, superado una crisis económica propia, otra global y una muy europea. El país se prueba su nuevo traje de hegemon con la incomodidad de haber crecido y no caber ya en las hechuras del

anterior; bajo el efecto, aún, de algunas de las restricciones impuestas y asumidas tras su terrible primera mitad del siglo XX, y también con un cierto orgullo no del todo disimulado.

Es un libro “de corresponsal”: uno de los mejores oficios del mundo, que la crisis de la prensa escrita y la fantasía de que puede entenderse y explicarse un país leyendo los despachos de agencia está llevándose por delante. Educada en el colegio alemán de Valencia, corresponsal de Televisión Española en Berlín entre 1999 y 2004, con una relación profesional y personal constante con Alemania, Pilar Requena escribe con simpatía declarada, pero no acrítica. Conoce las virtudes de una sociedad abierta, cosmopolita y con un gran sentido de la justicia,

Diego Íñiguez es magistrado.



Homenaje en la Puerta de Brandemburgo a las 12 víctimas y 48 heridos del atentado del 19 de diciembre en un mercadillo navideño (Berlín, 20 de diciembre de 2016). ANADOLU-GETTY

pero también sus defectos: la burocracia y la rigidez, el respeto a veces excesivo hacia la autoridad, la siempre acechante creencia de su superioridad, la tentación del desánimo, el pesimismo y la *Schadenfreude*, esa tan germánica forma de la alegría por el mal ajeno.

Está escrito con la vivacidad de una crónica y algunas de sus limitaciones. La capacidad de empatía que hace de él un libro humano y ameno produce algunos solapamientos, y discontinuidades que hubiera evitado una técnica más académica o un buen índice. Pero esa es también su virtud: que no es un libro aca-

démico, ni uno de tesis. El efecto, a veces contradictorio, de la empatía de una buena entrevistadora, que construye con la técnica del *Plattenbau*, se pone de manifiesto cuando analiza la integración de la RDA en la nueva Alemania, o en la República Federal de siempre. Recoge cómo la mayoría de los ciudadanos de la antigua república oriental cree que la (re)unificación ha sido positiva. Que el país que tuvo que encerrar a sus ciudadanos tras un muro, con centinelas que tiraban a matar, para que no “votarían con los pies” yéndose, no era viable política ni económicamente. Entiende las

oportunidades que el cambio ha abierto para los jóvenes y la parte más capaz, activa o adaptable de su población. Pero transmite también el efecto de la reunificación sobre la parte de la población que perdió su país, su empleo, su modo de entender la vida y la sociedad y, en cierto modo, su memoria. Explica la realidad de un sistema totalitario cuya policía política, la Stasi, basaba su terrible eficacia en una red de espías que podían ser los compañeros de trabajo, los vecinos o los familiares más cercanos. Pero luego se interroga sobre “la justicia de los vencedores” o incluso

“la venganza” de una Alemania del Oeste urgida por demostrar la injusticia y la equivocación de la del Este.

No hacía falta un gran esfuerzo. Y no hubo venganza ni justicia de los vencedores, sino una muy mesurada exigencia de responsabilidades por los más de 1.000 ciudadanos muertos cuando trataban de pasar a la otra Alemania. Con las garantías de un sistema jurídico envidiable y del Derecho Internacional que la propia RDA había suscrito. Y en un contexto en que el enorme ejército de la RDA, muchos de sus funcionarios, el aparato político y —por ejemplo— sus profesores de marxismo leninismo, que en efecto no estaban preparados para la vida en una democracia liberal o habían jurado fidelidad a un régimen satélite de la URSS y hecho la guerra fría a la república durante casi medio siglo, tuvieron que retirarse. Pero lo hicieron con una pensión generosa y su dignidad intacta.

La realidad de la integración de la RDA no trajo solo los paisajes florecientes con que su arquitecto, Helmut Kohl, sedujo a la gran mayoría que votó a los democristianos en las únicas elecciones libres de su historia, en 1990. La describe bien una pintada en una pared de

Eisenhüttenstadt: “Nos prometieron la libertad y la justicia y nos cayeron la globalización y el Estado de Derecho”. Pero la prueba definitiva de su resultado es que la canciller de la nueva república sea una alemana del Este, doctora en Física, que hizo carrera académica cuando a los que no se adaptaban al régimen comunista no se les permitió estudiar y fue secretaria de agitación y propaganda en la escogida Academia de Ciencias. Hasta hace unos meses, el presidente de la misma república federal ha sido otro alemán del Este, Joachim Gauck, que fue pastor protestante, resistente activo frente al régimen comunista en el movimiento ciudadano que protagonizó la “revolución pacífica” y luego administrador, con buen sentido moral y político, de los archivos y las responsabilidades de la Stasi.

La potencia reticente es muy rico en información, observaciones propias y testimonios de los protagonistas políticos, ciudadanos privados y buenos analistas de la Alemania del último cuarto de siglo: Jürgen Habermas, Ulrich Beck, Ignacio Sotelo. Es una crónica histórica, que analiza el sistema de partidos, introduce a los principales dirigentes, los grandes problemas

sociales y los cambios fundamentales; se detiene en las consecuencias internas e internacionales de su evolución y expone sus próximos retos. Explica por qué fue como fue la reunificación, gracias al sentido de la historia de Mijail Gorbachov, la astucia de Kohl y su sentido del tiempo político y la presión ciudadana, pero siente la ocasión perdida de haber hecho otra Alemania, o dos Alemanias. Explica el ascenso de Ángela Merkel como resultado de su inteligencia, su sensibilidad para entender las preferencias de sus electores y su astucia administrando los tiempos políticos, pero también de su coraje moral, que le llevó a separarse de su impulsor, el canciller de la reunificación, a aceptar a un millón de refugiados en el verano de 2015 y a plantar cara dignamente a Donald Trump.

Requena retrata con sensibilidad e inteligencia a Gerhard Schröder y Wolfgang Schäuble, Joschka Fischer y Willy Brandt. Ha entrevistado a Wolfgang Thierse, Oskar Lafontaine, Otto Schily, Thomas de Maizière. Explica el surgimiento de la República de Berlín, la transformación de su capital en un polo de atracción cosmopolita, la evolución social y la pendiente del papel de las muje-

res, el esfuerzo institucional y la generosidad de la mejor parte de la población para facilitar la integración de los inmigrantes y los límites del sector educativo, la fe en el futuro que ha traído a Alemania a una nueva, aún pequeña, comunidad judía. Critica los tópicos sobre Alemania e incurre en algunos cuando presenta como virtudes alemanas la eficiencia, la disciplina y la austeridad. Su libro se lee de corrido y está lleno de observaciones agudas, algunas divertidas y reconocibles por quien haya vivido en Berlín y sus cambios, no todos para mejor.

Analiza con simpatía la evolución de la inmigración y los problemas de una sociedad con nueve millones de extranjeros y 17 con “trasfondo migratorio” en una población de 82 millones. También la evolución en la antigua Alemania del Este, desde la ilusión excesiva inicial a la conciencia de los problemas, la decepción, el crecimiento de una extrema derecha aborrecible, la fase de maduración que ha traído una literatura interesante y una *Ostalgie* que puede ser refugio o rechazo frente a la realidad.

Requena explica la Agenda 2010 y las reformas de la coalición presidida por Schröder y Fischer, que recortó el generoso sistema

social alemán (una conquista de la socialdemocracia y una prueba de la inteligencia política de Bismarck, del conservadurismo social y del capital alemán) y ha dejado a una cuarta parte de los trabajadores alemanes en empleos precarios, mal retribuidos y a menudo necesitados de ayudas complementarias. Retrata su coste para los trabajadores y los sindicatos y sus beneficios para una patronal eficaz e insaciable, que ha reducido los salarios y los costes sociales mientras crecían la productividad, las exportaciones y sus beneficios.

También la evolución de la política y del sistema de partidos en el que Schröder triunfó donde habían fracasado cuatro candidatos socialdemócratas; la CDU ha sabido centrarse, hacer suyas propuestas de verdes, socialdemócratas y liberales; se han integrado Los Verdes y La Izquierda; y aparecen y desaparecen partidos de extrema derecha y la sospechosísima Alternativa por Alemania.

Retrata la apertura, el sentido de la justicia y el cosmopolitismo de la sociedad alemana. También sus temores, que explican el manejo de los tiempos de la crisis griega, la del euro y la de la Unión Europea a costa de daños evitables para la

economía, la política y la cohesión social, la imagen de Alemania y la legitimidad de la UE en los países del sur de Europa. Requena explica los límites del método de Merkel: esperar hasta que se manifiestan las preferencias del electorado, en vez de liderarlo explicándole las ventajas que obtiene de la Unión, del euro y de los mercados de los países en crisis. Atenta a sus miedos y al cálculo electoral, porque nadie gana las elecciones con la política exterior (salvo el gran Willy Brandt en 1972), con indiferencia hacia las consecuencias sociales, económicas y políticas de su austero ricino, aplicado con las pretensiones de cientificidad económica de los Hans-Werner Sinn y de una superioridad moral que tan antipáticos hace a veces a nuestros amigos alemanes.

Una parte esencial del libro está dedicada a la nueva posición internacional de Alemania: a la evolución desde la diplomacia de la chequera hasta una más activa, pero siempre basada en la negociación política y la diplomacia. A sus relaciones con Rusia, con sus intereses económicos recíprocos, el miedo a Vladimir Putin y la crisis de Ucrania. Al crecimiento, siempre reticente —el adjetivo es un acierto— desde su tamaño

excesivo para Europa hacia una potencia que aún no llega a ser global. El cambio de Los Verdes desde el pacifismo a las intervenciones en Kosovo y Afganistán y los bombardeos sobre Serbia. Los primeros, torpes pasos de su recobrada autonomía reconociendo a Croacia, con las consecuencias terribles que desató y sus éxitos con la negociación 3+3 con Irán o la resistencia a la desastrosa guerra de Irak, en sintonía con una población que no quiere guerras y sigue viendo con desconfianza las intervenciones militares en el exterior. Sus relaciones económicas con China, Rusia o Brasil, su confianza en y necesidad de la OTAN, sus no confesadas ambiciones en las Naciones Unidas y sus recelos ante la llegada a la presidencia de Trump.

Alemania no es aún un hegemon, ni es benévola:

mira por su interés, el de su industria exportadora y los mercados abiertos donde vende sus productos industriales, el de sus bancos y el de sus dirigentes políticos. Pero es una potencia, que se enfrenta a los retos y problemas de una historia abierta: los de su papel creciente en el mundo, los de una relación con Rusia con intereses recíprocos y viejos demonios, los de la integración de unos emigrantes que necesita para compensar su desastrosa evolución demográfica, pero a los que teme inquieta por su identidad y azuzada por la xenofobia y el neonazismo.

Alemania se pregunta si sabrá llenar el hueco de una política norteamericana más aislacionista con una China muy dispuesta. Si prevalecerán el europeísmo de la CDU y de Martin Schulz y la vocación de liderazgo alemana de una UE

más integrada o las fuerzas centrífugas, los miedos autodestructivos y la mezquindad de su prensa sensacionalista. Si logrará la definitiva integración de las dos sociedades alemanas que evolucionaron separadas durante 40 años, pero llevan un cuarto de siglo cada vez más unidas. Si será capaz de mantener la serenidad frente al nuevo terrorismo entre una población unida por sus valores, su capacidad de resistencia y un sistema político ejemplarmente democrático, integrador y justo.

Y, antes, si el 24 de septiembre de 2017 volverá a ganar una Ángela Merkel ya algo gastada, pero aún popular y siempre *merkiavélica* (en la fórmula de Ulrich Beck) o se confirmará el advenimiento de la nueva esperanza socialdemócrata, el muy alemán y más humano Schulz.



**POLITICA
EXTERIOR**

politicaexterior.com